

Un capitán de 15 años



JULIO VERNE

Julio Verne

Un capitán de quince años

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-198-5

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

I

LOS PASAJEROS DE LA PILGRIM

La *Pilgrim* era una embarcación de cuatrocientas toneladas que pertenecía a James W. Weldon, armador de California, poseedor de una flotilla. La *Pilgrim* había sido construida en San Francisco y se la destinaba a la pesca mayor en los mares australes.

Mandaba la goleta el capitán Hull quien sabía desenvolverse muy bien entre los hielos que en el verano derivaban hacia el cabo de Buena Esperanza o Nueva Zelanda.

Se componía la tripulación, a las órdenes del capitán Hull, quien aparte de buen marino era uno de los más hábiles arponeros de la flotilla, de cinco marineros y un grumete, dotación hartamente escasa para la pesca de la ballena.

No obstante, y aunque este menester precisa de bastante gente para maniobrar las embarcaciones y para el descuartizamiento de los mamíferos pescados, la falta de brazos la solucionaba el armador reclutando en el lugar de las operaciones los hombres necesarios, especialistas todos ellos, y de diversas nacionalidades, que llevaban a cabo su cometido a la perfección.

Una vez terminado el trabajo, se les pagaba los salarios devengados y se les desembarcaba. Con ello el sistema resultaba más económico que embarcar en San Francisco una dotación completa.

En aquella ocasión la estación no había sido muy afortunada, y el capitán de la *Pilgrim*, a comienzos de enero puso proa al Noroeste, en dirección a las Tierras de Nueva Zelanda, adonde llegaron el día 15 de enero.

Cuando llegaron a Waitemata, puerto de Auckland, desembarcó a los pescadores contratados para la estación y que, debido a la poca pesca lograda, se habían insubordinado.

El capitán trató de reunir un nuevo equipo, pero todos los marineros que habitualmente se contrataban estaban embarcados en otros balleneros, no quedándole otra solución que renunciar a completar el cargamento y abandonar definitivamente Auckland.

Cuando se disponía a levar anclas recibió una petición de pasaje a la que no podía negarse. Era de la señora de Weldon, esposa del armador, su hijo Jack de cinco años, y uno de sus parientes -el primo Benedicto- que se encontraban en Auckland.

Su presencia allí era debida a que Weldon se trasladaba con mucha frecuencia a Nueva Zelanda para atender operaciones de comercio, y en aquella ocasión había conducido allí a los tres para hacerles regresar a San Francisco, pero el pequeño Jack cayó enfermo, y su padre, reclamado por sus negocios, tuvo que partir de Auckland.

En aquella época para volver a San Francisco era necesario ir a Australia para tomar un vapor que hacía el trayecto de Melbourne al istmo de Panamá, donde tendría que esperar la salida del *steamer* americano que rendía viaje a California, lo que daba lugar a retrasos y transbordos engorrosos. Por ello la señora Weldon no dudó, solicitando del capitán Hull un pasaje en la *Pilgrim* para ella, su hijo, el primo Benedicto y Nan, una vieja negra a su servicio.

Aunque era necesario recorrer tres mil leguas marinas en un barco de vela, el capitán Hull aceptó de buen grado, ya que su barco estaba muy limpio y la estación era muy apacible.

El comandante de la *Pilgrim* puso a disposición de la pasajera su propio camarote con el fin de que en los casi dos meses que podía durar la travesía, la señora estuviese debidamente instalada.

Ordenó asimismo varias modificaciones en los otros camarotes para que los eventuales

pasajeros se encontrasen lo más cómodos posible.

El único inconveniente consistía en que la *Pilgrim* tenía que hacer escala en Valparaíso para descargar. Por otra parte, la señora Weldon, de treinta años de edad, acostumbrada a los largos viajes, era una mujer valerosa que no temía al mar. Sabía que el capitán Hull era un excelente marino y que la *Pilgrim* era un barco sólido, de buena marcha.

El primo Benedicto, que acompañaba a la esposa del armador, era un hombre de unos cincuenta años de edad, muy alto, delgado, de rostro huesudo y cráneo enorme, y de abundante cabellera. Tenía el aspecto de esos sabios con gafas de montura de oro, buenos e inofensivos, destinados durante toda su vida a ser niños grandes. Era incapaz por sí solo de resolver cualquier asunto, ni siquiera en las circunstancias más extraordinarias. Se acomodaba a todo e incluso se olvidaba de beber y de comer si no se le hacía memoria de ello.

Era muy trabajador y su única pasión la constituía la Historia Natural, aunque sólo se interesaba por el estudio de los insectos, o sea "todos los animales articulados cuyo cuerpo está compuesto de anillos, que forman tres segmentos distintos y que tienen tres pares de patas, por lo que reciben el nombre de hexápodos".

Esta era la ocupación del primo Benedicto, a la que dedicaba sin excepción todas las horas, incluso las dedicadas al descanso, pues invariablemente soñaba con esta clase de animalejos.

Las mangas y solapas de su chaqueta, así como el forro de la misma y el sombrero, eran un alfilerero, y cuando volvía de una ronda científica, su casquete, en especial, era como un museo de Historia Natural, puesto que aparecía repleto de insectos ensartados. Esta pasión es la que le había llevado a acompañar a los señores Weldon a Nueva Zelanda, donde su colección se había enriquecido con varios raros ejemplares, que aseguró por una suma considerable antes de embarcar.

El 22 de enero, pues, la señora Weldon embarcó acompañada de su hijo Jack, el primo Benedicto y la sirvienta negra Nan.

En el momento de zarpar, y cuando la señora y sus acompañantes se encontraban sobre la cubierta de la goleta, el capitán Hull le advirtió:

-Debo recordarle, señora, que es bajo su exclusiva responsabilidad que embarca usted a bordo. Ya sabe que no he recibido orden expresa de su marido y esta goleta no puede ofrecer las mismas garantías que un paquebote de pasajeros. No obstante, estoy convencido de que su marido no vacilaría en embarcar, puesto que la *Pilgrim* es una buena nave. Mi observación es para poner a cubierto mi responsabilidad y para recordarle que no encontrará a bordo las comodidades que suele tener.

La señora Weldon esbozó una sonrisa y contestó:

-No debe preocuparle mi comodidad, ya que este pequeño detalle no me hará desistir.

El capitán, entonces, dio las órdenes oportunas, se desplegaron las velas y la *Pilgrim*, después de una perfecta maniobra, orientó la proa hacia la costa americana.

A los tres días de la partida y obligado por fuertes brisas del Este, la goleta tuvo que amurar a babor para resguardarse del viento.

El 2 de febrero el capitán Hull se encontraba en una latitud más alta de lo que hubiera deseado.

El mar estaba tranquilo y la navegación se realizaba en condiciones normales y lo único que era de temer era el retraso de la marcha, debido a la calma reinante.

II

EL COCINERO PORTUGUÉS Y EL GRUMETE

En el reducido espacio del camarote del capitán, la señora Weldon se había instalado con su hijo y la vieja Nan y allí mismo comía en compañía del capitán y del primo Benedicto para el cual se había habilitado una especie de habitáculo.

El capitán Hull se había trasladado a un camarote cercano al dormitorio de la tripulación, destinado al segundo de a bordo, si lo hubiera habido.

Toda la tripulación, buenos y recios marinos, se conocían desde hacía mucho tiempo y pertenecían al Estado de California. Se mostraban muy obsequiosos con la señora Weldon, ya que tenían un verdadero cariño hacia su armador.

Sólo un hombre de los que iban a bordo no era de origen americano, aunque hablaba el inglés correctamente. Era el que desempeñaba las funciones de cocinero, portugués de nacimiento y llamado Negoro. Era un hombre muy poco comunicativo y parecía rehuir a todos, aunque en su oficio se desempeñaba con suficiencia.

El capitán Hull lo había contratado en Auckland cuando el cocinero había desertado y desde su embarque no había merecido ninguna reconvención, a pesar de que el capitán lamentaba no haber tenido el tiempo suficiente de informarse de su pasado, cosa importante cuando se trata de introducir un desconocido a bordo.

El portugués era de mediana estatura, delgado, nervioso, de pelo negro y tez morena. Podía tener unos cuarenta años y era más bien robusto. Por algunos detalles podía adivinarse que había recibido alguna instrucción, mas por otra parte nunca mencionaba a su familia ni su pasado. Nada se sabía de dónde había vivido y sólo manifestaba su intención de desembarcar en Valparaíso.

Pasaba las horas del día dentro de la cocina y por la noche volvía al camarote que le había sido destinado en lo más apartado del barco.

Destacaba también en la goleta, el grumete, por su juventud y pasado.

Contaba quince años de edad y era hijo de padres desconocidos.

Su nombre era Dick Sand y debía de ser originario del Estado de Nueva York, o tal vez de la misma capital de ese Estado, puesto que el apellido Sand le había sido impuesto en memoria del sitio donde se le había encontrado, que era el cabo Sandy-Hook, el cual forma la entrada del puerto de Nueva York en la desembocadura del Hudson. En cuanto al nombre le había sido aplicado por ser el de la persona que lo había recogido pocas horas después de su nacimiento.

No había duda de que era de origen anglosajón, a pesar de su tez morena y sus ojos azules, y si bien cuando alcanzase todo su desarrollo no pasaría de una estatura mediana, su constitución se preveía fuerte y atlética.

Su fisonomía despejada respiraba energía y su oficio de grumete le iba preparando para las luchas de la vida.

A sus quince años era capaz de adoptar una resolución y llevar a cabo hasta el final lo que su espíritu arrojado le indicaba. Era parco en palabras y se había prometido hacerse a sí mismo y puede decirse que casi lo había logrado ya, puesto que a la edad en que otros son aún niños, él era casi un hombre.

A los cuatro años aprendió a leer y a los ocho le entró la afición al mar, lo que le hizo embarcar como grumete en un barco correo de los mares del Sur, aprendiendo así el oficio

de marino desde su más corta edad. Más tarde ejerció de grumete en un barco mercante, a bordo del cual conoció al capitán Hull, quien enseguida entabló amistad con el muchacho y más tarde se lo hizo conocer a su armador. Este se interesó por el huérfano, enviándolo a San Francisco para completar su educación.

Dick Sand durante sus estudios se apasionó por la geografía y por los viajes y deseaba poder estudiar matemáticas, relacionadas con la navegación.

Por fin embarcó como grumete en la *Pilgrim*, que mandaba el capitán Hull, interesado también en el porvenir del muchacho.

Se comprenderá, pues, la alegría del muchacho cuando supo que la señora Weldon iba a viajar a bordo. Era prácticamente su madre adoptiva y Dick veía en Jack a un hermanito. Sin embargo, la sana intuición del muchacho hacía que se diese cuenta de su situación en sus relaciones con el hijo del rico armador.

Por su parte, la señora Weldon sabía de la valía de su protegido, aquel muchacho que con sólo quince años actuaba y pensaba como un hombre de treinta.

Podía confiarle el cuidado del pequeño Jack, que Dick acariciaba con la mayor ternura.

Los días iban transcurriendo y si no hubiera sido porque el clima no era muy favorable, nadie en la goleta hubiera sabido de qué quejarse. Sólo el capitán estaba preocupado por aquella persistencia de vientos del Este que no le permitían orientar bien el barco. Temía encontrar más adelante, cerca del trópico de Capricornio, las calmas que tanto contrarían a los navegantes.

Su inquietud se debía más que a otra cosa a la señora Weldon, a pesar de que los retrasos que podían producirse eran parejos al estado del tiempo.

Una de aquellas mañanas, a las nueve, cuando Dick explicaba al pequeño Jack que el barco no podía zozobrar aunque se trincase muy fuerte a estribor porque estaba muy bien equilibrado, de pronto, el niño, señalando con su mano derecha un punto en el horizonte, preguntó:

- ¿Qué es aquello, Dick?

El grumete se irguió sobre las barras. Miró con atención hacia el lugar indicado, para gritar inmediatamente con voz fuerte:

- ¡Por estribor! ¡Un objeto en dirección al viento! ¡Por estribor!

Toda la tripulación se puso en pie y el capitán Hull, saliendo de su camarote se dirigió a la avanzada.

Los que no estaban de guardia subieron al puente, e igualmente lo hicieron la señora Weldon y el primo Benedicto.

- ¿Pueden ser naufragos? -preguntó la señora Weldon. El capitán Hull indicó que a su parecer se trataba del casco de un barco inclinado sobre su costado.

El primo Benedicto aventuró que el hallazgo era un animal.

-No sería la primera vez -terminó el entomólogo- que se ha encontrado una ballena dormida sobre la superficie de las olas.

-Es cierto -intervino el capitán-, pero ahora no se trata de un cetáceo, sino de un barco.

Quince minutos más tarde, la *Pilgrim* se hallaba a menos de media milla del casco inclinado ya que, efectivamente, se trataba de un navío que se presentaba por el flanco de estribor. Parecía imposible que, inclinado como estaba, pudiese nadie tenerse en pie sobre el puente. No se veía nada de su arboladura y en la parte de estribor, entre la vigueta y los bordajes deteriorados, se apreciaba una ancha abertura.

La impresión de los que lo contemplaban era que aquel barco había sido abordado.

-Tal vez quede alguien a bordo -comentó la señora Weldon.

-No lo creo -contestó el capitán Hull-, ya que de ser así, se habrían dado cuenta de nuestra presencia y nos harían alguna señal.

En aquel momento, Dick Sand reclamó silencio.

- ¡Escuchad! Oigo como el ladrido de un perro. Todos prestaron atención y pudieron comprobar que un ladrido sonaba en el interior del casco. No cabía la menor duda de que allí había un perro, aprisionado tal vez, porque era posible que estuviese encerrado en las escotillas.

-¡Un perro! ¡Un perro! -exclamó el pequeño Jack.

La señora Weldon se dirigió al capitán:

-Aunque no haya ahí más que un perro, debemos salvarlo.

Unos trescientos pies separaban a las dos embarcaciones y los ladridos del perro pudieron oírse mejor. De pronto apareció un can de gran tamaño y empezó a ladrar con desesperación.

-¡Howik! -ordenó el capitán, dirigiéndose al jefe de la tripulación-, al paio. Que echen la lancha pequeña al mar.

Fue lanzada la lancha y el capitán, acompañado de Dick y de dos marineros, se embarcó en ella.

Cuando le faltaba poco para llegar junto al casco del barco naufragado, el perro cambió de actitud. A los primeros ladridos que parecían indicar un saludo a los salvadores, sucedieron otros, furiosos en extremo, en tanto que una espantosa rabia excitaba al animal.

- ¿Qué le pasará a este perro? -inquirió el capitán Hull, sin darse cuenta de que el furor del can se manifestó precisamente en el instante en que, a bordo de la *Pilgrim*, Negro había salido de la cocina, dirigiéndose al castillo de proa.

Era inverosímil que el perro conociese o reconociese al cocinero; mas, fuese lo que fuese, el caso es que después de haber contemplado al perro, sin manifestar sorpresa alguna, el portugués se unió a la tripulación.

La lancha había dado la vuelta a la popa del barco inclinado, que ostentaba el nombre de Waldeck, sin indicación del puerto a que pertenecía. No obstante, al capitán le pareció que aquel barco era de construcción americana.

Sobre el puente no había nadie; sólo el perro, que se había desplazado hacia la escotilla central, ladrando unas veces hacia el interior y otras al exterior.

-Este animal no está solo -observó el grumete.

-Eso parece -contestó el capitán, y añadió-: Si algunos desgraciados hubiesen sobrevivido a la colisión, es probable que el hambre o la sed los haya hecho perecer.

-El perro no ladraría así -observó Dick- si ahí dentro no hubiese más que cadáveres.

El animal, a una llamada del grumete, se lanzó al agua y nadó trabajosamente hacia la lancha. Lo recogieron, y se precipitó hacia una lata que contenía agua dulce.

Para buscar un sitio más favorable y entrar con mayor facilidad en el barco, la lancha se alejó algunas brazas, lo que dio lugar a que el perro, tal vez por creer que sus salvadores no querían subir a bordo, agarrase a Dick por la chaqueta al tiempo que sus ladridos se hacían más lastimeros.

Aquello no podía ser más claro. La lancha avanzó y a los pocos momentos el capitán y Dick subían al puente, seguidos del perro.

La intención de los dos era arrastrarse hasta la escotilla, que aparecía abierta entre los pedazos de los dos mástiles; pero el perro, con sus ladridos, les indicaba otro camino. Le siguieron y trató de conducirles a la duneta, donde yacían cinco cuerpos. A la luz que entraba por la claraboya pudo observar el capitán que se trataba de negros.

Dick Sand creyó ver que los infortunados aún vivían.

El capitán Hull llamó a los dos marineros que cuidaban de la lancha, y entre todos sacaron a los náufragos.

No sin trabajo y con la mayor rapidez, fueron subidos aquellos negros al puente de la *Pilgrim*, donde con algunas gotas de cordial y un poco de agua vieron de reanimarles.

El perro les había acompañado.

-Ante todo -dijo el capitán-, debemos atenderles. Cuando puedan hablar, ya nos contarán su historia. El comandante volvió la cabeza para gritar:

- ¡Negoro!

Al oír aquel nombre, y como si se pusiera en guardia, el perro se irguió con el pelo erizado y la boca abierta.

- ¡Negoro! -gritó de nuevo el capitán al ver que el cocinero no aparecía.

El furor del perro pareció aumentar.

Por fin salió Negoro de la cocina y apenas apareció en el puente, el perro saltó sobre él y pretendió cogerle por el cuello.

El portugués rechazó al animal dándole un golpe con un hierro que llevaba en la mano. Algunos marineros lograron a duras penas contener al perro, tratando de amansarlo.

El capitán, sumamente extrañado, preguntó al cocinero:

- ¿Acaso conoce usted a ese perro?

Negoro lanzó una mirada de odio al animal antes de contestar:

- ¿Yo? ¡En mi vida lo he visto! -y girando sobre sus talones regresó a la cocina.

Dick Sand le siguió con la vista mientras desaparecía, y pensó:

"¡Qué raro...!"

III

LOS NÁUFRAGOS

El capitán Hull no ignoraba que la trata de negros se hace aún a gran escala en la mayor parte de África. Muchos barcos cargados de esclavos salen todos los años de Angola y de Mozambique. No obstante, aquellos parajes no eran frecuentados por los negreros y esta circunstancia le hizo pensar si los negros que acababa de salvar no serían los supervivientes de una partida de esclavos. De cualquier forma, aquellos negros serían libres por el solo hecho de haber puesto los pies en la *Pilgrim*.

Gracias a los cuidados de la señora Weldon aquellos desgraciados volvían a la vida.

El primero que estuvo en condiciones de hablar fue el más viejo de aquellos cinco hombres, que parecía tener unos sesenta años. Hablaba correctamente el inglés y explicó que diez días antes el Waldeck había chocado durante una noche muy oscura.

-Nosotros -continuó el negro- íbamos durmiendo, y cuando mis compañeros y yo subimos al puente, ya no había nadie allí.

-¿Naufragó el otro barco? -inquirió el capitán.

-No -respondió el viejo-, ya que pudimos verlo huir en la oscuridad.

Este es un hecho que se repite con demasiada frecuencia, ya que algunos capitanes, después de una colisión, en la mayoría de los casos por imprudencia, se dan a la fuga sin preocuparse de prestar ningún socorro a los infortunados a quienes hacen naufragar.

- ¿De dónde procedía el Waldeck? preguntó Hull. -De Melbourne.

- ¿Eran ustedes esclavos?

-No, señor. Somos ciudadanos americanos.

Aquellos hombres pertenecían al Estado de Pensilvania y, en consecuencia eran ciudadanos libres a los que ningún blanco podía hacer valer el derecho de propiedad.

Habían sido contratados en calidad de trabajadores por un inglés que poseía una vasta explotación cerca de Melbourne, donde habían pasado tres años con gran provecho para ellos.

El día 5 de diciembre habían salido de Melbourne, una vez terminado su contrato, para regresar a América. Diecisiete días más tarde, durante una noche muy oscura, había sobrevenido el accidente.

Los cinco negros se habían quedado solos a bordo, a 1.200 millas de la tierra, en un casco casi inutilizado, mientras la tripulación del Waldeck y el mismo capitán habían desaparecido.

Este viejo se llamaba Tom y era algo así como el jefe natural de los compañeros que se habían contratado con él. Los restantes eran jóvenes de 25 a 30 años y que atendían a los nombres siguientes: Bat -abreviatura de Bartolomé-, hijo del viejo Tom; Austin, Acteón y Hércules.

Cuando estos hombres habían sido recogidos, hacía diez días que se había producido el choque, durante los cuales se habían alimentado con algunas provisiones que habían hallado en la cocina, por no haber podido entrar en la despensa, que se hallaba inundada totalmente de agua. Su tortura fue en aumento. No tenían agua para apagar la sed, que les había torturado tanto que llegaron a perder el conocimiento.

El otro ser vivo salvado era el perro, a quien la presencia de Negro pareció alterar de un modo tan acusado. Dingo, que era el nombre del can, pertenecía a esta raza de mastines

propia de Nueva Holanda, si bien no era en Australia donde el capitán del Waldeck lo había adquirido.

Aquel hermoso animal había sido recogido por el capitán del Waldeck a pesar que de momento se había mostrado poco tratable. Parecía recordar a su antiguo amo, del que tal vez había sido separado violentamente y al que, en aquel paraje desierto, no había vuelto a encontrar.

Todo cuanto ligaba a aquel animal con un pasado que era vana quimera tratar de descubrir, eran dos simples letras grabadas en su collar: S. V.

Bajo la influencia de la ira, aquel enorme perro podía hacerse temible, y esa es fácil comprender que al cocinero no le hiciese mucha gracia la acogida que le había dispensado aquel espléndido ejemplar.

Sin embargo, aunque Dingo no era muy tratable, tampoco era malo. Más bien parecía estar melancólico y la única observación que hizo Tom es que parecía que no le gustaban los negros. Les rehuía, sin pretender hacerles ningún daño.

Estos eran los supervivientes del Waldeck, que sin la inesperada llegada de la *Pilgrim*, se hubiera sumido al fondo del océano al primer embate fuerte del oleaje, sepultando a aquellos hombres que ahora tenían que ser repatriados a su país, cosa que el capitán Hull pensaba hacer a la primera ocasión.

Ante esta perspectiva los negros quedaron muy tranquilizados y se prestaron a colaborar con su esfuerzo en los trabajos de la marinería. Así pensaban pagar la deuda que habían contraído con sus salvadores.

IV

EL PERRO DINGO

Aunque el capitán Hull sentía cierta preocupación por aquella constante calma que le obligaría a invertir un par de semanas más en la travesía desde Nueva Zelanda a Valparaíso, la señora Weldon no se quejaba y se tomaba con filosófica paciencia aquel contratiempo.

La goleta, una vez reanudada la marcha, había derivado al máximo hacia el Este.

Los cinco náufragos, que deseaban ser útiles, fueron instalados a bordo con la máxima comodidad posible.

Cuando se trataba de realizar alguna maniobra, Tom, Austin, Bat, Acteón y Hércules rivalizaban en ayudar a la tripulación y, ciertamente, cuando el colosal Hércules tomaba parte en alguna maniobra, nadie más tenía que trabajar. Aquel imponente negro era capaz de mover, él solo, todo el aparejo. El pequeño Jack contemplaba a aquel gigante con admiración, sin tenerle ningún miedo. Por eso no es extraño que el hijo de la señora Weldon se sintiese contento cuando el hercúleo negro lo cogía entre sus manazas y le hacía dar vueltas en alto.

También Dick era un gran amigo de Jack, de la misma manera que enseguida lo fue Dingo, que a bordo se comportaba muy bien. Aquel hermoso animal demostró pronto una particular preferencia por el pequeño, aviniéndose a que su joven compañero le hiciese servir de caballo, montado como un jinete sobre su robusta anatomía.

Dingo se convirtió muy pronto en el favorito de toda la tripulación. Sólo Negoro evitaba el encuentro con el animal, cuya antipatía, en cierto modo inexplicable, se mantenía desde el primer momento.

La señora Weldon estaba satisfecha con aquellas nuevas amistades de su hijo, particularmente del joven grumete, del que con mucha frecuencia hablaba con el capitán.

En una ocasión, el 6 de febrero, el comandante de la goleta le dijo a la señora Weldon.-

-Le garantizo que este muchacho será un buen marino bien pronto. Tiene el instinto del mar y esto suple lo que ignora todavía, por su edad, de la teoría del oficio.

-Es un excelente muchacho -aprobó la señora Weldon-, que nos ha causado una inmejorable ocasión desde que lo conocemos. Mi marido piensa hacerle estudiar para que a su tiempo obtenga el título de capitán.

-Creo muy acertada esta decisión -afirmó el comandante del navío.

El primo Benedicto apareció en aquel momento, tan ajeno y absorto como siempre a cuanto acontecía a su alrededor.

Con la mirada reseguía todos los intersticios, huroneando debajo de las jaulas de las gallinas.

- ¿Qué busca debajo de este banco? -le preguntó la señora Weldon.

- ¡Insectos! -respondió el aludido.

- ¡Pues lo que es en el mar no acrecentará usted su colección! -aseveró el capitán.

- ¿Y por qué no, caballero?

-Porque el capitán tiene su navío tan limpio que nada cazaré en él -aseguró la señora Weldon.

De esta manera transcurrían las interminables horas de aquella tediosa navegación. El mar continuaba tranquilo y la calma obligaba a la *Pilgrim* a detenerse. Muy poco se adelantaba hacia el Este en busca de vientos que le fuesen más favorables.

Durante aquellas jornadas, la señora Weldon no perdía el tiempo. Enseñaba a leer y a escribir a su hijo, cuidando de la aritmética su amigo Dick, que había apelado a un original sistema para que las lecciones fuesen bien asimiladas por el pequeño discípulo.

El abecedario y los números habían sido pintados en rojo sobre dados de madera, confeccionando un abecedario móvil que el niño iba manejando guiado por sus maestros para formar las palabras.

Un día, el 9 de febrero, por la mañana, Jack estaba tendido en el puente, entretenido en formar una palabra que el viejo Tom debía reconstruir, una vez las letras hubiesen sido revueltas.

De pronto, Dingo empezó a dar vueltas alrededor del niño, hasta que se detuvo con la mirada fija, su pata derecha levantada, mientras su cola se agitaba furiosamente. Después de algunos instantes, se arrojó de repente sobre uno de aquellos dados y cogiéndolo entre los dientes lo colocó al lado de Jack. Aquel cubo ostentaba una letra mayúscula: la S.

- ¿Qué te pasa, Dingo? -gritó el pequeño.

El perro, sin hacer caso, realizó por segunda vez la misma operación, cogiendo otro dado que colocó al lado del primero. Aquel segundo cubo tenía pintada la letra V en mayúscula.

Jack, asombrado ante aquellas maniobras, llamó a cuantos pasaban por cubierta, para referirles lo que sucedía.

-¡Dingo conoce las letras! ¡Dingo sabe leer! -gritaba con entusiasmo.

Dick trató de recobrar los dos dados, pero el perro le mostró los colmillos. No obstante, el grumete logró lo que se proponía y los puso de nuevo entre los demás.

Dingo, sin vacilar, cogió las dos mismas letras y las apartó, apoyándose con las patas delanteras en ambos cubos, pareciendo dar a entender que estaba dispuesto a que no se los arrebatasen de nuevo.

-¡Es asombroso! -exclamó la señora Weldon.

-En efecto -intervino el capitán-, es una cosa singular - y contemplando con atención las dos letras, añadió:- S. V.; las letras que tiene grabadas en el collar.

Entonces volvióse hacia Tom para preguntarle:

- ¿No me había dicho usted que este perro pertenecía al capitán del Waldeck?

-Sí, señor -respondió el negro-. Dingo pertenecía a nuestro capitán hacía unos dos años, desde que lo recogió en la costa occidental de África, en los alrededores de la desembocadura del Congo.

-O sea -comentó el capitán-, que nadie sabía de dónde procedía este perro ni quién había sido su antiguo dueño.

-Nunca, señor. Un perro no puede dar explicaciones y no tiene tampoco documentos.

El capitán reflexionaba.

-Estas dos letras -acabó por decir-, me recuerdan algo y me hacen sospechar un hecho hartamente singular. Pueden tener un sentido e informarnos de la suerte de un intrépido explorador.

Todos los presentes aguardaron expectantes las explicaciones del capitán.

-Hace dos años -continuó-, o sea en 1871, un explorador francés salió, auspiciado por la Sociedad Geográfica de París, con intención de atravesar África de Oeste a Este, escogiendo la desembocadura del Congo como punto de partida. Este viajero se llamaba

Samuel Vernon.

- ¡Samuel Vernon! -repitió la señora Weldon-. Las dos iniciales que el perro ha escogido entre todas y son las que están grabadas en su collar.

-Así es, en efecto -dijo el capitán-. Ese francés emprendió el viaje y nada más pudo saberse de él, lo que hizo suponer que no pudo llegar a la costa oriental, bien por haber caído prisionero de los indígenas, bien porque la muerte le sorprendiese en la expedición.

-Y entonces ese perro...

-Ese perro debe de haberle pertenecido y, con más suerte que su amo, logró volver al litoral del Congo donde fue recogido por el capitán del Waldeck, suponiendo, claro está, que mi hipótesis sea cierta, y teniendo en cuenta que estos hechos se produjeron en la misma época. Pero, sea como sea, lo cierto es que Dingo conoce las letras S y V, que son las iniciales del nombre y apellido del viajero francés.

Entretanto, nadie había reparado en que Negoro había aparecido en el puente, dirigiendo al perro una mirada especial. Fue Dingo quien señaló la presencia del cocinero con un movimiento de extremo furor. Negoro, sin poder ocultar un gesto de amenaza hacia el perro, regresó a la cocina.

- ¡Algún misterio existe en todo esto! -comentó el capitán Hull, que se había dado cuenta de todos los detalles de aquella corta escena.

El grumete no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Encontraba muy extraño que un perro pudiese conocer las letras del alfabeto.

- ¡Si Dingo pudiese hablar -exclamó-, tal vez nos dijese por qué enseña los dientes al cocinero y lo que significan estas dos letras!

V

UNA BALLENA A LA VISTA

El incidente constituyó el tema principal de las conversaciones de toda la tripulación, y muy en particular de las que mantenían la señora Weldon, el capitán Hull y Dick Sand. A este último le inspiraba una gran desconfianza el cocinero Negoro, cuya conducta, sin embargo, no merecía el menor reproche. Dingo pasaba por un perro que sabía leer y acaso también escribir, y que si no hablaba era porque tal vez tenía buenas razones para callar.

-Si las cotorras hablan -comentó un marinero- ¿por qué no puede hacerlo un perro?

El experimento de los dados se repitió varias veces y Dingo, sin la menor vacilación y sin un error, siempre escogía las letras S y V, por más que los dados estuviesen mezclados muy bien.

El único que no daba importancia a aquella experiencia era el primo Benedicto, quien hacía constar que son muchos los animales que, llevados de su instinto, ofrecen ciertas particularidades que se confunden con la inteligencia. Tales, las ratas que abandonan el barco que está a punto de hundirse en alta mar; el castor, que sabe prever la crecida de las aguas y construye diques para protegerse, y los mismos insectos, cuya organización supera la de muchas sociedades.

Es lógico que Negoro no participase del entusiasmo que a los demás inspiraba aquel animal. Quizá lo encontrase demasiado inteligente, pero fuese lo que fuese, el perro demostraba una gran animosidad contra el portugués, el cual seguramente le hubiera jugado una mala pasada de haberse atrevido a enfrentarse con él.

El cambio en las corrientes atmosféricas que el capitán esperaba con tanta impaciencia, se produjo el 10 de febrero, cuando el viento del Norte empezó a soplar con fuerza. Sólo hacía diecinueve días que habían abandonado el puerto de Auckland y el retraso no era mucho para pensar que, con un viento adecuado, la *Pilgrim*, de buen velamen, debía recuperar con facilidad el tiempo perdido.

Se encontraban entonces en una parte del Pacífico siempre desierta y en una latitud raramente frecuentada por los navegantes. Los balleneros de los mares australes no se disponían aún a franquear el trópico, y si la *Pilgrim* se encontraba en aquel lugar se debía a las circunstancias que la habían obligado a regresar a América antes de que finalizase la estación.

La señora Weldon, que se encontraba paseando por la popa, se dio cuenta de un espectáculo bastante curioso. Las aguas del mar se habían vuelto de un color rojizo, casi de repente. Parecía que acababan de teñirse de sangre.

La señora Weldon llamó al grumete.

-¿No ves que tinte más particular han tomado las aguas? -le preguntó-. ¿A qué es debido?

Dick sonrió y explicó que aquel tinte lo producían miles de crustáceos que, por lo general, sirven de alimento a los grandes mamíferos.

-Los pescadores -añadió el grumete-, llaman a esto "comida de ballena".

-Pues son tan pequeños estos crustáceos -comentó la señora Weldon-, que casi podrían llamarse insectos de mar.

El capitán Hull, que había acudido a la reunión, exclamó:

- ¡Aquí hay comida de ballena, y esto es muy interesante! Indica que no sería raro que viésemos alguna.

Como si fuese para dar la razón al capitán, resonó en aquel instante la voz de un marinero

que se encontraba en la proa.

- ¡Una ballena a babor!

El capitán Hull, impulsado por su instinto de pescador, se precipitó hacia el castillo, seguido por la señora Weldon, Jack, Dick e incluso el primo Benedicto.

A una distancia de cuatro millas, un hervidero indicaba que un gran mamífero marino se movía en medio de aquellas aguas rojizas.

Era mucha todavía la distancia para poder reconocer a qué especie pertenecía aquel mamífero, puesto que las mismas son varias. Sin embargo, unos balleneros no podían despreciar aquella presa.

-Si fuese una ballena propiamente dicha -comentó el experto capitán-, su surtidor sería de menor volumen y al mismo tiempo más alto. Además, el ruido de este surtidor también revela una naturaleza peculiar. ¿Qué opinas tú, Dick?

-Si no me equivoco y teniendo en cuenta que el surtidor contiene más agua que vapor condensado, y considerando también la violencia del chorro, creo que se trata de una jubarte.

-Efectivamente; no hay duda; es una jubarte lo que tenemos ante nuestros ojos -corroboró el capitán.

-Con su captura -comentó el jefe de la tripulación- obtendríamos en pocas horas la mitad de los 200 barriles de aceite que nos faltan.

-Sí, sí... En efecto -murmuró el capitán.

Varios marineros, subidos en las flechas de los obenques del trinquete, exhalaban gritos de codicia y todos los hombres de la tripulación se animaban al contemplar el cetáceo. Era evidente que representaba todo un cargamento de aceite.

El capitán no pronunciaba palabra y todos los marineros parecían atraídos por algo irresistible.

El pequeño Jack exclamó:

- ¡Mamá! ¡Yo quiero coger la ballena para ver cómo es!

- ¿Que quieres esa ballena, hijo mío? -dijo el capitán, dejando escapar de sus labios unas palabras que hacía rato le cosquilleaban-. ¿Y por qué no hemos de capturarla, amigos míos? Claro que somos pocos, pero...

- ¡Hurra! ¡Hurra! -gritaron los marineros.

El capitán, sin pérdida de tiempo, impartió las órdenes oportunas para la partida de caza, que en aquella ocasión tendría que llevarse a cabo con una sola embarcación por falta de hombres.

La señora Weldon creyó un deber preguntar al capitán si constituía algún peligro atacar una ballena en tales condiciones, ya que ella sabía que eran tres las balleneras que generalmente se empleaban para la persecución de los cetáceos.

El capitán sólo disponía de cinco marineros para armar un ballenero, ya que utilizar el concurso de los negros, que se habían ofrecido, era imposible. El manejo de una lancha de pesca exige marineros muy expertos.

-Puede estar tranquila, señora -argumentó el capitán Hull-; en varias ocasiones he tenido que pescar una ballena con una sola embarcación y siempre he acabado por capturarla.

No le quedaba otro remedio al capitán que confiar a Dick Sand el cuidado de la goleta, a pesar de que éste hubiera querido tomar parte en la pesca. Sin embargo, comprendió que los brazos de un hombre valían más que los suyos para la navegación de la ballenera, y se resignó, acatando las órdenes de su jefe.

El mar, muy tranquilo en aquellos momentos, favorecía las maniobras de la ballenera. El viento empezaba a amainar y la *Pilgrim* sólo derivaría de una manera insensible mientras la tripulación estuviese alejada.

Los cuatro marineros embarcaron en la ballenera y Howik les entregó dos grandes dardos que servían de arpones y largas lanzas de aguda punta, añadiendo además cinco rollos de cuerda resistente y flexible llamada "sondaleza" y que mide 600 pies de largo.

Sólo faltaba embarcar al capitán Hull, que antes de hacerlo lanzó una última ojeada a su embarcación, para estar seguro de que durante su ausencia, que podía prolongarse varias horas, Dick Sand, que quedaba al mando, no tuviese que ejecutar ninguna maniobra. Todo estaba en orden, ya que el barco había sido puesto al paio para que se mantuviese poco menos que estacionado.

-Vigíalo todo -le recomendó el capitán a Dick-. Te dejo solo, aunque si hubiese necesidad de poner el navío en movimiento por si nos llevase demasiado lejos la persecución de la jubarte, el viejo Tom y sus compañeros podrán ayudarse si les indicas lo que tienen que hacer.

Los negros asintieron con el máximo entusiasmo.

-Puede ir tranquilo, capitán -respondió el grumete-, que no perderé de vista la ballenera.

- ¡Buena suerte! -dijo la señora Weldon.

El capitán dio las gracias y, volviéndose a Tom, añadió:

-Para ayudarnos a despedazar la ballena, cuando esté amarrada al casco del navío, cuento con usted y sus compañeros.

-Estamos a sus órdenes -respondió el negro.

La ballenera se separó del casco de la *Pilgrim*, mientras los que quedaban en el barco deseaban por última vez suerte a los que partían.

Al impulso de los cuatro remeros, la ballenera fue alejándose de la *Pilgrim*.

La frágil embarcación se hallaba ya a varios centenares de pies de la goleta, cuando Dingo, de pie con las patas delanteras apoyadas en la borda, lanzó un quejumbroso aullido que impresionó mucho a aquella gente, dada a la superstición. También la señora Weldon se estremeció.

- ¡Vamos Dingo! -exclamó-. ¡Debes infundir valor a tus amigos! Emite un buen ladrido, claro y alegre.

El perro, en vez de ello, se irguió de nuevo y esta vez lanzó un aullido de cólera.

Negoro acababa de aparecer en cubierta, seguramente con la intención de presenciar las maniobras de la ballenera.

Dingo, preso del más vivo e inexplicable furor, se dirigió hacia el cocinero. El portugués cogió un espeque y se dispuso a la defensa.

- ¡Aquí, Dingo, aquí! -gritó Dick cuando el perro iba asaltar-. ¡Quieto, Dingo!

Negoro había palidecido, sin pronunciar una sola palabra. Dejó caer el espeque y regresó a la cocina.

Entonces Dick, dirigiéndose al formidable Hércules, le dijo:

-Le encargo que vigile exclusivamente a este hombre.

Los enormes puños del negro se cerraron en señal de asentimiento.

- ¡Lo vigilaré! -contestó.

La ballenera se perdía sobre el océano.

VI

TRAGEDIA EN EL MAR

En la captura de una jubarte no puede dejarse de tomar ninguna precaución. Por eso el capitán Hull, experto ballenero, no dejaba nada a la improvisación.

Comenzó por maniobrar de modo que, acercándose a la ballena por la parte contraria a la dirección del viento, ningún ruido pudiese advertirle la proximidad de la embarcación.

El jefe de la tripulación era un marino que inspiraba toda la confianza al capitán y que dirigió la ballenera siguiendo la curva bastante pronunciada que formaba el banco rojizo en medio del cual flotaba el mamífero.

Los remos se movían silenciosos y la embarcación había bordeado el banco de crustáceos, deslizándose sin hacer ruido por la superficie de las aguas. La jubarte no se movía ni parecía haberles visto aún.

El capitán Hull, con aquellas maniobras, se alejaba del barco, hasta que media hora después de haberlo abandonado, la ballena se encontraba entre las dos embarcaciones.

El momento de acercarse al monstruo había llegado.

-¡Silencio! ¡Silencio! Remad más despacio, muchachos -dijo en voz baja.

Con el mayor cuidado y evitando ponerse al alcance de la formidable cola, se acercaron al flanco izquierdo del mamífero. El capitán Hull, de pie en la proa con las piernas abiertas para lograr mayor estabilidad, sujetaba el arma con la que iba a propinar el primer golpe.

-¿Preparados, muchachos? -interrogó el capitán.

-Preparados -respondió Howik, en tanto que con sus manos aseguraba el timón.

La ballena parecía dormir.

Era el momento de atacar y por eso el capitán Hull, cogiendo el arpón por la parte media, y después de balancearlo varias veces con el fin de asegurar el golpe, lo proyectó con todo el vigor de su brazo.

- ¡Atrás! -gritó inmediatamente.

La ballenera, al impulso de todos los marineros, retrocedió con rapidez, apartándose de los coletazos del mamífero.

- ¡Un ballenato! -exclamó el jefe de los tripulantes, dando a entender con aquel grito el motivo por el cual la ballena había estado inmóvil tanto tiempo.

Al inclinarse casi por completo sobre el flanco, sintiéndose herida, la jubarte había dejado al descubierto un ballenato, al que amamantaba.

El capitán Hull sabía que la madre se defendería con más furor y que la captura se haría, por lo tanto, mucho más difícil.

No obstante, contra lo que era de temer, el cetáceo no se precipitó contra la embarcación, sino que, seguida del ballenato, se sumergió rápidamente, nadando entre dos aguas con suma rapidez.

La persecución, o mejor dicho, el remolque, había comenzado, y la ballenera con los remos levantados resbalaba como una flecha sobre el mar.

La jubarte llevaba una endiablada carrera que parecía no tener fin, y fue preciso unir las sondalezas una tras otra para dar mayor libertad al cetáceo.

¡Esa picara se nos comerá las sondalezas! -exclamó el capitán.

¡Pero no tendrá más remedio que volver a la superficie para respirar! -agregó el jefe de la tripulación. Por fin la ballena pareció ceder en su empuje.

-Se cansa -dijo el capitán Hull, observando que en aquel momento la *Pilgrim* se encontraba a más de cinco millas de la ballenera. No obstante, izando un pabellón en el extremo de un botador, le hizo señal de que se acercase.

La brisa era débil, y a pesar de que el capitán observó que Dick y los negros maniobraban, pensó que el barco a duras penas llegaría a alcanzar la ballena, si es que lo lograba.

Como habían previsto, la jubarte volvió a la superficie para respirar, continuando con el arpón clavado en su lomo. Permaneció casi inmóvil, como si aguardase a su ballenato, que seguramente se había despistado en aquella furiosa carrera.

La ballenera se acercó de nuevo al cetáceo, llevando dos marineros armados de largas lanzas destinadas a herir al animal.

- ¡Atención! No hay que errar el golpe -observó el capitán-. Apuntad bien, muchachos.

En aquel momento, el mamífero dio un coletazo, al tiempo que se alejaba unas diez brazas.

- ¡Cuidado! ¡Cuidado! -advirtió el capitán-. Toma fuerzas para arrojarse sobre nosotros.

El capitán tenía razón, ya que la jubarte, que se había puesto frente a la ballenera, agitó fuertemente el mar con sus enormes aletas y acometió hacia delante.

Una sabia maniobra del jefe de la tripulación hizo evolucionar la ballenera de tal suerte que el mamífero no logró tocarla, aunque pasó casi rozando.

Los tripulantes aprovecharon la ocasión para propinar a la bestia dos lanzazos intentando herirla en algún órgano vital.

La jubarte acusó las heridas, puesto que se detuvo y lanzó a gran altura dos chorros de agua mezclados con sangre. Ofrecía un aspecto espantoso y dando saltos se dirigió de nuevo hacia la embarcación.

Los marineros no perdían la serenidad, y Howik, con gran habilidad, desvió de nuevo la ballenera, al tiempo que tres nuevos golpes hacían blanco en el animal.

Aquellas nuevas heridas hicieron que el mamífero agitase con fuerza su formidable cola, levantando una ola enorme, como si el mar se agitase de repente. Poco le faltó a la embarcación para zozobrar, ya que el agua pasó por encima de la borda, llenándola a medias.

Abandonando los remos, dos marineros empezaron a achicar con rapidez la ballenera, mientras el capitán cortaba la sondaleza que se había hecho inútil.

La jubarte atacaba de nuevo, enfurecida por el dolor, y en su terrible agonía removía las aguas cual furioso temporal. Por tercera vez se precipitó contra la embarcación, que a la sazón, medio llena de agua, no podía ser maniobrada con la misma facilidad de antes. La única solución era atacar y defenderse.

Pero en aquel tercer ataque el animal no pudo ser contenido ni evitado. Rozó la embarcación con sus enormes aletas con tanta fuerza, que derribó a Howik.

A causa de la oscilación, las tres lanzas erraron el golpe.

El capitán Hull trataba de animar a sus hombres.

En aquel momento reapareció el ballenato a muy poca distancia de la embarcación y la jubarte se precipitó hacia ella con el fin de defender a su cría.

La mano del capitán levantó el botador que ostentaba el pabellón y lo agitó en la dirección de la *Pilgrim*. Pero... ¿qué podía esperarse de la goleta, que no poseía hélice?

Dick Sand pensó en echar una embarcación al mar y acudir en ayuda del capitán. Pero, además de la pérdida de tiempo que ello supondría, había recibido la orden de no abandonar la *Pilgrim* ocurriese lo que ocurriese. Enganchó la canoa de popa, que llevó a remolque pensando que capitán y sus compañeros podrían refugiarse en ella en caso necesario.

El cetáceo, entretanto, cubriendo al ballenato con su cuerpo, volvía a la carga dirigiéndose directamente hacia la embarcación.

Los marineros comprendieron que el momento era grave. Trataron de virar, pero les fue imposible. Un terrible coletazo alcanzó la embarcación por debajo, proyectándola en el aire con una violencia irresistible y rompiéndola en tres pedazos.

Los infortunados marineros, gravemente heridos, trataron de mantenerse a flote en medio del oleaje producido por los saltos de la ballena, que en el paroxismo del furor y quizás en los últimos espasmos de una terrible agonía, se retorció, saltó y agitó de un modo tan formidable con la cola las turbias aguas, que un cuarto de hora después, cuando la *Pilgrim* llegó al lugar de la catástrofe, había desaparecido todo rastro de ser viviente. Sólo sobre la superficie de las aguas enrojadas por la sangre, quedaban algunos restos de la pequeña embarcación.

VII

EL CAPITÁN DICK

El capitán Hull y sus hombres habían desaparecido para siempre en aquella terrible escena que acababa de desarrollarse a ojos de los pasajeros de la *Pilgrim*, que nada pudieron hacer por salvar a los desdichados.

La señora Weldon cayó de rodillas y levantando los ojos al cielo, exclamó:

- ¡Oremos y pidamos también al cielo fuerza y valor para nosotros!

El barco, sin capitán ni tripulación que lo dirigiese, se encontraba a unos cientos de millas de tierra en medio del océano Pacífico a merced de las olas y del viento. Sólo podían esperar la ayuda del Todopoderoso, a cuya presencia acababan de comparecer el capitán Hull y sus marineros.

No quedaba un solo marino a bordo de la goleta. Sólo Dick Sand, que no era más que un grumete, que conocía a su manera la navegación y en quien ahora se resumían las responsabilidades del capitán, del contraestre y de la marinería.

La presencia de una pasajera a bordo, con su hijo, nacía más dificultosa la situación.

Cierto que había unos cuantos negros, que a su bondad unían el valor y un afán de servicio, pero no tenían las más elementales nociones del oficio.

¿Qué resolución debería adoptar Dick?

Sabía muy bien que se encontraba fuera de ruta de los arcos mercantes y que los balleneros navegaban por lugares muy alejados.

Estaba meditando profundamente, cuando Negro avanzando hacia popa, se dirigió directamente hacia él.

- ¿Qué desea? -le preguntó Dick.

- ¿Puede decirme quién manda ahora el barco? Sin vacilar, el grumete dijo:

-Yo.

Negro se encogió de hombros.

- ¡Usted! ¡Un capitán de quince años!

-Eso es -afirmó el joven avanzando hacia el cocinero-, un capitán de quince años.

El portugués retrocedió.

La señora Weldon, que se encontraba a pocos pasos, intervino:

-Ya no existe aquí más capitán que Dick -dijo-, y es conveniente que todos sepan que sabrá hacerse obedecer. No lo olvide.

El cocinero, rezongando, se inclinó con cierta ironía y regresó a la cocina.

¡Ah! Si Dick Sand hubiese tenido cuatro o cinco años más. Habría sabido servirse del sextante, habría leído en el cronómetro la hora del meridiano de Greenwich y habría deducido la longitud por el ángulo horario. Pero ahora, aunque era capaz de establecer el velamen según las circunstancias, no poseía bastantes conocimientos para determinar mediante el cálculo el punto donde se encontraba.

¡Con cuatro o cinco años más, el Sol se habría convertido en su consejero de todos los días

y la Luna y los planetas le indicarán el punto del océano en que se encontraba el navío! Por las observaciones astronómicas habría podido determinar con exactitud el camino a seguir. Ahora, sólo por el cálculo midiendo la distancia recorrida con la guindola levantada a compás y corregida con la deriva, debía comprobar únicamente cuál era su camino.

No obstante, no se desalentó.

La señora Weldon, intuyendo la fortaleza de espíritu del joven grumete, le dijo:

-Ya no están el capitán Hull ni su tripulación. La suerte de todos nosotros está en tus manos, pero tú salvarás el navío y a cuantos vamos en él.

-Lo intentaré con la ayuda de Dios -respondió Dick Sand-. Haré de Tom y sus compañeros unos marinos y maniobraremos juntos. Lucharemos y saldremos de esta situación. Estoy seguro de ello.

- ¿Puedes saber cuál es la posición actual del barco? -inquirió la señora Weldon.

-Es muy sencillo -respondió Dick-. Sólo he de consultar el mapa donde el capitán Hull fijó ayer el punto. De este modo pondré al navío en buena dirección, con la proa hacia el Este, poco más o menos en dirección al punto del litoral americano.

-Muy bien, Dick. Llegaremos a Valparaíso o a cualquier punto del litoral. Lo importante es llegar a alguna parte.

La primera providencia de Dick fue dirigirse a la habitación del capitán para ver el mapa y marcar la posición actual de la *Pilgrim*. Inclined sobre el mapa, la señora Weldon contemplaba la silueta oscura que en el mapa figuraba la tierra, a la derecha de aquel vasto océano. Era el litoral de América del Sur que, cual inmenso dique, se levanta entre el Pacífico y el Atlántico, desde el cabo de Hornos hasta las costas de Colombia.

Dick sabía que la tierra estaba muy lejos y que aquella distancia no podía medirse sólo con unos cientos de millas. Pero no se desalentó. Se había convertido en un hombre responsable de sus actos y había llegado el momento de actuar sin desfallecimiento. La brisa, que soplaba del Noroeste, tenía que ser aprovechada de inmediato.

Dick Sand llamó a los negros.

-El barco -dijo- no dispone de más tripulación que ustedes, y aunque no sean marinos tienen buenos brazos que deseo pongan a su servicio. Yo no puedo maniobrar sin su ayuda y nuestra salvación depende de ustedes.

-No nos faltará buena voluntad -aseguró Tom, en nombre de todos-. Mis compañeros y yo seremos sus marineros. Haremos lo que nos mande.

-Gracias, amigos míos -exclamó Dick-. Les indicaré lo que cada uno habrá de hacer. Yo me encargaré del timón hasta que el cansancio me obligue a abandonarlo. Durante las pocas horas que descansa, usted, Tom, me sustituirá. Ya le indicaré cómo se gobierna, con ayuda de la brújula.

-Estoy a sus órdenes -repitió el viejo negro.

VIII

SABOTAJE

La única esperanza de los pasajeros era la-de llegar a un puerto cualquiera del litoral americano, aunque no fuese Valparaíso.

Con objeto de obtener el término medio, Dick Sand pensaba reconocer la dirección y velocidad de la *Pilgrim*, cosa que podía conseguir comprobando todos los días en el mapa el camino recorrido, para lo cual se valdría de la brújula y de la guindola, delicado instrumento provisto de un cuadrante de hélice, que registra la velocidad por un tiempo determinado con toda exactitud.

Claro que las corrientes podían inducir a errores, que sólo podían compensarse con algunos cálculos derivados de observaciones astronómicas que el joven grumete no podía llevar todavía a la práctica. Por eso, por el cerebro de Dick cruzó la idea de conducir nuevamente la *Pilgrim* a Nueva Zelanda. Sin embargo, y a pesar de que la travesía hubiera sido más corta, el viento a la sazón era favorable para dirigirse a América.

Tomada, pues, esta resolución, el valeroso grumete se dispuso a poner en marcha el barco, cosa que no iba a ser demasiado fácil, porque, especialmente para el manejo de las velas del mástil de mesana, se requiere un buen conocimiento del oficio.

-Amigos míos -dijo el grumete a los cinco negros-, se trata de completar el velamen, de izar el papagayo, la cacatúa, la flecha y las velas de los estayes, pero todo irá bien si siguen ustedes mis instrucciones.

Tom y los suyos aguardaron las órdenes, que no se hicieron esperar.

Desde la rueda del timón, Dick Sand gritaba:

-¡Largue con rapidez esa maniobra! ¡Estire! ¡Tire de arriba! ¡Un buen golpe! ¡Fuerza!

Al oír aquella última palabra, el gigante Hércules descargó un formidable golpe, capaz de romperlo todo a un tiempo.

-¡Cuidado! ¡No tan fuerte, caramba! ¡Va usted a echar abajo la arboladura!

Hércules respondió, sonriendo:

-Pero si apenas he apretado.

El faro del mástil de mesana, cuyos brazos de babor habían sido aflojados, se giró con lentitud. El viento hinchó las velas.

Seguidamente se aflojaron las escotas de los foques. Después Dick ordenó a los negros que volvieran a popa.

-Ahora es preciso ocuparnos del palo mayor.

Esta maniobra fue más fácil y, una vez acabada, la cangreja recibió el viento con más normalidad, uniendo su potente acción a la de las velas de proa.

Ya sólo faltaba tirar de la driza una vez la flecha quedó establecida por encima de la cangreja, pero Hércules ayudado por Acteón e incluso por el pequeño Jack, que se había unido a ellos, tiró tan fuerte que la driza se rompió y los tres cayeron de espaldas. Por fortuna no se hicieron daño.

-No se preocupen -gritó Dick-. Unan los dos cabos y tiren con suavidad.

Todo marchaba bien y la *Pilgrim* navegaba con rapidez, con la proa hacia el Este. Sólo quedaba mantenerlo en aquella dirección.

A pesar del trabajo realizado, la instalación del velamen no estaba aún terminada, pues faltaban las velas altas, cuya acción, cuando se trata de adquirir la máxima velocidad, es necesaria.

Esta maniobra era más difícil que la llevada a cabo, pero Dick resolvió efectuarla. Confió la rueda del timón a Tom, y se dispuso al trabajo, ayudado por Acteón, Bat, Austin y Hércules.

Todos pusieron manos a la obra, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Dick quien, trepando por los flechastes, por los escapos del envés y por los obenques del mastelero de la gavia, demostraba un conocimiento poco común en un muchacho de su edad, y una agilidad asombrosa.

Finalmente, y sin que en esta ocasión Hércules rompiera nada, quedó terminada la operación, por lo que la *Pilgrim* quedó ostentando todas las velas que constituían su aparejo, a falta de las bonetas de mesana a babor, que Dick no creyó prudente utilizar porque, además de suponer una maniobra hartamente difícil, no podrían retirarse con rapidez en caso de un cambio brusco en el tiempo.

Dick Sand cogió de nuevo la rueda del timón y el barco, con una ligera inclinación hacia estribor, se deslizó con rapidez por la superficie del mar.

-Te felicito -dijo la señora Weldon, estrechando la mano del grumete.

A bordo se siguió la vida normal, aunque el pensamiento de todos no se apartaba de la conmovedora catástrofe. El orden más perfecto reinaba en la goleta, y todo hacía suponer que las cosas marcharían a las mil maravillas.

Negoro incluso parecía haber reconocido la autoridad de Dick y no hizo ningún intento para sustraerse a la misma. No se movía de su reducida cocina y, por tanto, se le veía muy poco.

Llegada la noche, Dick Sand, debido al estado del tiempo, no creyó necesario disminuir el velamen. Por otra parte, el estado de la atmósfera no dejaba entrever ninguna alteración inmediata.

Durante el día, el grumete hizo funcionar cada media hora la guindola y la brújula, que eran los dos únicos instrumentos de que podía valerse para apreciar el camino recorrido, anotando siempre sus indicaciones.

A bordo había dos brújulas. La que estaba colocada en la bitácora, a la vista del hombre encargado de la barra, y otra que estaba fijada a los barrotes del camarote que había ocupado el capitán Hull. De esta forma el capitán del navío podía comprobar siempre la ruta sin moverse de su aposento.

Dick Sand había recomendado a su gente que trataran con el máximo cuidado aquellos dos instrumentos que era conveniente comparar entre sí para asegurar sin la menor duda sus indicaciones.

Sin embargo, en la noche del 12 al 13 de febrero, la brújula del camarote que se hallaba fija por medio de una virola de cobre, se cayó sin que nadie se diese cuenta de ello hasta el día siguiente.

Aquel hecho contrarió mucho a Dick. La brújula se había roto de tal modo que no podía ser reparada.

Era algo inexplicable, pero en cierto modo posible, ya que la virola podía haber estado oxidada y romperse debido al vaivén de la embarcación. Nadie era responsable de aquella rotura, aunque aquello acarrearía en sí enojosas consecuencias, puesto que en adelante Dick sólo podía valerse del compás de la bitácora.

No obstante, aparte de este incidente, todo iba bien a bordo, y la señora Weldon había puesto mucha confianza en Dick, con quien conversaba a menudo.

-Con estos vientos -decía el joven- no tardaremos en alcanzar el litoral de la América meridional. Quizás incluso no derivemos mucho de Valparaíso.

Los negros cumplían a la perfección cuantas tareas les eran encomendadas, y cada día se hacían más prácticos en el oficio. Tom se había convertido en el jefe de la tripulación por unanimidad, turnándose todos en el trabajo, y en el descanso. Sólo Dick pasaba noches enteras junto a la barra.

Nunca navegaban sin llevar colocadas las luces de posición, verde a estribor y roja a babor, y tampoco se descuidaba, a pesar de que aquellos parajes estaban desiertos, la vigilancia rigurosa durante la noche.

Dick Sand acusaba el cansancio y en algunas ocasiones su mano gobernaba por puro instinto, ya que la fatiga le hacía cerrar los ojos.

La noche del 13 al 14 de febrero Tom reemplazó a Dick para que éste pudiese tomarse unas horas de merecido descanso. El cielo aparecía cubierto y la oscuridad reinante no permitía distinguir las velas altas.

A eso de las tres de la mañana se produjo algo extraño. Los ojos de Tom, que se hallaban fijos en un punto luminoso de la bitácora, perdieron en un instante el sentido de la visión, y el negro cayó en una especie de somnolencia anestésica. Sus sentidos se embotaron y por eso no vio que una sombra, la de Negoro, se deslizaba por el puente hasta la misma bitácora, debajo de la cual colocó un pesado objeto que llevaba en la mano.

Observó unos momentos la esfera luminosa de la brújula y se retiró con el mismo sigilo.

Si al día siguiente Dick se hubiese dado cuenta del objeto colocado por el portugués debajo de la bitácora, lo hubiera separado inmediatamente. Se trataba de un trozo de hierro de magnetita, cuya influencia, como es sabido, altera los campos magnéticos. En consecuencia, la aguja de la brújula sufrió una alteración, siendo desviada del Norte magnético, señalando el Nordeste, produciendo, por tanto, una desviación de un cuarto de cuadrante.

Cuando Tom volvió en sí de su sopor, al dirigir la vista hacia el compás creyó que la *Pilgrim* había perdido la dirección, y llevado por su buena voluntad movió la barra con el propósito de colocar la proa del navío hacia el Este. Sin embargo, lo que hizo fue desviar el barco en un cuarto de cuadrante, dirigiéndolo hacia el Suroeste.

La *Pilgrim* navegaba entonces a una velocidad de 160 millas diarias, como término medio, velocidad máxima que podía esperarse de un navío de aquellas características.

Así, sin ningún otro incidente, transcurrió la semana del 14 al 21 de febrero, mientras Dick Sand acariciaba la esperanza de cruzarse con algún buque, puesto que su opinión era que se encontraban próximos a los parajes frecuentados por los correos que hacen la travesía de un hemisferio a otro.

Sin embargo, a pesar de la vigilancia observada, el mar continuaba desierto y ninguna nave aparecía a la vista.

IX

SE ACERCA UNA TORMENTA

Dick Sand había cruzado varias veces aquella parte del Pacífico por donde creía navegar, y aquella soledad no dejaba de extrañarle. Según sus cálculos, debían de haberse cruzado ya con algún navío, ya fuese subiendo en dirección del Cabo de Hornos al Ecuador, ya descendiendo hacia el extremo de América del Sur.

A pesar de su inquietud, Dick Sand estaba convencido de alcanzar la costa americana y a este respecto tranquilizaba continuamente a la señora Weldon, que no podía ocultar cierto desánimo.

- ¡Pronto llegaremos! -repetía el grumete.

Las firmes palabras del joven alentaban las esperanzas de la señora Weldon que sabía que si Dick no estaba lo bastante adelantado en sus estudios hidrográficos, poseía al menos un verdadero olfato de marino.

Eso era cierto: las indicaciones barométricas por una parte y el aspecto del cielo por otra, le permitían ponerse en guardia. Dick Sand conocía todas las indicaciones del barómetro.

Por eso, el 20 de febrero el joven grumete empezó a preocuparse al comprobar las oscilaciones de la columna barométrica. Comenzó a bajar de una manera lenta y progresiva, lo cual presagiaba lluvia.

El joven, para no comprometer la arboladura y el velamen del barco, hizo plegar la cacatúa, la flecha y el petifoque y determinó hacer lo propio, después de haber recogido dos rizos, con la gavia y el papagayo.

Los negros trabajaron con gran entusiasmo en aquellas maniobras que colocaron al barco en las condiciones idóneas de navegación que exigía el estado de la atmósfera.

En los tres días siguientes se modificaron sensiblemente la fuerza y la dirección del viento. No obstante, el mercurio continuaba bajando en el tubo barométrico.

El aspecto del cielo era amenazador. Densas brumas lo cubrían de un modo constante y su espesor era tal que hacía muy difícil distinguir el lugar por donde salía y se ponía el Sol.

El 23 de febrero pareció que la brisa cedía, pero por la tarde el viento arreció y el mar empezó a agitarse.

Dick Sand pensaba que de no complicarse más las cosas, aquel estado atmosférico resultaría favorable, acercando el barco a la costa americana con mayor rapidez. ¿Pero cómo maniobraría si no encontraba un práctico de la costa, en un litoral que desconocía?

Pasaron trece días hasta el 9 de marzo sin que el estado de la atmósfera se modificase, hasta que por fin una lluvia torrencial cayó sobre el mar, lo que inquietó a Dick. La nave caminaba a la ventura debido a una espesa niebla.

La *Pilgrim* bailoteaba mucho, mas por fortuna ninguno de los viajeros era sensible al mareo. Incluso el primo Benedicto no se daba cuenta de nada, pasando el tiempo contemplando sus cucarachas, con la misma tranquilidad con que lo hubiese hecho en su despacho de San Francisco.

Dick Sand estaba convencido de que la costa no debía de estar muy lejos, por lo que se vigilaba con la máxima atención.

Pero ningún litoral aparecía en el horizonte y eso tenía muy extrañado al grumete.

Aquel día la señora Weldon se dirigió a Dick, que se encontraba en la proa observando el mar.

- ¿No ves nada todavía? -le preguntó.

-Nada, señora Weldon, y sin embargo el horizonte no tardará en despejarse. La costa no puede estar muy lejos.

Hace veinticinco días que perdimos a nuestro querido capitán y entonces estábamos a unas 4.500 millas de la costa.

- ¿Cuál ha sido la velocidad del barco? -inquirió la madre de Jack.

-Unas 160 millas diarias -contestó el grumete-, por eso es muy extraño que no hayamos visto tierra ni se haya cruzado con nosotros uno de los muchos barcos que frecuentan estos parajes.

- ¿Estás seguro -insistió la señora Weldon- de no haberte equivocado?

-Seguro, señora. Cada media hora ha funcionado la guindola y he obtenido sus indicaciones con toda precisión. Ahora mismo voy a hacerla funcionar de nuevo.

A una orden de Dick, Tom empezó a maniobrar la guindola, pero apenas se habían desenrollado veinticinco brazas de la sondaleza, ésta cedió en las manos del negro.

- ¿Qué sucede, Tom? -inquirió el grumete.

-¡Oh, señor Dick! La sondaleza se ha roto y la guindola se ha estropeado.

En efecto, la sondaleza se había roto a pesar de estar hecha con jarcia de la mejor calidad.

Dick Sand, que empezaba a desconfiar, observó los cordones que aparentemente parecían muy usados en el punto de la rotura.

Lo malo era que la guindola estaba inutilizada y que Dick no disponía ya de ningún medio para averiguar la velocidad del barco. Sólo le quedaba una brújula, aunque ignoraba que sus indicaciones no eran correctas.

El barómetro descendió más al día siguiente, lo que anunciaba viento huracanado.

Ante aquel peligro, Dick hizo arriar el mastelero de juanete y el de la flecha, plegando las velas bajas, con el fin de navegar sólo con el petifoque y la gavia rizada.

Al amanecer del día 12 el tiempo empeoró. El grumete pudo comprobar, con espanto, que el barómetro había descendido notablemente.

Se avecinaba una tremenda tempestad y la *Pilgrim* no podía seguir con las pocas lonas que le quedaban.

Dick dio orden de plegar la gavia, pero una violenta ráfaga de viento se anticipó a la maniobra y arrancó la vela.

El grumete temía que de un momento a otro la nave sería lanzada contra los escollos del litoral, que no podía estar lejos.

En aquel momento Negro subió al puente desde donde dirigió su mirada a un punto del horizonte, como si tratase de descubrir tierra a través de la bruma. No pronunció ni una palabra, pero sus labios esbozaron una malévolamente sonrisa.

A los pocos minutos regresó a la cocina.

X

MÁS DIFICULTADES EN LA TORMENTA

El aire corría a una velocidad de noventa millas por hora, soplando del Sudoeste, convirtiendo aquella tempestad en un huracán, cuyo viento terrible arroja hacia la costa a los buques, que no pueden resistir el terrible choque. La *Pilgrim* se hallaba en peligro.

Pero, ¿qué podía hacerse para evitar la catástrofe? Dick se veía impotente para dominar el barco y aferrado a la barra, que a duras penas podía mantener, veía pasar las horas preso de la mayor angustia. Todos trabajaban bajo una terrible tensión.

Durante la noche del 13 al 14 de marzo y mientras Dick, en un intervalo de apaciguamiento de la tormenta, se había dirigido a su camarote a instancias de la señora Weldon, para descansar, se produjo un nuevo incidente.

Negoro se había acercado a Tom y a Bat que se hallaban a popa, como queriendo indicarles algo, pero padre e hijo no le contestaron.

En un momento dado, el navío se movió de forma alarmante, cogido por una fuerte ola, y el portugués perdió el equilibrio y de no haberse agarrado a la bitácora, a buen seguro que hubiese sido barrido de la cubierta.

Tom se alarmó, no por Negoro, con quien no simpatizaba ni poco ni mucho, sino porque temió que se hubiera roto la brújula, y lanzó un grito, que llegó a oídos de Dick, haciéndole precipitar fuera del camarote.

- ¿Qué sucede? -preguntó al llegar al lado de Tom.

-Negoro, que acaba de caerse encima de la brújula.

El cocinero, que se había incorporado ya, tenía en la mano el pedazo de hierro magnético que unos momentos antes había recogido de debajo de la bitácora y que hizo desaparecer en un bolsillo sin que nadie se diese cuenta.

Dick Sand se inclinó, inquieto, sobre la bitácora, que no había sufrido daño.

Pero lo que el muchacho no pudo observar, es que después de que Negoro hubiera separado el pedazo de magnetita, la aguja había recuperado su posición normal, señalando otra vez con exactitud hacia el Norte magnético.

¿Tenía, pues, ahora el portugués algún interés en que la aguja marcara correctamente? Así era, en efecto, pues sus propósitos se veían favorecidos por aquellos vientos del Sudoeste.

- ¿Qué busca usted aquí? -preguntó Dick a Negoro, cuya caída parecía haber sido consecuencia del zarandeo del barco.

-Nada. No hay ningún reglamento que prohíba me acerque aquí.

-Con reglamento o sin él -exclamó enérgico Dick-, le prohíbo a usted que se acerque a este lugar.

- ¿Lo dice en serio? -inquirió con cinismo Negoro, acompañando sus palabras con un gesto amenazante.

El joven capitán extrajo un revólver de su bolsillo y apuntando con él al portugués, le dijo:

-Recuerde bien que este revólver no se separa de mí y que al primer acto de insubordinación le levantaré la tapa de los sesos.

- ¿Quiere usted que arroje a ese tunante por la borda? -preguntó Hércules, acercándose.

Negoro se vio perdido. -Todavía no -respondió Dick.

Pero la mano del negro se había posado ya sobre un hombro del cocinero, que salió lanzado hacia el puente. -Me las pagarás, negro maldito -masculló Negro.

Después de aquel incidente, una cosa singular extrañó al grumete y es que el viento había cambiado. El navío conservaba la misma orientación, pero el viento y las olas, en lugar de asaltarle directamente por la popa, le empujaban ahora por la banda de babor, por lo que el grumete tuvo que desviarse un cuarto para continuar huyendo de la tempestad.

¿Qué había ido a buscar en aquel lugar el cocinero? ¿Podía tener alguna relación aquella caída de Negro y la rotura de la primera brújula? ¿Podía tener Negro algún interés en que el segundo compás quedase también inutilizado?

Estas y muchas otras preguntas se hacía Dick, cuya atención se hallaba más despierta que nunca.

El grumete había confiado aquel incidente a la señora Weldon, haciéndole partícipe asimismo de sus dudas, pero ella, aun participando hasta cierto punto de la desconfianza del muchacho, no veía motivo para que existiese una premeditación criminal en el portugués. A pesar de ello, Negro fue vigilado con más atención, aunque no volvió a aventurarse a ir a la popa, siguiendo las órdenes del grumete. Además, Dingo fue trasladado a aquel lugar con carácter permanente y con seguridad éste era otro de los motivos poderosos que retenían a Negro en la cocina.

Durante toda la semana la tormenta no disminuyó de intensidad y la *Pilgrim* huía hacia el Nordeste con una velocidad no inferior a las 200 millas por día. Pero la tierra no aparecía por parte alguna.

Dick Sand no podía suponer que se habían engañado con la brújula, cuyas indicaciones no podía comprobar. Solamente aquello podía justificar la ausencia de tierra.

Por fin, un día, a eso de las ocho de la mañana, Hércules, que estaba de vigía a proa, gritó:

- ¡Tierra, tierra!

Dick Sand se precipitó hacia el castillo.

La costa, determinada por una alta cima, se manifestaba a unas diez millas, por babor. Era, seguramente, un promontorio de la costa americana, que entre un claro de las nubes, pudo verse con toda claridad.

Sólo era cuestión de horas llegar a tierra.

Entre la alegría general, Dick sentía cierto espanto, ya que en las condiciones en que se encontraba la *Pilgrim*, la tierra constituía un escollo con lo que ello comportaba.

Al cabo de dos horas el navío se encontraba a la altura del promontorio.

Negoro había aparecido en cubierta, contemplando con mucha atención la costa, y después de mover la cabeza, como si asintiera a una pregunta que se hubiera formulado a sí mismo, volvió a su puesto, no sin antes haber pronunciado una palabra que nadie pudo entender.

La tempestad había remitido y el cielo iba aclarando, pudiendo distinguirse entonces una costa elevada, que seguramente podía corresponder a la cordillera andina.

Transcurrieron otras dos horas y entonces Dick cogió su antejo de larga vista y a través de él paseó su mirada por todo el horizonte oriental.

Aquel promontorio que hacía poco se erguía por babor iba quedando atrás, tanto que a las dos de la tarde todo indicio de tierra se había desvanecido.

Dick comprendió de qué se trataba y dirigiéndose al camarote donde se hallaba la señora Weldon con el pequeño Jack, Nan y el primo Benedicto, exclamó desalentado:

- ¡Una isla! ¡Sólo era una isla!

- ¿Qué isla, Dick? -inquirió la señora Wendon.

El grumete salió un instante para regresar pronto con el mapa del barco.

-La tierra que hemos visto no puede ser más que este punto -dijo, marcando un puntito perdido en medio del Pacífico-. Se trata, sin duda, de la isla de Pascua, ya que no hay otra por estos parajes.

Hizo una pausa, y desconcertado, continuó:

-Esta isla se halla a treinta y cinco grados de la costa americana, lo que quiere decir que estamos separados de ella por casi dos mil millas. No puedo entenderlo. No comprendo este retraso increíble. ¡No! Esta isla no puede ser otra que la Pascua y está a dos mil millas de tierra firme.

Pero de pronto, la preocupación del grumete pareció desaparecer como por ensalmo, y declaró:

- ¡Es la isla de Pascua! Ahora sé a dónde nos traído el temporal y por poco que vaya amainando podremos llegar al continente americano. ¡Ya no estamos perdidos en el océano!

Aquellas palabras del grumete tuvieron la virtud de devolver la tranquilidad a cuantos le escuchaban.

La *Pilgrim*, bien orientada ahora, podría llegar por fin a su destino.

Al día siguiente, 27 de marzo, la columna de mercurio subió en el barómetro en progresión continua, lo que indicaba que la tempestad decrecía rápidamente.

Dick Sand se mostró más optimista ante aquella perspectiva.

XI

¡TIERRA!

Aquella misma noche el efecto del viento cedió algo, comparado con la fuerza anterior. Por eso, a la mañana siguiente, los pasajeros, que en los últimos días habían permanecido en sus camarotes, comenzaron a reaparecer sobre cubierta, ya que no corrían el peligro de ser arrastrados por un embate del mar.

El día 20, el viento disminuyó de tal forma que pudo restablecerse la mesana y el juanete y, en consecuencia, aumentó la velocidad del barco, como era el deseo del grumete.

-¡Adelante, amigos míos! -ordenaba el grumete a sus servidores, que se aprestaban al trabajo.

-Ya era hora de que pudiésemos hacer algo -gritó Hércules, moviendo ligeramente su enorme estructura-; ya empezaba a enmohecarme.

- ¿Por qué no soplas con tu enorme boca? -dijo el pequeño Jack dirigiéndose al gigante-. De seguro que tienes tanta fuerza como el viento.

-Buena idea, querido Jack -terció Dick, sonriendo-; si el viento no nos ayuda, mandaremos a Hércules a que sople sobre las velas. Pero ahora, todos a sus puestos -continuó-. El viento arrebató la gavia y lo primero que hemos de hacer es envergar una de recambio.

-Estamos dispuestos -dijo Acteón.

El trabajo presentaba algunas dificultades, pero los negros, guiados por el grumete, empezaron al punto la tarea de izar la vela que estaba plegada, para fijarla en la verga.

Las órdenes dadas por Dick eran tan exactas y precisas que, al cabo de una hora, la vela estaba envergada, la verga izada y la gavia establecida convenientemente con dos rizos.

También la mesana y el segundo foque fueron instalados sin demasiado trabajo, haciendo posible que aquel mismo día, a las diez de la mañana, el barco continuase la travesía bajo las más lisonjeras esperanzas.

El júbilo de Dick era enorme. Ya no estaba a merced de las olas. Ahora podría orientarse mejor. Estaba seguro de sí mismo...

Si bien las nubes continuaban, corriendo con la misma velocidad, al día siguiente dejaban grandes claros por donde los rayos del sol inundaban la superficie de las aguas.

¡Cuan reconfortante es la luz del Sol después de una tormenta!

Toda la tripulación trabajaba con la mejor voluntad.

Dick consultaba muy a menudo el mapa para orientarse y establecer la posición probable del barco. Estaba seguro de que antes de seis días la tierra aparecería en el horizonte.

Sus observaciones las comunicaba siempre a la señora Weldon, que se interesaba por la seguridad de todos.

- ¿A qué punto de la costa crees que llegaremos, Dick? -preguntaba la dama.

-No puedo precisarlo -respondió el grumete, paseando su dedo índice por encima del mapa-, pero creo que si ésta es la isla de Pascua, que hemos dejado al Oeste, el punto de llegada será poco más o menos por estos lugares -y señaló el cordón litoral que se extiende desde el Perú hasta Chile-. Aquí, los puertos de escala son bastante numerosos, aunque no me es posible determinar el punto exacto de arribada. Pero sea cual sea el puerto, en él encontrará usted los medios para llegar pronto a San Francisco.

- ¿Es que no piensas conducir la *Pilgrim* a San Francisco? -preguntó la señora Weldon.

-Sí -afirmó Dick-; después que usted haya desembarcado.

-De acuerdo -consintió la señora Weldon. Y seguidamente preguntó:

- ¿Existe alguna dificultad para llegar a puerto?

-Al acercarnos a tierra tendremos que pasar algunos momentos peligrosos, pero tengo la confianza de encontrar algún barco por estos parajes. Aunque sólo fuese uno, podría informarnos de nuestra situación exacta, facilitándonos de esta manera la llegada a tierra. Pero será preciso que continuemos acercándonos al litoral para situarnos en la ruta de algunas líneas.

- ¿Y si no encontramos ese barco? -insistió la señora Weldon.

-Si el tiempo está claro y el viento no es mucho -explicó Dick-, procuraré remontar la costa para encontrar algún refugio. Pero si el viento arrecia me veré obligado a acercar el navío a la costa y las probabilidades de éxito serán menos.

El estado de la atmósfera sufrió algunas alternativas en el transcurso de los días siguientes, que nuevamente inquietaron al grumete. Las oscilaciones de la columna barométrica indicaban que el tiempo tendía otra vez a empeorar. Por eso el grumete tenía que hacer grandes esfuerzos para no sucumbir al desaliento. Aseguró los mástiles y varió, según las circunstancias, la composición del velamen. No quería comprometer la situación de la *Pilgrim*, que hasta entonces se había portado muy bien.

En algunos momentos temió que el viento cambiase su dirección hacia el Este, mas por fortuna, después de algunas variaciones, ya fuesen del Norte o del Sur, se estabilizó de un modo definitivo, soplando del Oeste.

Hacia ya más de dos meses que la goleta había partido de Nueva Zelanda. En el 5 de abril, y según los cálculos del grumete, y teniendo en cuenta la velocidad de navegación, la costa tenía que haberse hecho ya visible. ¿Cómo no estaba a la vista? Dick no se explicaba aquella circunstancia. Parecía que el litoral huyese ante el barco.

En más de una ocasión, algunas nubes que presentaban extrañas formas, habían engañado a los viajeros con falsos indicios de tierra. Pero ésta, en realidad, parecía cada vez más difícil de alcanzar.

Por fin, el día 6 de abril, a las ocho de la mañana, el tan esperado acontecimiento se produjo. Dick, que acababa de subir a las barras, gritó:

- ¡Tierra! ¡Tierra!

Ante aquel grito todos se precipitaron sobre cubierta. Sólo Negoro no abandonó su puesto.

La alegría era mayúscula, ya que al condensarse las brumas bajo los rayos del sol y despejarse el horizonte, pudieron comprobar que Dick no se había equivocado. Hacia el Este, a una distancia aproximada de cuatro millas, se perfilaba una costa bastante baja.

El barco se deslizaba con rapidez en dirección al litoral y al cabo de dos horas sólo tres millas lo separaban de la costa, que se prolongaba hacia el Sudeste como una estrecha lengua de tierra, mientras hacia el Nordeste remataba en un cabo bastante elevado que cubría una especie de rada. En la parte alta de unos acantilados podían verse algunos árboles, que a aquella distancia se recortaban contra el cielo.

Dick escrutaba con la mirada aquella costa, detrás de la cual se hallaba, con toda seguridad, la cordillera de los Andes, y no pudo descubrir ningún puerto ni ría que pudiese servir de refugio al barco, que iba acercándose a la tierra, llevado por el viento que lo empujaba de lado.

Pronto una extensa zona de arrecifes, contra los que chocaban las olas, levantando blancas columnas de espuma, se presentaron ante los asustados ojos del grumete, quien comprendía que en aquel punto se producía sin duda una monstruosa resaca.

El viento arreciaba y la *Pilgrim* bien pronto se encontraba a una milla de la costa en la que Dick distinguió entonces una especie de pequeña ensenada a la que determinó dirigirse, no sin gran riesgo, puesto que para llegar a ella preciso era salvar una línea de arrecifes.

Dingo, que estaba en cubierta, llevado por un inexplicable instinto, se precipitó hacia la proa, lanzando unos ladridos lastimosos, mientras dirigía su mirada a tierra. Parecía como si reconociese aquel litoral, que provocaba en él algún doloroso recuerdo.

Seguramente aquellos ladridos fueron oídos por Negoro, puesto que un irresistible sentimiento lo llevó a dejar su puesto para dirigirse a cubierta, donde aquella furiosa resaca pareció asustarle.

Dingo, cuyos tristes ladridos continuaban, no acusó la presencia del portugués, afortunadamente para éste.

Sólo una persona se dio cuenta de que el semblante de Negoro se contraía un tanto y que sus facciones se alteraban notablemente. Era la señora Weldon.

Dick Sand no dejaba de contemplar la ensenada que, poco a poco, iba abriéndose. Abandonó la barra, que confió a Tom, y dirigiéndose a la señora Weldon, le dijo con decisión:

-A pesar de todos mis esfuerzos, la *Pilgrim* estará antes de media hora sobre los arrecifes. No veo, sin embargo, otra solución que acercarnos a la costa para poder salvarles a ustedes, aunque tenga que perderse el barco. He hecho cuanto he podido.

-Sí -asintió ella-, y por lo tanto no puedes reprocharte nada. Que Dios te guíe, Dick.

El grumete empezó acto seguido a dar las órdenes para encallar con el menor daño posible.

La señora Weldon, Jack, Nan y el primo Benedicto se colocaron los cinturones salvavidas. El grumete y los negros, buenos nadadores todos ellos, se pusieron también en condiciones de poder alcanzar la costa con facilidad, si se veían precisados a lanzarse al mar.

Dick se encargaba del pequeño Jack y Hércules cuidaba de la señora Weldon. El primo Benedicto, que parecía muy tranquilo, con su caja de insectos bajo el brazo, fue confiado a Bat y a Austin. En cuanto a Negoro, daba a entender que no precisaba ayuda de nadie.

Dick mandó subir al castillo de proa una docena de barriles que contenían aceite de ballena. Pensó que aquel líquido, vertido a tiempo, calmaría las olas en el momento en que el navío alcanzase los arrecifes.

Cuando el grumete dio por terminados todos aquellos preparativos, volvió a ocupar su puesto junto a la rueda del timón. La *Pilgrim* se encontraba ya sólo a dos cables de la costa. Dick maniobraba enérgicamente, aunque temiendo a cada instante que la quilla del barco chocara con alguna roca.

De pronto, y debido a un cambio en el color del agua, se dio cuenta de que el barco se deslizaba por un canalizo entre los arrecifes. No vaciló y con un golpe de barra gobernó el navío en el estrecho canal donde las olas saltaban furiosas sobre cubierta.

- ¡Verted el aceite! -gritó.

Los negros, que se encontraban junto a los barriles esperando esta orden, vaciaron rápidamente hasta la última gota de aceite. El mar se calmó como por encanto y la *Pilgrim* se deslizó con rapidez sobre aquellas aguas, dirigiéndose en línea recta hacia la costa.

De pronto, y al recobrar el mar momentos después toda su furia, una formidable ola levantó al barco, produciéndose un terrible choque. La *Pilgrim* acababa de encallar. Al entreabrirse el casco por efecto del choque, el agua entró con violencia. Sin embargo, la costa se hallaba prácticamente al alcance de la mano y una corta cadena de rocas permitía llegar a ella sin dificultad.

Pocos minutos después, y sin contratiempos, todos los pasajeros habían desembarcado, y su primera providencia fue dar gracias a Dios por no haberles abandonado.

XII

EN LA PLAYA

La *Pilgrim* se había perdido. Ya no era más que un casco sin valor, cuyos restos, al cabo de unas horas, destrozaría la resaca. Sin embargo, en pocos viajes pudieron trasladar a la costa algunos elementos que Dick creyó que podrían serles útiles. Lo importante era que se encontraban en un continente y que su repatriación, fuese cual fuese el punto de América donde habían desembarcado, no ofrecería, al parecer, grandes dificultades.

La mayor satisfacción de Dick era que la señora Weldon y su hijo se hallaban a salvo.

El lugar donde habían desembarcado era una playa estrecha que cerraba un acantilado de mediana altitud, si bien en algunos puntos unas suaves pendientes parecían ascender a lo alto.

La desembocadura de un riachuelo se abría por el Norte a un cuarto de milla y sobre sus orillas crecían numerosos árboles de la especie de los mangles, muy distintos de sus parientes de la India.

La vegetación era lujuriosa y los plataneros, tamarindos y cien vegetales más, que un americano no está acostumbrado a ver en la región septentrional del nuevo mundo, se entrelazaban en un laberinto. Sin embargo, existía un curioso detalle en aquella abundancia forestal y es que entre la misma no se veía un solo ejemplar de la familia de las palmeras, que tanto abundan en toda la superficie del planeta.

También un gran número de pájaros chillones revoloteaba por encima de la playa, pájaros que en su mayor parte pertenecían a una variedad de golondrinas de plumaje negro y que no parecían demasiado salvajes. Se acercaban sin temor alguno a los naufragos, lo que daba a entender que aquellas aves no habían aprendido aún a temer la presencia del hombre y por tanto que aquella costa se hallaba totalmente abandonada y lejos de la civilización.

También vieron algunas gaviotas y varios pelícanos. Aquellos animales parecían ser los únicos seres vivos que frecuentaban aquella parte del litoral. Ninguna señal, ningún indicio, ninguna huella revelaba, en una extensión muy considerable, la presencia de seres humanos.

"¿Dónde nos encontramos?", se preguntaba Dick Sand bastante sorprendido.

De pronto, la señora Weldon exclamó:

-Fíjate en Dingo, Dick.

El perro iba y venía por la playa con el hocico pegado al suelo, gruñendo sordamente y con la cola entre las patas. Parecía que trataba de encontrar una pista.

-Es muy extraño -comentó Dick-. Y mucho más por cuanto Negro parece hacer otro tanto paseándose por la playa.

El grumete no apartaba la vista del portugués, que parecía medir la playa con sus pasos, contemplando al mismo tiempo la costa y el acantilado como si tratase de recordar algo.

"¿Conocerá Negro este lugar?", se dijo para sí Dick.

Negro, finalmente, se dirigió hacia el riachuelo y desapareció.

Lo importante en aquellos momentos era encontrar un abrigo donde instalarse provisionalmente y pensar y planear lo que convenía hacer.

El asunto de la alimentación estaba resuelto, puesto que la despensa del navío había sido desembarcada. Además, podían contar también con los recursos naturales que, sin lugar a

dudas ofrecería el país. El agua potable no faltaba tampoco ya que el grumete había mandado a Hércules a buscarla al riachuelo.

Tampoco el fuego iba a ofrecer dificultades. La leña por los alrededores era abundante y el viejo Tom, empedernido fumador, poseía cierta cantidad de yesca bien conservada, en una caja que cerraba herméticamente.

Sólo era preciso encontrar un lugar donde guarecerse, y fue el pequeño Jack quien lo descubrió, detrás de una roca. Había allí una gruta muy limpia que los embates del mar habían formado.

El grupo se dirigió hacia aquel lugar, ya que no era de temer, debido a que la Luna se hallaba en cuarto creciente, que las mareas alcanzasen la gruta.

Unos minutos más tarde y cuando los náufragos reponían fuerzas con un ligero refrigerio, apareció Negro que seguramente consideró una buena idea compartir la comida que se preparaba en común.

Mientras el grupo comía, Dingo, que cazaba al vuelo parte de las provisiones que los comensales le tiraban, vigilaba al mismo tiempo. Si alguien se hubiera acercado el perro lo descubriría inmediatamente. Por este lado podían estar tranquilos.

La conversación pronto derivó hacia la actitud que debían adoptar. Sólo Negro no tomó parte en la discusión.

-Lo más importante -dijo Dick, después de reflexionar un rato- es averiguar dónde nos encontramos. Los vientos y las corrientes que hemos soportado me hacen confiar en que hemos llegado a un punto de la costa peruana. Estoy seguro, pues, de que estamos en alguna provincia meridional del Perú, o sea en la parte menos habitada del país que limita con las Pampas. Si así fuera, es posible que estemos muy alejados de la civilización.

Hizo una pausa y continuó:

-Mi consejo es que no debemos abandonar este refugio sin conocer exactamente nuestra situación. Pasaremos la noche en este lugar y mañana, dos de nosotros podremos realizar algunas caminatas hacia el interior, sin alejarnos demasiado. Si encontramos algún indígena, nos informará y sabremos a qué atenernos. No creo posible que en algunas millas a la redonda no se encuentre algún ser humano.

La señora Weldon hizo un gesto de contrariedad.

Dick Sand, interpretando aquel movimiento, dijo:

-No existe otra solución. Es necesario que nos separemos para llevar a cabo las averiguaciones que he indicado. En el supuesto de que no encontremos a nadie, decidiremos lo más conveniente. Tom y yo llevaremos a cabo la exploración. Dingo nos acompañará y nos será de gran ayuda, porque supongo -y la voz de Dick mostró ironía- que Negro preferirá permanecer aquí.

-Eso depende -respondió Negro con igual ironía.

Después de esta conversación, Negro abandonó la gruta, dirigiéndose con paso lento hacia el riachuelo, por la orilla del cual desapareció.

Pensando que muchos objetos que llevaba el barco podían ser útiles, Dick Sand y sus compañeros se dirigieron hacia la playa para comprobar si el estado del mar les permitía acceder al casco del navío.

El grumete se extrañó al comprobar que los arrecifes en los que había encallado la *Pilgrim* estaban completamente secos.

"¡Qué raro! -pensó-. Las mareas son muy débiles en el litoral americano del Pacífico y este fenómeno sólo puede explicarse por la furia del viento que soplaba hacia la costa."

El aspecto del barco era lastimoso, aunque Dick Sand y los negros pudieron introducirse entre sus restos tratando de sacar del mismo todo lo que pudiera serles útil, especialmente

alimentos y bebida.

Fueron recuperados también cuatro fusiles en buen estado y un centenar de cartuchos que el agua había respetado, una linterna y varios cuchillos de caza.

El grupo se hallaba, pues, bien aprovisionado de víveres y armamento.

Al regresar a la gruta la señora Weldon se interesó por el dinero recuperado del barco, y se extrañó al comprobar que solamente se habían recogido unos pocos dólares, cuando lo cierto es que la madre de Jack había embarcado con una suma muy superior a la hallada.

¿Quién podía haberse adelantado, mermando las reservas de la señora y del difunto capitán?

De nadie podía sospecharse, aparte de Negoro, que probablemente había sido el ladrón. De aquel hombre podía esperarse todo. No cabía duda de que era un ser malo, pero Dick vacilaba y le costaba mucho asegurar que fuese un malhechor.

"Cuando Negoro vuelva -pensó-, lo haré registrar si es preciso. Quiero saber exactamente a qué atenerme."

Mientras tanto, el Sol se hundía en el horizonte y en la gruta empezaron los preparativos para pasar la noche lo mejor posible.

Todos se hallaban allí, a excepción de Negoro, que no había regresado a pesar de que la noche cerraba por completo.

-Será mejor no preocuparnos por él -dijo Dick-. Sus motivos tendrá para abandonarnos, uno de los cuales puede haber sido el robo del dinero.

Dos negros se dispusieron a velar en el exterior de la cueva, mientras que en el interior, las restantes personas del grupo prepararon su lecho de la mejor manera posible.

XIII

ENCUENTRO CON UN COMPATRIOTA

Cuando al día siguiente, 7 de abril, el mar brillaba bajo los primeros reflejos del día, Austin, que estaba de guardia, dio la señal de alerta al comprobar que Dingo se mostraba inquieto y ladraba en dirección al riachuelo.

-Alguien anda por ahí -advirtió Dick-, pero no creo que sea Negro, puesto que de ser así, el perro ladraría furioso. Preparen las armas y vengan conmigo.

La actitud de Dingo revelaba, sin lugar a dudas, que había visto algo u oído algún indígena.

De pronto, y sin preocuparse de hacer frente a la cólera del perro, apareció en un recodo del acantilado un hombre que, al ver al grupo, dio muestra de viva sorpresa.

-Por fin podremos saber dónde estamos -comentó Dick, echándose el fusil al hombro y avanzando hacia el desconocido.

El recién llegado parecía no estar muy tranquilo ante la presencia de aquellos cuatro hombres armados. Llevó con rapidez sus manos al fusil que llevaba terciado y lo apoyó en el hombro.

Era un hombre de mirada penetrante, de tez curtida. Aparentaba unos cuarenta años y se le veía vigoroso. Un ancho sombrero cubría su cabeza y una especie de blusa de piel curtida le servía de chaqueta. Sus pies los llevaba calzados con botas de cuero que le llegaban hasta cerca de la rodilla.

Por el color rojizo de su pelo y su actitud altiva parecía que aquel hombre debía de ser anglosajón.

El grumete hizo un gesto de saludo que debió de ser bien interpretado por el hombre, ya que, cambiando su actitud y adelantándose hacia el grupo, estrechó la mano de Dick. En cuanto a los negros les hizo sólo un ligero movimiento de cabeza.

- ¿Ingleses? -preguntó. -Americanos del norte -respondió Dick.

Estas palabras parecieron ser del agrado de aquel hombre, que apretó con más vigor la mano del muchacho.

La señora Weldon se unió al grupo.

-Somos náufragos -explicó la dama- que ayer encallamos en estos arrecifes.

El desconocido esbozó en su rostro un gesto de lástima.

-No queda nada del barco -agregó Dick al ver que el desconocido dirigía su mirada hacia la costa-. Durante la noche la resaca ha acabado con él.

La señora Weldon fue la primera en interesarse por saber dónde se hallaban.

-Se encuentran en el litoral de América del Sur -explicó el desconocido-. Estas costas pertenecen a la parte meridional de Bolivia, que confina con Chile.

Si bien las palabras del desconocido hicieron meditar a Dick, no podía éste extrañarse mucho, puesto que su cálculo podía haberle engañado en lo tocante a las corrientes.

-No es raro -comentó entonces- que si esta costa es la de la baja Bolivia se halle tan desierta. En este caso, nos encontramos muy lejos de Lima.

-Exacto. Lima se encuentra hacia el Norte.

- ¿Es usted peruano? -preguntó la señora Weldon, que a causa de la desaparición de Negro había adquirido cierta desconfianza.

-Soy americano, como también debe de serlo usted, señora...

-Weldon -respondió ella, completando la frase.

-Mi nombre es Harris y he nacido en Carolina del Sur. Hace veinte años que vine a este país y por eso me alegra tanto encontrarme con compatriotas. En este momento me dirijo a Atacama, en la parte nordeste, aunque mi residencia habitual está en el sur, en la misma frontera chilena.

Harris, atendiendo a las preguntas que le dirigían la señora Weldon y Dick explicó que con mucha frecuencia hacía viajes sin ninguna compañía por aquellos lugares, indicando que a doscientas millas de donde se encontraban, un hermano suyo tenía una importante finca denominada "Hacienda de San Felice" a la que se ofreció a acompañar a los náufragos, donde les aseguró que serían bien recibidos y desde donde no les faltarían medios de transporte para llegar a la ciudad de Atacama.

Estos ofrecimientos, hechos de un modo espontáneo, ganaron la confianza del grupo.

- ¿Son esclavos suyos estos negros? -preguntó el americano.

La señora Weldon le recordó que hacía mucho tiempo que en Estados Unidos no había esclavitud y que aquellos negros no estaban ni aun a su servicio.

La proposición de aquel hombre hacía cavilar a Dick al pensar que un recorrido de más de doscientas millas por entre la selva había de resultar sumamente fatigoso. Así lo hizo constar.

-Poseo un caballo -contestó Harris- que he dejado pociendo al lado del riachuelo. Lo pongo a disposición de la señora Weldon y su hijo. Los hombres podremos cubrir la distancia a pie, teniendo en cuenta, además, que las doscientas millas que nos separan de la hacienda quedarán reducidas a ciento veinte si atravesamos la selva.

Dick no se daba por vencido ya que no le hacía mucha gracia dejar el litoral, pero como sea que Harris indicó que por la costa no era fácil encontrar ninguna ciudad a menos de trescientas o cuatrocientas millas, tuvo que rendirse a la evidencia, aunque con cierta preocupación.

-Mi nombre es Harris y he nacido en Carolina del Sur. Hace veinte años que vine a este país y por eso me alegra tanto encontrarme con compatriotas. En este momento me dirijo a Atacama, en la parte nordeste, aunque mi residencia habitual está en el sur, en la misma frontera chilena.

Harris, atendiendo a las preguntas que le dirigían la señora Weldon y Dick explicó que con mucha frecuencia hacía viajes sin ninguna compañía por aquellos lugares, indicando que a doscientas millas de donde se encontraban, un hermano suyo tenía una importante finca denominada "Hacienda de San Felice" a la que se ofreció a acompañar a los náufragos, donde les aseguró que serían bien recibidos y desde donde no les faltarían medios de transporte para llegar a la ciudad de Atacama.

Estos ofrecimientos, hechos de un modo espontáneo, ganaron la confianza del grupo.

- ¿Son esclavos suyos estos negros? -preguntó el americano.

La señora Weldon le recordó que hacía mucho tiempo que en Estados Unidos no había esclavitud y que aquellos negros no estaban ni aun a su servicio.

La proposición de aquel hombre hacía cavilar a Dick al pensar que un recorrido de más de doscientas millas por entre la selva había de resultar sumamente fatigoso. Así lo hizo constar.

-Poseo un caballo -contestó Harris- que he dejado pociendo al lado del riachuelo. Lo pongo a disposición de la señora Weldon y su hijo. Los hombres podremos cubrir la distancia a pie, teniendo en cuenta, además, que las doscientas millas que nos separan de la hacienda

quedarán reducidas a ciento veinte si atravesamos la selva.

Dick no se daba por vencido ya que no le hacía mucha gracia dejar el litoral, pero como sea que Harris indicó que por la costa no era fácil encontrar ninguna ciudad a menos de trescientas o cuatrocientas millas, tuvo que rendirse a la evidencia, aunque con cierta preocupación.

Finalmente fueron aceptados los servicios del americano, y se acordó que para no perder tiempo era conveniente partir de inmediato.

Mientras la señora Weldon preparaba el desayuno, que Harris aceptó compartir, los negros, atendiendo a las órdenes de Dick, preparaban los enseres y provisiones que tenían que ser transportados.

El americano aprovechó el tiempo de espera en ir a recoger el caballo y conducirlo hasta la cueva. Dick manifestó el deseo de acompañar a Harris hasta la desembocadura del riachuelo, cosa a la que el americano se avino de buen grado.

A unos trescientos pasos de la orilla del río, un caballo vigoroso, de una raza que Dick no pudo reconocer, se hallaba atado a un árbol.

Harris lo desató y cogiéndolo de la brida echó a andar delante de Dick. Este dirigió una rápida mirada a su alrededor no percibiendo nada que pudiera inquietarle.

De regreso a la gruta, todos los expedicionarios se desayunaron a base de conservas y galletas.

Unos minutos más tarde cada uno cogió el bulto que le había sido destinado, y se inició la marcha.

La señora Weldon montó en el caballo con su hijo, y la caravana se formó por el siguiente orden:

A la cabeza del grupo iban Dick Sand y Harris, armados de fusiles. Seguían Bat y Austin, también armados con un fusil y un cuchillo cada uno. A continuación seguían la señora Weldon y el pequeño Jack, a caballo, precediendo a Nan y a Tom, cerrando la columna Acteón, armado con un fusil "Remington" y Hércules con un hacha.

Al primo Benedicto no fue posible asignarle un puesto, ya que con su lata de hojalata terciada, con su cazamariposas en la mano y una gran lupa pendiente del cuello, iba y venía persiguiendo toda clase de insectos, con peligro de ser mordido por alguna serpiente venenosa.

En cuanto a Dingo, corría de un lado para otro, pareciendo inquieto, como si buscara una pista, y casi sin cesar gruñía sordamente, más bien lastimero que furioso. Todos se dieron cuenta de su extraña conducta, pero nadie podía explicarse a qué era debido.

La señora Weldon, temiendo que a su primo le ocurriese algún percance en sus constantes desplazamientos, le llamó repetidas veces, amenazándole con quitarle la caja de los insectos, las gafas y la lupa si no seguía junto a la caravana.

El primo Benedicto, ante aquella amenaza, se sometió durante una hora, pero después comenzó a alejarse de nuevo, sin acordarse ya de la promesa hecha a la señora Weldon.

Esta pidió a Hércules que se encargase de la custodia del rebelde primo.

El negro aceptó complacido pensando que, en caso necesario, le bastaría una sola mano para reintegrar a su puesto a aquel hombre como si fuese un simple insecto.

XIV

A TRAVÉS DE LA SELVA

A pesar de que Harris había dicho en repetidas ocasiones que sólo podía temerse algún encuentro con indios nómadas, el grupo se sometía a una disciplina severa.

Los senderos, si es que aquellos caminos podían denominarse así, estaban hechos con pisadas de animales, más bien que por las del hombre, y el avance por ellos era muy dificultoso.

Los expedicionarios desconocían los árboles que formaban aquella espesa selva, que sólo un hombre experto hubiera podido clasificar. La bohinia, el molompi, los guayacos de hasta doce pies de diámetro y los fusteles, podían distinguirse entre aquella enmarañada vegetación.

Dick Sand preguntó a Harris los nombres de aquellas diversas especies, pero el aludido, antes de contestar, interrogó a su vez:

- ¿No ha estado usted nunca en el litoral de América del Sur? ¿No conoce las costas de Colombia, de Chile o las de la Patagonia?

-No; nunca.

-Y la señora Weldon, ¿no conoce tampoco esta parte del nuevo continente?

-Los intereses comerciales de mi marido sólo le han llamado a Nueva Zelanda y no he viajado a otra parte. No conozco tampoco esta parte de la baja Bolivia.

-Pues bien, verán ustedes un singular país que contrasta de un modo singular en cuanto a su flora y su fauna con otras regiones de América del Sur.

Si el primo Benedicto hubiese sido un botánico en vez de un entomólogo, que hasta entonces sólo había encontrado algún que otro insecto interesante, hubiese quedado admirado ante aquella variedad de especies vegetales. Pero no conocía la botánica ni le interesaba.

A veces la selva aparecía pantanosa, con una red de hilillos líquidos que debían alimentar los afluentes de algún riacho. Algunos de estos arroyos tuvieron que ser vadeados; en sus orillas crecían espesos cañaverales a los que Harris dio el nombre de papiros. Después la espesura volvía a espesarse y la vegetación cubría los estrechos senderos de la selva.

La marcha por aquellos lugares era lenta y después de la segunda mitad de aquella primera jornada de viaje, la caravana empezó a ascender por un terreno ligeramente inclinado. Los árboles eran allí menos tupidos y de no estar el suelo invadido por una maraña de vegetación, la marcha hubiera sido más fácil.

Harris iba explicando las características de aquella vegetación donde echaban a faltar un árbol, el syphonia elástica, o árbol del caucho, entre otras especies similares que tanto abundan en América meridional.

Dick Sand, que había prometido a su amigo Jack enseñarle los árboles de la goma, se hallaba un poco contrariado al no ver ni uno solo.

-Paciencia, chico -decía Harris, riendo-, ya encontraremos caucho a montones en los alrededores de la hacienda.

Harris había cogido un fruto de un árbol, que ofreció al pequeño Jack.

La señora Weldon se interesó por saber si aquel fruto era comestible.

- ¡Oh! No tema, señora -y el americano lo mordió, al tiempo que afirmaba-: Esto es un

mango.

El bosque cambiaba de aspecto y entre los árboles menos espesos aparecían grandes claros. En algunas alturas abundaba la zarzaparrilla que formaba un intrincado enmarañamiento.

Al ponerse el Sol, la caravana se encontraba a unas ocho millas del punto de partida, habiendo efectuado aquel recorrido sin ningún incidente.

Para descansar no se encontró mejor abrigo que el de un enorme mango, cuyas amplias ramas formaban un cobijo natural donde poder refugiarse.

Cuando la caravana irrumpió entre aquel follaje, una bandada de papagayos surgió de la copa del árbol entre un escandaloso concierto. Tantos eran los gritos de aquellos animales que Dick Sand estuvo a punto de disparar su fusil para ahuyentarlos, pero Harris, con un enérgico gesto, le hizo desistir de su propósito.

-No es conveniente manifestar nuestra presencia -dijo-. No es conveniente hacer ruido.

Una vez instalados, comieron con apetito las conservas y galletas que llevaban como aprovisionamiento, tomando como postre succulentos frutos del mango. En cuanto al agua, un arroyuelo que serpenteaba cerca de allí les suministró la necesaria, que no fue bebida sino después de agregarle algunas gotas de aguardiente.

Al intensificarse la oscuridad les obligó a efectuar los preparativos para confeccionar unos rudimentarios lechos.

- ¿Será conveniente encender una hoguera, no le parece? -preguntó Dick al americano.

-No lo juzgo necesario y, además, no es conveniente. Para pasar sin ser vistos si algún indígena merodea por aquí, lo mejor será no encender hogueras ni disparar tiros.

- ¿Y las fieras? -preguntó entonces la señora Weldon. Harris esbozó una sonrisa.

-En realidad -contestó- las fieras temen más al hombre que éste a ellas.

- ¿Es que no hay serpientes, ni leones, ni tigres? -preguntó Jack.

-Pregúntele a su mamá -rió el americano- si ha oído decir alguna vez que haya tigres por esta parte del continente americano.

-Cierto es, hijo mío -aseveró la señora Weldon.

Los párpados del pequeño se cerraban vencidos por el sueño, pero aun así, mientras dormía, iba nombrando a los leones y a los tigres...

Los cuatro negros se ofrecieron para ir velando el sueño de los restantes, y a pesar de que Dick quería tomar parte también en la guardia, accedió por fin a las razones de aquellos nobles muchachos.

Al día siguiente, Dick y sus compañeros despertaron pronto, algo repuestos con aquellas horas de descanso, y sin que nada hubiese turbado la noche.

Sin embargo, si hubiesen estado al corriente de las costumbres de ciertos moradores de la selva, hubieran advertido que éstos no habían saludado al día con sus gritos característicos, muy especialmente el de los guerribas, unos cuadrúmanos que los indios dicen que por las mañanas recitan sus oraciones.

El aire matinal de la selva pronto abrió el apetito de todos y se dispusieron a saborear el desayuno preparado por Nan, incluso el primo Benedicto, que, acaso por primera vez en su vida, comprendió que el comer no era un acto inútil.

Eran las siete de la mañana cuando el grupo reanudó la marcha hacia el Este.

Dick Sand no dejaba de observar a su alrededor, fijándose en los variados tipos de vegetación característicos de la tierra que cruzaba y otros detalles que creía podían serle de interés. Hacía muchas preguntas a Harris que éste contestaba con largas explicaciones.

- ¿Será necesario cruzar los Andes? -preguntó una vez el grumete.

-Tranquilícese, amigo -contestó Harris-. No abandonaremos esta llanura, cuyas elevaciones más considerables no exceden de 1.500 pies. Sin medio de transporte no me hubiera comprometido a esta aventura si hubiese sido preciso cruzar la cordillera.

-O sea -comentó Dick-, que habría sido preferible subir o bajar por la costa.

-En efecto, hubiera sido mucho mejor, de no dirigirnos a la hacienda de mi hermano que está situada en esta parte de la región. Nuestro viaje no ha de ofrecer más dificultades que las halladas hasta ahora. Además, aunque consideremos que este bosque es inmenso, estoy acostumbrado a viajar por selvas y cualquier detalle me es suficiente para orientarme. No tema, amigo. Tenga la seguridad de que les conduciré adonde vamos.

Sin ningún suceso extraordinario transcurrieron las jornadas hasta el día 12 de abril, durante las cuales no se recorrieron más que ocho o nueve millas cada doce horas. El cansancio empezaba a dejarse sentir, especialmente en el pequeño Jack, pese a que la salud en todos era aún muy satisfactoria.

- ¿Todavía no llegamos a los pájaros mosca y al árbol de la goma? -preguntaba sin cesar el pequeño Jack. El jovencito tenía sus razones para protestar, porque no se cumplían las promesas que Harris le había hecho durante el viaje. Los pájaros mosca y los juguetes de caucho parecían ir siempre por delante de la expedición y tampoco se veían los papagayos que le habían prometido enseñar y que debían de faltar en aquellas selvas. ¿Dónde estaban los papagayos de plumaje verde, casi todos originarios de aquellas regiones? ¿Y los guacamayos, y los camindes, y las cotorras y todos los pájaros parlantes que, según dicen los indios, hablan todavía el lenguaje de las tribus extinguidas?

Sin otras novedades transcurrieron otros cuatro días. La caravana seguía hacia el Nordeste, pudiendo calcularse que el 16 de abril se había hecho un recorrido, al menos, de cien millas. En consecuencia, si Harris no se había extraviado -cosa que negaba sin vacilar-, la "Hacienda de

San Felice" debía encontrarse sólo a unas veinte millas del punto donde acamparon aquel día. Por lo tanto, antes de dos días los expedicionarios encontrarían un cobijo confortable donde poder descansar de las fatigas pasadas.

Dick seguía pensando que si hubiesen encallado en otro punto del litoral, no habrían faltado pueblos o aldeas donde haría muchos días que la señora Weldon y sus compañeros habrían encontrado asilo.

Ahora atravesaban una región que si bien continuaba pareciendo abandonada por el hombre, estaba cada vez más frecuentada por animales.

Harris tenía contestación adecuada para todas las preguntas que se le formulaban. Sin embargo, aquel día las explicaciones del americano no convencieron a Dick Sand, hasta el punto de llevarle a una enérgica discusión.

El joven grumete, llevado por su afán de saber cuanto ocurría a su alrededor, se separó un momento del grupo y aunque de un modo imperfecto, pudo vislumbrar tres o cuatro animales de gran tamaño que aparecieron entre la maleza a un centenar de pasos de la caravana. Corrían a notable velocidad y pronto desaparecieron.

Dick Sand, sin hacer caso de las recomendaciones del americano, hizo fuego sobre uno de aquellos animales, al que, a pesar de su magnífica puntería, no pudo herir, porque Harris, con una rapidez increíble, le desvió el arma al tiempo que decía:

- ¡No dispare!

- ¡Son jirafas! -gritó Dick Sand sin hacer caso a la observación del americano.

- ¡Jirafas! -se admiró la señora Weldon-. Te equivocas, Dick, en América no hay jirafas.

-Naturalmente -remachó Harris-, en este país no puede haber jirafas. Sus ojos le habrán engañado, amigo. Seguro que eran avestruces.

- ¿Avestruces de cuatro patas? -preguntó enfadado el grumete.

-También a mí me pareció que se trataba de animales de cuatro patas -aseveró la señora Weldon.

-Y a nosotros también -exclamaron a la vez los negros.

Harris estalló en una carcajada.

- ¡Tendría gracia! -dijo-. ¡Avestruces de cuatro patas! No, amigos, no, la rapidez de estos animales les ha hecho ver mal.

-Según tengo entendido, tampoco existen avestruces en el Nuevo Mundo -comentó Dick.

Harris explicó que, precisamente en América del Sur, existe una especie particular, llamada ñandú, que es la que acababan de ver.

Al día siguiente, 17 de abril, al reanudar la marcha, Harris aseguró que antes de veinticuatro horas llegarían a la hacienda de su hermano donde, según él, los naufragos recibirían todos los cuidados y comodidades necesarios.

La señora Weldon afirmó que deseaba llegar cuanto antes porque el pequeño Jack empezaba a sentir fiebre y se fatigaba mucho.

-Me he dado cuenta de ello -intervino Dick-, pero la Naturaleza ha puesto aquí el remedio a este mal. Según sabemos por Harris nos encontramos en la región de los quinos, ¿verdad?

-Tiene usted razón -contestó el aludido-, los árboles que producen la preciosa corteza febrífuga se encuentran aquí pero no son fáciles de distinguir.

-Será por eso que me extraña no haber visto ni uno solo todavía -terminó el grumete.

-Si descubro alguno se lo diré, señora Weldon -dijo Harris, complaciente-. No obstante, en la hacienda hallará usted sulfato de quinina, que es mucho mejor que la simple corteza del árbol.

Sin ningún otro incidente llegó la noche y quedó organizado el campamento como de costumbre.

Varios de los expedicionarios ya estaban durmiendo, cuando de pronto, muy cerca de allí, resonó un grito que alarmó a todos.

-¡He sido yo el que he gritado! -dijo el primo Benedicto, apareciendo en el campamento-. Acabo de ser mordido.

- ¿Una serpiente? -exclamó la señora Weldon.

- ¡No, no! ¡Un insecto! ¡Ha sido un insecto! ¡Y lo he cogido! ¡Por fin he hecho un buen hallazgo!

-¿Qué insecto es éste? -preguntó la madre de Jack.

- ¡Un díptero! ¡Un famoso díptero! -seguía gritando, alborozado, el primo Benedicto, mostrando una mosca más pequeña que una abeja, de color opaco, rayada de amarillo en la parte inferior de su cuerpo.

- ¿Pero qué clase de mosca es ésta que tanto le alegra? -interrogó Dick.

-¡Oh! -respondió el entomólogo-. Se trata de un famoso díptero que hasta ahora no se ha encontrado nunca en América. Esta mosca, este insecto que tengo entre mis dedos, es... ¡una mosca tse-tsé!

La alegría del primo Benedicto no fue compartida por Dick Sand, que no se atrevió a preguntarle en qué continente del globo se encontraba el temible insecto.

XV

EXTRAÑA FAUNA

Si bien la señora Weldon estaba algo inquieta por los excesos de fiebre de su hijo, conservaba una cierta tranquilidad al pensar que aquella misma noche del día que empezaba, 18 de abril, se encontrarían a cubierto en la "Hacienda San Felice". Aquel viaje que duraba ya doce días tocaba a su fin y era mejor pensar en el futuro que en las privaciones pasadas.

Harris se mantenía fresco y los restantes expedicionarios soportaban bien las fatigas de la larga caminata.

Después del desayuno se reanudó la marcha por aquella selva, que ahora se presentaba menos espesa con los árboles diseminados, sin formar ya impenetrables frondas.

Ningún incidente agravó las inquietudes de Dick en las primeras horas del día. Sólo dos hechos que tal vez no tuviesen excesiva importancia, fueron observados por él.

En primer lugar, le llamó la atención la actitud de Dingo.

El perro, que hasta entonces parecía ir siguiendo una pista llevando el hocico junto al suelo, lo levantaba ahora para husmear el aire. Parecía agitado y se le erizaba el pelo.

Las miradas de Dick Sand y de Tom se cruzaron como llevadas por un mismo presentimiento.

-Diríase que olfatea a lo lejos -observó Tom.

-A Negro ¿no es cierto? -inquirió el grumete, mientras hacía una seña a su compañero para que no levantase la voz.

Tom asintió.

-Creo que este hombre no debe andar muy lejos -comentó Dick-. Y ello puede deberse a varios motivos. A que no conoce el país, en cuyo caso habrá tenido mucho interés en no perdernos de vista, o que lo conoce muy bien, y entonces...

Tom no podía ocultar su ansiedad.

- ¿Cómo sería posible que Negro conociera esta región si nunca ha estado en ella?

Una mueca de ironía se perfiló en el rostro de Dick. Llamó a Dingo y le azuzó:

-¡Eh! ¡Negro! ¡Negro!

Aquel nombre produjo en el perro el efecto habitual. Lanzó un furioso ladrido y se abalanzó hacia delante, como si el portugués estuviese oculto en aquella maleza.

Harris, que se había dado cuenta de lo que ocurría, se acercó a Dick y con los labios apretados preguntó:

- ¿Qué le sucede al perro?

El viejo Tom, como si la cosa no tuviese importancia y en tono festivo, contestó:

-Se trata de una prueba, señor Harris. Le preguntábamos a Dingo si podía darnos noticias de un compañero del barco que se nos ha perdido.

El segundo hecho observado por Dick se refería al caballo del americano, que no parecía comportarse como ocurre normalmente entre los de su especie, cuando se acercan a la cuadra que parecen oler.

Si, de acuerdo con las aseveraciones de Harris, no quedaban en la víspera más que unas seis millas por recorrer, a aquella hora, las cinco de la tarde, cuando menos cuatro de aquellas últimas millas habían sido ya recorridas y, en consecuencia, la cuadra se hallaba prácticamente "a la vista". ¿Por qué, entonces, el caballo no husmeaba el aire, ni dilataba los ollares, ni apresuraba el paso, ni exhalaba esos relinchos que indican el final del viaje?

El cuadrúpedo parecía indiferente, como si la hacienda a la que había ido varias veces se encontrase aún muy lejos. Tampoco en el ambiente se manifestaba la proximidad de una gran hacienda, como había dicho Harris ser la de San Felice.

¿Se habría extraviado Harris?

Este, indiferente a cuanto pasaba por el ánimo del joven Dick, seguía adelante, escudriñando a derecha e izquierda, como un hombre que no está seguro de sí mismo.

Cruzaron una llanura y de nuevo reapareció la selva en la que la caravana se internó.

A las seis de la tarde llegaron a una espesura en la que se apreciaban señales evidentes del paso de un grupo de poderosos animales, detalle que no pasó inadvertido por Dick Sand, que observó los alrededores con mucha atención.

A una altura que excedía en mucho a la estatura humana, las ramas de los árboles aparecían arrancadas o rotas.

Dick Sand pensó y ya no le cupo la menor duda de que aquellas huellas y aquel destrozo en las ramas no podían ser debido a otra cosa que al paso de una manada de elefantes. Pero, ¡en América no hay elefantes!

Dick Sand calló, pensando que de interrogar acerca de aquella anomalía al americano, daría, también en este caso, unas explicaciones más o menos lógicas sobre el particular, que no modificarían aquella situación.

¿Qué podía esperarse de un hombre que aseguraba que las jirafas eran avestruces?

Dick había sacado la conclusión de que Harris les había traicionado y ya sólo esperaba la ocasión de poner al descubierto su deslealtad. Había acumulado suficientes pruebas para ello y su corazón le decía que muy pronto podría desenmascararle.

Pero... ¿qué perseguía Harris? ¿Qué podía moverle a obrar de aquella manera?

¿Qué decisión era preciso tomar en medio de aquellos bosques y ante los terribles sufrimientos que preveía?

El joven grumete no dejó traslucir sus sentimientos y permaneció callado, incluso cuando, al adelantarse hasta un arroyo bastante ancho, distinguió unos enormes animales que se precipitaban hacia la orilla, donde desaparecieron:

¡Hipopótamos! ¡Dick acababa de ver hipopótamos en América!

Siguieron adelante todo el día. El desánimo se hacía evidente en todos y muy especialmente en la señora Weldon, que al ocuparse sólo de su hijito, no sentía el cansancio, a pesar de que las fuerzas la iban abandonando.

Tom mostró al grumete un objeto que había llamado su atención y que recogiera del suelo poco antes.

Se trataba de una especie de cuchillo de forma particular, con un mango de perfil muy toscamente tallado y ancha hoja curva. Dick lo examinó y finalmente lo mostró al americano.

-Eso demuestra, creo yo -comentó el grumete-, que los indígenas no deben andar lejos.

-Eso es -respondió Harris- y, no obstante... la hacienda no puede estar muy lejos. Pero, no reconozco...

- ¿Se ha extraviado? -preguntó Dick con energía.

-No, no creo, pero al querer ir por el camino más corto, puedo haberme equivocado. Creo que lo mejor sería que siguiese yo solo hacia delante.

Dick Sand se irguió.

-No, señor Harris, ¡no nos separaremos!

-Es que, durante la noche, me será difícil guiarles -dijo el americano.

-Una noche más o menos no tiene importancia -comentó el grumete-. Podemos pasarla bajo los árboles, como otras tantas hemos pasado. Mañana reanudaremos la marcha.

Harris asintió en el mismo momento en que Dingo dejaba oír unos furiosos ladridos.

Dick lo llamó, al tiempo que en tono irónico, decía.-

-¡Vamos, Dingo! ¿A quién ladras ahora? ¿No sabes que estamos en la selva y que aquí no hay nadie más que nosotros?

El último alto fue decidido y para ello se buscó el mejor sitio para pasar la noche.

El pequeño Jack, dominado por la fiebre, reposaba entre los brazos de su madre, que se movía como una autómatas, sin pronunciar palabra.

De pronto, el viejo Tom, que ayudaba a Dick Sand a disponer los lechos bajo un extenso grupo de árboles, se detuvo en su acción, horrorizado, mirando a un punto.

XVI

UN CONTINENTE EQUIVOCADO

-¡Mire! ¡Mire! ¡En estos árboles hay manchas de sangre y en el suelo, unos miembros mutilados...!

- ¡Cállate, Tom, cállate! -ordenó Dick precipitándose hacia el lugar donde el viejo Tom señalaba.

El muchacho, lleno de horror, pudo ver en el suelo unas manos cortadas y junto a ellas una cadena partida en pedazos y unos grilletes rotos.

Por fortuna, nadie más se había dado cuenta de aquel macabro hallazgo. Sólo quien hubiese observado a Harris podía haber comprendido el cambio operado en él. Su semblante reflejaba un odio feroz.

Se trasladó el campamento a alguna distancia y todo quedó dispuesto para pasar la noche. Casi nadie comió, como si todos se hallasen bajo una inexplicable impresión de inquietud.

La noche cerró y un silencio absoluto sucedió a los ruidos diurnos.

Dick, Austin y Bat vigilaban juntos. Nada turbaba la oscuridad ni la calma de la selva.

De pronto se oyó un ruido prolongado y grave, al que se unía una especie de estremecimiento más agudo.

Tom, que permanecía inmóvil, absorto en sus recuerdos, se puso de pie y al tiempo que extendía una mano hacia la espesura, gritó:

-¡El león! ¡El león!

Tom acababa de reconocer aquel rugido que en su infancia había oído tantas veces.

Incapaz de dominar por más tiempo sus impulsos, Dick se precipitó, cuchillo en mano, hacia el sitio que ocupaba Harris, pero éste y su caballo habían desaparecido.

En su interior, el grumete acusó todas las reacciones capaces de sentir su espíritu. ¡Comprendía que no se hallaba donde había creído estar!

La costa donde había encallado el barco no era la costa americana. Tampoco era la isla de Pascua la que le había servido de orientación en el mar. La brújula, sin saber por qué, le había engañado durante una buena parte del viaje, y la tempestad debía de haberlos arrastrado hasta dar la vuelta al cabo de Hornos, pasando del Pacífico al Atlántico. La velocidad del barco se duplicó, sin duda, por la fuerza del huracán.

Aquella región donde estaba no era la llanura de Ata-cama, ni la Pampa boliviana y por eso en ella no había los productos de América del Sur, como son los quinos y los árboles del caucho.

Harris les había engañado al decir que eran avestruces aquellas jirafas. Aquellas huellas eran, efectivamente, de elefantes, de la misma manera que eran hipopótamos las bestias que el grumete había visto en la orilla de un río.

El primo Benedicto había encontrado una mosca Tsé-tsé y era el rugido del león lo que acababa de atronar en la selva.

¿Y aquellas manos mutiladas? ¿Y aquellos grilletes? ¿Y aquellas cadenas y aquel cuchillo de forma singular?

No cabía duda. Todas aquellas cosas, todos aquellos hechos se resumían en una sola palabra que Dick se resistía a pronunciar: ¡África!

Dick Sand y sus compañeros se encontraban en el África ecuatorial, el África de los tratantes y de los esclavos...

¡El americano Harris y el portugués Negoro, seguramente debían de estar de acuerdo!

La situación era espantosa. Se encontraban en el continente de la trata de negros, ese tráfico abominable, practicado durante mucho tiempo en provecho de las naciones europeas que poseían colonias en ultramar.

Si bien es cierto que en todo el mundo esa práctica a la sazón estaba ya condenada, sin embargo, la trata de negros continuaba y eran muchos los buques que surcaban los mares con su cargamento de ébano, a pesar de que los que aún se dedicaban a ese negocio eran considerados como piratas y como tales, si eran cogidos, condenados a la pena de muerte y perseguidos sin descanso.

No obstante, en el interior de África, tribus enteras aún son reducidas a la esclavitud después de sangrientas luchas.

La cifra de los dominados es muy considerable, a pesar de la vigilancia que efectúan los cruceros ingleses y franceses, que sólo pueden impedir ese tráfico en una parte muy limitada, debido a la enorme extensión de las costas del continente africano.

El espectáculo de los poblados incendiados, de los indígenas asesinados y de la desolación, no pueden describirse. Los pueblos, pasto de las llamas, quedan sin habitantes, los campos son devastados y quedan desiertos, las fieras invaden el país y los ríos arrastran los cadáveres después de tan espantosas carnicerías.

Es tan enorme la desfiguración de los lugares, que se da el caso de que el gran viajero Livingstone no reconoció, al día siguiente de una de tales carnicerías, una provincia que había visitado algunos meses antes.

Y no fue sólo este hombre quien hizo constar estos detalles. También Garrieron, Stanley, Speke, Burton y Grant hablan de idéntica manera de la llanura selvática del África central, principal teatro de esas acciones.

Tal era el estado actual de la trata de negros, con todas sus inquietudes y sus terrores. Por eso no es de extrañar que Dick Sand hubiese sentido un escalofrío al constatar que se encontraban en el África ecuatorial, aquel vasto continente de los tratantes y los esclavos.

Por el cerebro del joven grumete cruzaron infinidad de nombres de la geografía africana, y después de meditar la ruta que había podido seguir el barco, tuvo la certeza de que se hallaban en la terrible Angola, aquella vasta colonia portuguesa que cruzan las caravanas de esclavos bajo el látigo de los conductores.

Se hallaban muy lejos Perú y Bolivia adonde les habría llevado la *Pilgrim*, si una mano criminal no la hubiese desviado de su ruta, aquella mano criminal que Dick adivinaba ahora en la sombra y que les había conducido a un continente del que Dick Sand sabía solamente lo que habían dicho acerca de él los misioneros de los siglos XVI y XVII, y los mercaderes portugueses que frecuentaban el camino de San Pablo de Loanda al Zaire.

Pero Dick Sand, aquel capitán de quince años, no se amedrentó y se impuso la obligación de seguir adelante para salvar a sus compañeros, sin saber que al día siguiente, a unas dos millas de donde ellos se encontraban, dos hombres, dos desalmados, se hallarían reunidos tal como habían convenido de antemano.

Aquellos dos hombres eran Harris y Negoro.

XVII

MALVADAS MAQUINACIONES

- ¿Así que no has podido llevar más allá de Angola al grupo de este imberbe que ellos llaman capitán Sand? -preguntó Negoro a su compinche Harris, sentados ambos al pie de un enorme banano, a la orilla de un arroyo.

-Y bastante he hecho -respondió el americano- con apartarlos doscientas millas de la costa. Ese Dick Sand me miraba desde hacía algunos días algo inquieto. Sus sospechas eran muchas y poco a poco iba comprendiendo la verdad.

-Esta gente estaría en nuestras manos si hubiesen penetrado cien millas más. Sin embargo, no creo que se nos escapen.

-No es fácil -corroboró Harris, adoptando una actitud tranquila.

-Ya le arreglaremos las cuentas a ese capitán -exclamó Negoro.

Harris comentó:

-Cuando tan inesperadamente te encontré en la desembocadura del Longa, sólo me rogaste que condujese a esta gente lo más lejos posible a través de esa pretendida Bolivia. No hemos podido hablar más y me gustaría saber qué ha sido de ti durante esos dos años de separación. Sólo sé que después de haberte hecho cargo de una caravana de esclavos pertenecientes al viejo Alvez, del que somos humildes agentes, abandonaste Cassange. ¿Tuviste algún contratiempo con el crucero inglés?

-Poco faltó para que me ahorcasen, pero son riesgos del oficio, ya que no se ejerce la trata de negros en la costa de África sin exponerse uno a recibir un balazo. Fueron los portugueses los que me cogieron. ¡Dicen que ya no quieren la esclavitud, después de haberse aprovechado de ella tanto tiempo! En fin, me cogieron y me condenaron a terminar mis días en el penal de San Pablo de Loanda.

- ¡Un sitio malsano para nosotros! -exclamó Harris, torciendo la boca.

-Tú lo has dicho -afirmó Negoro-. Por eso a los quince días de haber ingresado en tan respetable lugar pude evadirme y ocultarme en la bodega de un barco inglés que partía hacia Nueva Zelanda. Sufrí mucho oculto en aquel lugar, condenado a vivir durante la travesía a base de galletas y un barrilito de agua. Por fin, y después de haber practicado muchos oficios, incluso el de hombre honrado, tuve la ocasión de enrolarme en la *Pilgrim* como cocinero, puesto que el que tenían a bordo desertó.

A continuación, a instancias de Harris, Negoro relató con todo detalle la travesía en aquel barco, hasta que, con sus malas artes logró dirigirlo hacia Angola, donde encalló en la playa.

-Y la suerte me condujo a esa playa -terminó Harris- para recibirte.

-Ha sido la única casualidad en todos mis proyectos -continuó Negoro-. Y lo más interesante es que la señora Weldon y sus acompañantes se encuentran a doscientas millas en el interior de África, que es adonde yo quería traerlos.

- ¿Y qué proyectas? -interrogó Harris.

-Antes de que te lo cuente, deberías darme noticias de nuestro amo, el tratante Alvez, al que no he visto desde hace dos años.

-Estará encantado de volver a verte -respondió Harris-. El muy tunante está a las mil maravillas, a pesar de que la trata de negros se hace cada vez más difícil en este litoral.

Aquellos dos picaros hablaban sin reparo de aquellas cosas, como si fuesen unos honrados

negociantes discutiendo una crisis comercial momentánea. ¿Qué diferencia podía haber para ellos tratar de sacos de café o de azúcar, o hablar de seres humanos como mercancía? Los tratantes de negros no tienen sentimiento alguno de lo justo o lo injusto.

- ¿Y qué piensas hacer con esa gente? -se interesó el americano.

-Los negros pueden ser vendidos como esclavos -explicó el portugués-. Los cuatro jóvenes están bien constituidos y acostumbrados al trabajo. Pueden cotizarse bien.

Los dos desalmados rieron de buena gana.

-Lo que nos interesa ahora es ver el modo de apoderarnos de esa mercancía. Supongo que no a serenos muy difícil.

-No lo será -contestó Harris-. Junto al Coanza, a diez millas de aquí, hay acampada una caravana de esclavos que sólo espera mi regreso para emprender el camino hacia Kazonnde. La manda el árabe Ibn Hamis y tiene a sus órdenes más soldados indígenas de los que hacen falta para apresar a Dick Sand y sus compañeros. Basta con que el grumete tenga la idea de dirigirse hacia el Coanza, ruta que, como es lógico, es la que va a emprender. El muchacho no es tonto y sabe el peligro que le espera y por ello no puede pensar en regresar a la costa por el mismo camino que hemos seguido, sin exponerse a perderse en medio de la intrincada selva. Lo conozco y no puede adoptar otra resolución. Estoy seguro de que tomará esta decisión inmediatamente.

-Estamos de acuerdo, camarada -aprobó Negoro-. Debemos ponernos en marcha en seguida a fin de adelantarles.

En el momento de levantarse, Negoro sintió un estremecimiento que no pudo ocultar. Un ruido que se producía entre las ramas de los crecidos papiros llegó a sus oídos.

Cogió a Harris por un brazo, obligándole a permanecer inmóvil.

De pronto, un enorme perro apareció junto al ribazo, con las fauces abiertas, dispuesto a arrojar sobre su presa.

- ¡Dingo! -exclamó Harris.

El perro estaba presto a lanzarse sobre Negoro, pero éste, cogiendo el fusil de Harris, hizo fuego.

Un aullido de dolor respondió a la detonación y Dingo desapareció por entre la espesura que bordeaba el arroyo. Unas gotas de sangre manchaban algunas ramas y un prolongado rastro rojo era visible entre los guijarros del arroyo.

Harris, que no había pronunciado una sola palabra durante aquella escena, dijo:

-No podrás negarme que ese perro te quiere de un modo muy particular. ¿Por qué te detesta de ese modo?

-Se trata de un antiguo asunto que tenemos pendiente entre los dos, pero por fin lleva lo suyo ese maldito animal, y ya no podrá demostrarme su cariño.

Harris insistió aún:

- ¿Has dicho un antiguo asunto?

El portugués no contestó, pero Harris dedujo que aquél le ocultaba alguna pretérita aventura. Al poco rato los dos compinches se perdieron en dirección al Coanza, a través de la inmensa selva.

XVIII

RETORNO A LA COSTA

Dick Sand no podía borrar de su mente aquella trágica palabra que le obsesionaba.

-¡África! ¡África! -repetía sin cesar.

Su pensamiento trataba de reconstruir los hechos de aquella larga travesía y la luz de la inteligencia se hacía en su espíritu.

Ahora se le aparecían con toda nitidez los sucesos acaecidos. Palpaba la verdad con la mano. Comprendía la conducta de Negro en aquella serie de accidentes que habían conducido a la goleta a estrellarse contra la costa de África.

También era diáfana la traición de Harris, que no podía ser puesta en duda. Y la lógica más elemental indicaba al muchacho que el portugués y el americano se conocían de antiguo y que para colmo de desdichas una fatal casualidad les había reunido en aquel litoral. Un plan había sido concertado entre ellos, cuyo resultado tendía a ser funesto para los naufragos.

¿Por qué aquellos odiosos actos? ¿Qué intentaba el miserable contra la señora Weldon y su hijo? Porque, en definitiva, que quisiera el portugués apoderarse de los negros para venderlos como esclavos, era comprensible, e incluso que tratase de vengarse en la persona de Dick porque le había tratado como se merecía. Pero aquella mujer, aquella madre y su hijito, ¿qué culpa tenían que pagar?

Pero Dick Sand no se amedrentaba y puesto que había sido un capitán a bordo, seguiría siendo un capitán en tierra, con el único afán de salvar a la señora Weldon, al pequeño Jack y a todos aquellos cuya suerte había puesto el Cielo en sus manos.

Los primeros resplandores del día sorprendieron a Dick en sus cavilaciones. Estaba bien decidido. Se levantó y pudo comprobar que, a excepción de Tom, todos dormían.

Dick Sand se le acercó para decirle:

-Usted sabe que estamos en África. Usted ha reconocido el rugido del león y ha visto los instrumentos de los mercaderes de esclavos.

Tom bajó la cabeza asintiendo.

-Pues bien -prosiguió Dick-, es preciso que suframos nosotros solos y que salvemos a nuestros compañeros. No debemos decir una sola palabra de todo esto a la señora ni a los demás. Tenemos que estar más atentos que nunca. Lo que sí tendremos que decir es que Harris nos ha abandonado, que nos ha traicionado, para que estén alertas. Les haremos creer en algún ataque de los indios nómadas. ¿Me ayudará usted, Tom?

-En todo y para todo, señor Dick -contestó el negro, alzando su noble mirada-; puede contar con mi abnegación y también con mi valor.

El joven capitán pensó que pasarían varias horas antes de que sus perseguidores pudiesen alcanzarles.

Pero, ¿qué camino era preciso utilizar para el regreso? El joven no creyó prudente volver por la selva. Comprendía que era imprudente iniciar una nueva caminata a través de aquellos bosques, dejando huellas que permitirían a los cómplices de Negro obtener una pista segura. Sólo siguiendo la corriente de un río se perderían aquellas huellas, al mismo tiempo que serían menos de temer los ataques de las fieras, que por fortuna hasta el presente se habían mantenido a distancia. Por otra parte, sería también menos grave una posible agresión de los indígenas. Si pudiesen embarcar en una sólida lancha, bien armados, Dick Sand y los suyos se hallarían en mejores condiciones para defenderse. En

consecuencia, todo se reducía a encontrar una corriente de agua, elemento en el cual Dick se encontraría más a gusto.

Por lo demás, la naturaleza del terreno parecía indicar asimismo que no se encontraban muy lejos de una gran corriente. Por distintos sitios corrían pequeños riachuelos entre las pendientes que aparecían húmedas.

Con la llegada del día, despertaron poco a poco todos los componentes del grupo. La señora Weldon, poco después, se acercó al grumete, dejando a su hijo bajo los cuidados de Nan.

- ¿Dónde está Harris? -preguntó la madre de Jack.

En ese aspecto, Dick no quería mentir. Ya era suficiente que sus compañeros creyesen que iban pisando el suelo de Bolivia.

-Harris ha huido, señora -dijo-. Ese hombre es un traidor y está de acuerdo con Negro, que ha sido en realidad quien nos ha conducido hasta aquí.

-Lo presentía -exclamó la señora Weldon-. ¡Pobre hijo mío! ¡Con los cuidados que pensaba prodigarle en la hacienda San Felice!

-No hay tal hacienda -dijo Dick Sand-, y lo único que podemos hacer ahora es regresar a la costa cuanto antes.

- ¿Por el mismo camino? -se alarmó la señora Weldon.

-No-, buscaremos una corriente de agua que nos conduzca al mar sin mucho esfuerzo y sin peligro alguno. Sin embargo, antes tendremos que hacer algunas millas a pie.

Los negros se ofrecieron a llevar a la señora y a su hijo, confeccionando una litera con hojas y ramas de árbol, pero la valerosa mujer declinó el ofrecimiento diciendo que caminaría como todos.

Fueron revisadas cuidadosamente las armas y controladas las provisiones, que fueron reunidas en un solo bulto, para que pudiera llevarlas un hombre solo.

Se inició la marcha y con la excusa de que cuando no llevaba nada se cansaba, Hércules cogió suavemente a Jack, que continuaba dormido, de los brazos de la sirvienta Nan. El primo Benedicto caminaba a largas zancadas sin abrir boca y sin que nadie pudiera saber si había notado la desaparición de Harris, cosa que a él poco le importaba. Su gran preocupación se refería a la pérdida de la lupa y sus gafas, lo cual era para él una gran complicación.

Pero, sin que él lo supiera, aquellos dos preciosos instrumentos habían sido encontrados por Bat entre la hierba del improvisado lecho del entomólogo, y si seguía reteniéndolos era porque Dick se lo había aconsejado, para obligar al primo Benedicto a caminar junto a ellos. Tom se detuvo de pronto y preguntó: -¿Y Dingo?

El perro no se veía por parte alguna, por lo que Hércules, con su potente voz lo llamó varias veces. Dingo no acudió a la llamada. - ¿Habrá seguido a Harris? -preguntó Tom. Dick Sand, que había permanecido en silencio, ponderando la ausencia del perro que era lamentable por lo que representaba de seguridad en la vigilancia, dijo entonces: -No, Tom. Más bien habrá seguido la pista de Negro. La expedición siguió camino y a pesar de que desde el amanecer grandes nubes cubrían el horizonte, el calor era asfixiante. En el ambiente flotaba la amenaza de una tormenta que era muy probable que estallase antes de acabar el día.

Caminaban con rapidez pero con prudencia, y en varias ocasiones pudieron ver huellas recientes de seres humanos y también de animales.

En aquella primera jornada volvieron a ver jirafas que huyeron a grandes zancadas, espantadas por la aparición de la caravana.

A mediodía habían recorrido unas tres millas sin el menor contratiempo. Ni Negro ni Harris habían dado señales de vida como tampoco Dingo que continuaba sin dejarse ver.

Se estableció un alto en una espesura de bambúes con el fin de descansar y tomar algún alimento.

Se habló poco y menos se comió, muy especialmente la señora Weldon, que tomó a su hijo entre sus brazos.

Dick Sand se creyó en la obligación de indicar a la apesadumbrada dama que podía tener confianza en la completa curación de su hijo que, como se ha dicho, se encontraba atacado de fiebres intermitentes.

-Livingstone -explicó Dick- ha observado que por regla general y en la época de las fiebres, éstas pueden evitarse huyendo del sitio donde se han contraído. Espero que Jack no vaya a desmentir esta aseveración, puesto que vamos huyendo de los lugares donde cayó enfermo.

El joven grumete y Tom procuraban hacer los menores comentarios posibles acerca de la flora y la fauna de aquellos lugares, para seguir ocultando la realidad de la situación a sus amigos.

Después de un justo descanso, reanudaron la marcha, que Dick, con su enorme fuerza de voluntad, trataba de que fuese lo menos penosa posible para todos, y muy especialmente para la señora Weldon.

XIX

UN EXTRAÑO REFUGIO

Los senderos estaban invadidos por las zarzas y la maleza y los negros tenían que trabajar sin descanso para abrirse paso entre aquella espesura.

Era tarea ardua, ya que en aquellas condiciones tuvieron que andar casi una milla, hasta que por fin se abrió ante ellos una amplia brecha que comunicaba con un riachuelo y seguía su ribazo. Aquello constituía, sin duda, un paso para los elefantes, cuyas pisadas aparecían claramente en el suelo, de naturaleza esponjosa.

También seres humanos habían seguido más de una vez aquel camino, pero en las mismas condiciones en que los rebaños son llevados al sacrificio. Esparcidos por el suelo podían verse restos de esqueletos medio roídos por las fieras, algunos de los cuales ostentaban aún las trabas de la esclavitud.

Dick Sand y sus compañeros se encontraban, sin lugar a dudas, en un camino que había seguido, Dios sabe cuándo, una caravana de esclavos.

La señora Weldon contemplaba aquel espectáculo macabro con horror, sin comprender lo que tenía ante sus ojos.

Dick Sand temía tener que explicar a la madre de Jack la verdadera traición de Harris, que había consistido en dejarles extraviados en una región africana. Pero aquella mujer, que abrigaba la esperanza de ser conducida a la costa, nada preguntó, seguramente porque todos sus pensamientos eran para su hijo, a quien llevaba en brazos adormilado.

Todos caminaban en silencio, mirando a ambos lados aquel interminable cementerio.

Entretanto, el cauce del riachuelo se hundía y se ensanchaba alternativamente. Su corriente era menos impetuosa, lo que hizo pensar a Dick Sand que dentro de poco se haría navegable o vertería sus aguas a otro río más importante que desembocase en el Atlántico.

Los árboles escaseaban, mientras altas cañas de bambú se erguían tan elevadas por encima de la hierba, que el mismo Hércules no las dominaba con la cabeza. El paso del grupo sólo podía ser notado por la agitación de las cañas.

A las tres de la tarde de aquel mismo día empezó a modificarse la naturaleza del terreno. El suelo, más pantanoso, estaba cubierto de espeso musgo, lo que daba a entender que en la época de -las grandes lluvias aquella llanura debía de quedar inundada.

-Será conveniente reconocer el suelo antes de caminar sobre él -advirtió Dick Sand, deteniendo la caravana-. Estos terrenos son peligrosos y será preciso cruzarlos antes de que estalle la tormenta.

Hércules tomó al pequeño Jack en brazos. La señora Weldon, custodiada por Bat y Austin por si fuera necesario sujetarla, en algunas ocasiones creyó no poder seguir avanzando por aquel barrizal; más, por fin, a las cinco de la tarde, y después de vencer con gran esfuerzo todos los inconvenientes, el pantano quedó franqueado y el suelo cobró una mayor consistencia.

Enormes nubes tormentosas cruzaban el espacio y bien pronto los lejanos relámpagos y truenos hicieron su aparición en las profundidades del firmamento. Iba a estallar una formidable tormenta.

Hacia el Norte, una serie de colinas, aunque poco elevadas, parecían limitar la llanura pantanosa. Algunos árboles se recortaban en el firmamento.

Los náufragos tomaron aquella dirección que, aun a falta de otro refugio, les situaría altos

en caso de avenida.

-¡Adelante! -gritaba Dick, infundiendo ánimos a sus compañeros.

Anduvieron a paso ligero, y cuando estalló la tormenta aún les faltaban dos millas para alcanzar su objetivo. La oscuridad se hizo casi absoluta, a pesar de que el Sol no había llegado aún al horizonte.

Los relámpagos se sucedían rápidamente, envolviendo la llanura en una maraña de fuego.

La lluvia no podía tardar en caer torrencialmente.

Jack, despertado por el estruendo de los truenos, se agarraba con fuerza al cuello de Hércules, que trataba de calmarle con sus palabras.

De pronto, un relámpago más claro que los anteriores iluminó la llanura.

-He visto algo muy cerca. Parece que es un campamento -dijo Dick.

-También yo lo he vislumbrado -corroboró el viejo Tom-; pero me temo que sea un poblado de indígenas.

Un nuevo relámpago permitió observar con mayor iluminación el lugar indicado.

Era cierto. Unas cien tiendas cónicas alineadas con simetría, que medirían unos quince pies de altura, se erguían en aquel lugar. Sin embargo, aunque por breves instantes, no pudo verse ningún ser viviente.

¿Estaría abandonado el poblado? ¿Se habrían refugiado en sus tiendas los habitantes?

-Es preciso saberlo -dijo Dick-. Quédense ustedes aquí. Yo iré a reconocer ese lugar. Puedo acercarme sin ser visto.

Los negros querían acompañar al muchacho, pero éste les obligó a quedarse.

Dick se marchó enseguida y desapareció en medio de oscuridad, cuando ya gruesas gotas de lluvia empezaban a caer sobre el grupo.

A los pocos minutos, Dick Sand estaba de regreso.

-No se trata de un campamento, como habíamos pensado, ni tampoco de una aldea -explicó el grumete-. Son unos hormigueros.

-¡Unos hormigueros de doce pies de alto! -exclamó el primo Benedicto-. Entonces ha de tratarse de los hormigueros de la termita belicosa o de la termita devoradora. Sólo estos insectos levantan tales monumentos.

-Sean o no termitas, tenemos que utilizar esos refugios -dijo Dick Sand.

-¡Nos devorarán! -comentó uno de los negros.

-En marcha. No podemos perder tiempo.

-¡Un momento! -exclamó el primo Benedicto-. ¡Yo creía que esos hormigueros sólo existían en África!

- ¡En marcha! -ordenó una vez más Dick, con cierta violencia.

En poco rato llegaron hasta uno de aquellos conos que se levantaban en la llanura, cuando ya el viento era muy fuerte y la lluvia se precipitaba torrencialmente.

Hércules, con su cuchillo, agrandó el estrecho agujero que se hallaba al pie del cono.

El primo Benedicto se extrañó mucho cuando comprobó que no se veía uno solo de aquellas termitas que debían ocupar a miles el hormiguero.

Ensanchado convenientemente el agujero, Dick Sand y sus compañeros penetraron en el interior del cono.

La lluvia caía con tal furia que parecía apagar los relámpagos. Pero en aquel refugio ya no era de temer la tormenta.

XX

CAPTURADOS

Aquel refugio resultó providencial para Dick Sand y sus compañeros que, de otro modo, se hubiesen visto perdidos entre aquella horrenda tormenta de violencia descomunal en las latitudes templadas. La lluvia caía en una masa compacta, formando una capa de agua como una catarata. Aquella tempestad hubiera arrastrado a los náufragos, de no haberse encontrado protegidos por aquel refugio construido por las sabias hormigas, capaz de resistir los más fuertes embates.

Son unas construcciones que asombran al que las ve por vez primera, y por eso no es de extrañar que el primo Benedicto explicase a sus compañeros el formidable trabajo de aquellos insectos, que tanto les había favorecido en aquellos momentos.

Era la primera noche después de diez días que no dormían al aire libre. Por eso los expedicionarios se acomodaron de la mejor manera posible, utilizando el hormiguero que, como todos ellos, ofrecía en el interior una especie de pisos superpuestos en forma de cajón, de tal consistencia que mientras unos se agazaparon en la parte inferior, otros de los expedicionarios pudieron acomodarse en las partes más altas.

Dick, Tom y Hércules fueron los que ocuparon la parte inferior del cono.

Cenaron, y ya se disponían a entregarse al descanso, cuando Dick Sand se dio cuenta de que el suelo empezaba a empaparse.

-Tendremos que levantar el piso extrayendo la arcilla necesaria -dijo Dick Sand-, pero cuidando de no obstruir el agujero por donde penetra el aire, si es que no queremos morir asfixiados.

Pusieron manos a la obra inmediatamente, con el fin de hacer un suelo más alto y resistente. Hércules demolió con su hacha el primer piso de alvéolos, que era de arcilla blanda, y levantó en más de un pie el terreno pantanoso sobre el que descansaba el hormiguero, asegurándose de que el aire podía entrar por el agujero en el interior del cono.

El primo Benedicto, a la luz de la linterna que habían instalado, inspeccionaba detenidamente todos los rincones.

-Este hormiguero -dijo- no hace mucho que ha sido abandonado y me gustaría saber la causa. No cabe duda de que esta misma mañana las termitas lo habitaban aún, puesto que aquí se ven jugos líquidos. Y ahora...

El sabio hizo una pausa y prosiguió:

-Algún presentimiento debe de haber invitado a estos insectos a abandonar el hormiguero. Y esto no lo hacen sin algún motivo. Seguramente intuían algún inminente peligro...

Las palabras del entomólogo hicieron pensar a Dick. Si era cierto que el secreto instinto había advertido a los insectos de un próximo peligro, era evidente que el tal peligro podía planear ahora sobre sus cabezas.

-Esos admirables insectos -continuó el primo Benedicto, sin preocuparse de saber si le escuchaban-, pertenecen al maravilloso orden de los neurópteros y se caracterizan por tener cuatro artejos en los tarsos y mandíbulas córneas de un vigor notable. Los que han construido este hormiguero pertenecen al grupo de los belicosos y hasta ahora sólo habían sido vistos en África.

-Pero aquí no estamos en África -interrumpió Tom apresuradamente.

-No, no, desde luego -respondió el profesor-. Por eso entusiasma tanto su hallazgo. Seré el

primero que habré descubierto en América una mosca tsé-tsé y una hormiga termita. La memoria que redactaré causará sensación en la Europa científica.

Pronto la linterna fue apagada y un profundo silencio se hizo entonces en el interior del hormiguero.

En aquel momento, Dick sintió que una mano se apoyaba en su hombro y que una voz conmovida murmuraba en su oído:

-Lo sé todo, querido Dick. Pero Dios puede aún salvarnos. ¡Cúmplase su voluntad!

Era la señora Weldon quien había hablado.

Mientras tanto, la tormenta henchía el espacio de relámpagos y truenos, y la lluvia caía sin cesar.

El joven se sintió resignado al comprobar que la valerosa mujer no desesperaba. Pensó que tal vez era mejor que supiese la verdad de la situación.

El joven deseaba que llegase el día para observar los alrededores. Era preciso encontrar un río tributario del Atlántico para seguir su curso y evitar así el encuentro con los indígenas, que a buen seguro habrían sido enviados ya en su persecución por orden de Harris y Negro.

Pero no entraba luz en el interior del cono por el orificio inferior. Pensó, pues, que sería mejor abandonarse al descanso, ya que una especie de sopor le iba adormeciendo.

Sin embargo, antes de hacerlo creyó que alguien debía vigilar para evitar que al empaparse el montón de arcilla superpuesto sobre el piso, obstruyese el agujero por donde penetraba el aire.

Examinó el suelo y comprobó que todo estaba bien. Entonces se acostó, recostando la cabeza contra la pared, con un cuchillo en la mano.

No habría podido decir el tiempo que había dormido cuando le despertó una fuerte sensación de frialdad.

Se incorporó y comprobó que el agua invadía el hormiguero con extraordinaria rapidez.

Llamó a Tom y a Hércules para darles cuenta de aquella nueva complicación.

-Debe de haberse desbordado algún río cercano -comentó Hércules.

Encendieron la linterna y comprobaron que el agua se había detenido a una altura de unos cinco pies y permanecía estacionaria.

Las armas y las provisiones fueron apartadas del alcance de las aguas.

- ¿Qué opina, señor Dick? -preguntó Tom.

-El agua -explicó el grumete- ha penetrado por el orificio inferior y al subir por el hormiguero comprime el aire en su parte superior, lo que la frena e impide que siga subiendo. Por lo tanto, puede darse el caso de que en el exterior el nivel sea muy superior a éste. De ser esto cierto, si abrimos un agujero en la pared se escapará por él el aire, o bien subirá el agua hasta donde llegue el nivel exterior. Si éste es más alto que el agujero, se elevará hasta el punto donde el aire comprimido la contenga de nuevo.

Las palabras del grumete, oportunas como siempre, llevaron esta vez la congoja a cuantos las habían escuchado.

Dick Sand no se atrevía a dar una orden, temiendo que debido a la tempestad y al desbordamiento de algún curso de agua, el hormiguero se encontrase completamente sumergido. En este caso, ya fuese por falta de aire al agotarse el que quedaba en el interior, ya fuese por la invasión del líquido, su situación era desesperada.

El viejo Tom observó que el nivel del agua iba subiendo, aunque lentamente.

-Eso indica- explicó el grumete- que, a pesar de que el aire no puede escaparse, la inundación aumenta y lo comprime cada vez más.

¿Hasta dónde llegaría el nivel? Era preciso actuar en seguida.

En primer lugar, se acordó que Bat buceara en el agua para tratar de salir al exterior por el orificio inferior y poder comprobar así el nivel del agua.

El negro se sumergió, pero a los pocos momentos reapareció, indicando que el orificio estaba obstruido.

No había otra solución, a pesar del riesgo que conllevaba, que ir practicando agujeros cada vez más altos para saber exactamente a qué atenerse.

Así lo hicieron, pero al primer orificio que practicaron a la distancia de un pie del nivel interior del agua, ésta aumentó en volumen lo que indicaba que la altura exterior era más elevada.

No sin ansiedad, y con la mayor de las angustias, repitieron esta operación varias veces ascendiendo hacia la parte superior del cono y en todas ellas el nivel del agua iba subiendo, y el espacio libre para moverse y el aire acumulado era cada vez menor.

El muchacho, entonces, se encaramó sobre los hombros del fornido Hércules y con el hacha empezó a demoler la parte superior del hormiguero. Era su última esperanza.

Al cabo de pocos minutos y cuando el aire parecía faltar ya, Dick consiguió su propósito al mismo tiempo que un rayo de luz penetraba en el interior del cono.

El agua subió aún unas ocho pulgadas y se estacionó, lo que indicaba que se había establecido el equilibrio con el nivel exterior.

-¡Salvados! -exclamaron todos a la vez.

- ¡Hurra! -gritó Hércules.

Y todos los cuchillos y hachas atacaron a la vez el casquete del cono, que fue desmenuzándose poco a poco, ensanchando el agujero por donde penetró el aire puro, que todos aspiraron con satisfacción.

Dick Sand fue el primero en subir a la cima del cono, pero al asomar la cabeza al exterior lanzó un grito de espanto. Alrededor del hormiguero navegaban unas barcas repletas de indígenas.

Al percibir al grumete empezaron a disparar sus flechas contra él.

Dick Sand escondió rápidamente la cabeza y comunicó a sus compañeros el desagradable encuentro. Requirió el fusil y seguido de Acteón, Bat y Hércules, subieron a lo alto y todos a la vez hicieron fuego sobre las embarcaciones. Varios indígenas fueron abatidos, pero el número de éstos era mucho y en vez de retroceder, asaltaron el hormiguero y capturaron a todos sus ocupantes.

La señora Weldon, el pequeño Jack y el primo Benedicto fueron trasladados a una barca, y los restantes arrojados a una segunda piragua, que se dirigió hacia otro punto de la colina.

Ante la superioridad del número, no era posible ofrecer resistencia, y sin embargo, Dick y sus compañeros lucharon contra los veinte indígenas que tripulaban aquella barca, algunos de los cuales fueron heridos.

Pronto fueron, no obstante, reducidos, y en pocos minutos recorrieron el trayecto hasta alcanzar tierra firme.

Les obligaron a desembarcar y en el momento de hacerlo, Hércules, de un salto formidable, se apoderó de uno de los fusiles, y asíéndolo por el cañón lo hizo voltear cual terrible molinete, alcanzando a dos de los indígenas que cayeron al suelo con los cráneos destrozados.

Momentos más tarde, y aprovechando el desconcierto, Hércules desaparecía corriendo en

la espesura, no sin que una lluvia de balas fuese dirigida contra él.
Dick y los otros, mientras tanto, fueron encadenados como esclavos.

XXI

LA CARAVANA DE ESCLAVOS

El Coanza, uno de los ríos de Angola que desemboca en el Atlántico, se había desbordado durante la noche y había sido la causa de aquella tremenda inundación. Sólo una veintena de hormigueros quedaron emergiendo y constituían los únicos puntos visibles en aquel inmenso lago.

Dick Sand y sus compañeros fueron trasladados hacia un enorme sicómoro capaz de refugiar bajo su follaje a quinientos hombres.

Allí, estaba oculta toda una caravana que acababa de hacer alto. Era un numeroso conjunto de indígenas capturados por los agentes del tratante Alvez, que se dirigía hacia el mercado de Kazonndé. Una caravana de esclavos que serían enviados a los barracones del litoral, hacia la región de los grandes lagos, para ser distribuidos en las factorías de Zanzíbar o en el alto Egipto.

Dick Sand y sus amigos fueron tratados como esclavos.

A los negros, aunque no pertenecían a la raza africana, se les dio el trato de los cautivos indígenas, sujetándolos por la garganta de dos en dos por medio de una pértiga ahorquillada en ambos extremos y cerrada por una barra de hierro. Sujetos así se veían obligados a caminar en línea uno detrás de otro, sin poder apartarse ni a derecha ni a izquierda. Y por si eso fuera poco, una pesada cadena los unía por la cintura. Sólo les quedaban libres los brazos para llevar la carga, y los pies para caminar.

Bajo los latigazos de un havildar, iban a recorrer así centenares de millas.

Dick Sand, tal vez por ser blanco, mereció un trato distinto. Había quedado con los pies y las manos libres, si bien un havildar le vigilaba constantemente.

Dick tenía el presentimiento de que en cualquier momento iban a aparecer Harris o Negoro, pero se equivocó; y sin embargo, tenía la absoluta seguridad de que el ataque dirigido contra el hormiguero había sido planeado por aquellos dos miserables.

La caravana estaba formada por unos quinientos esclavos de ambos sexos y doscientos soldados, entre agentes, jefes de origen árabe o portugués, portadores, guardianes y havildares.

Con una escolta semejante, formada por un conjunto de bandidos negros medio desnudos que llevaban fusiles de chispa, provistos en el cañón de un gran número de anillos de cobre, fácil era comprender que los desgraciados cautivos tenían que rendirse a la evidencia de su suerte. Ni los mismos jefes podían mantener la disciplina en aquellos ejércitos de africanos, los cuales amenazaban con abandonar el puesto, obligando a sus superiores a satisfacer toda clase de exigencias.

En la caravana en que iban Tom y sus Compañeros, Nan, la sirvienta de la señora Weldon, arrastrando sus cadenas, y Dick, fuertemente vigilado, se veían pocos hombres maduros.

Los cautivos apenas iban vestidos y su estado era lamentable. Niños pálidos y demacrados con los pies sangrantes, a quienes sus madres procuraban llevar en brazos al mismo tiempo que la carga que se les obligaba a transportar. Mujeres cubiertas de llagas debidas al látigo de los havildares. Jóvenes fuertemente amarrados por una horca más torturante que la cadena del presidio. Esqueletos de ébano, miserias...

Ante aquella perspectiva, Dick Sand comprendió que era inútil intentar escapar. Y además, ¿cómo encontrarían aquellas condiciones a la señora Weldon? Seguramente que ella y su hijo habían sido raptadas por Negoro, que había tenido buen cuidado de separarles de sus compañeros por razones que el joven grumete no podía comprender. No obstante, estaba seguro de que Negoro intervenía en el asunto.

Lo que el joven ignoraba era si Negoro y Harris dirigían por sí mismos aquella caravana. Si Dingo hubiese estado allí hubiera descubierto a Dick la proximidad del maldito portugués.

Sólo Hércules estaba en libertad, pero con muy pocas posibilidades de éxito si intentaba acudir en su ayuda. No podía dudar de la abnegación del formidable negro, y Dick estaba seguro de que Hércules haría en favor de la señora Weldon y de sus compañeros todo cuanto humanamente le fuese posible.

Por otra parte, Dick sabía que el principal mercado de los tratantes era el de Ñangue, en el Manyema, sobre el meridiano que divide en dos partes iguales el continente africano.

¿Se dirigían hacia aquel lugar?

Sin embargo, aunque los cuidadores de la caravana hablaban unas veces en árabe y otras en dialectos africanos, observó que con frecuencia era pronunciado el nombre de un mercado de aquella importante región: Kazonndé.

Esto le hizo suponer que era hacia aquel lugar a donde se dirigían los prisioneros y que quizá sería allí donde se decidiría su suerte.

Como sea que el grumete, por sus estudios, conocía muchos detalles de la geografía moderna, pudo orientarse con bastante exactitud, sacando la conclusión de que la duración del viaje desde Coanza a Kazonndé duraría unas tres semanas.

Dick Sand pensó que si podía comunicar aquellos pequeños detalles a Tom y a sus compañeros, les infundiría valor o, por lo menos, les serviría de consuelo, al tener la seguridad de que no los llevaban al centro de África, a las regiones de las que no se puede tener la esperanza de salir. ¿Podría llevar a cabo su propósito?

Tom y sus compañeros se hallaban ahorquillados de dos en dos en un extremo del campamento, fuertemente vigilados por doce soldados y un havildar.

Como sea que el grumete podía moverse con cierta libertad, disminuyó poco a poco la distancia que le separaba del grupo de sus compañeros, del que distaba unos cincuenta pasos.

Aparentando indiferencia, el joven había conseguido adelantar unos cuarenta pasos, cuando advirtió el movimiento de Dick y con una palabra dicha en voz baja puso en aviso a sus compañeros.

El grumete continuó acercándose a ellos, a pesar de que desde donde se hallaba hubiera podido pronunciar el nombre de Kazonndé y algunas palabras más que hubieran sido oídas forzosamente por todos. Pero llevado por el propósito de informar con el máximo detalle a sus compañeros, se acercó aún más. De pronto, se sintió empujado brutalmente hacia atrás por el havildar, que vociferó palabras incomprensibles, mientras Tom y los suyos eran conducidos al otro extremo del campamento.

El grumete saltó exasperado sobre el havildar, arrebatándole el fusil, pero siete u ocho soldados lo redujeron a la impotencia, y le habrían matado de buen seguro si uno de los jefes de la caravana, Ibn Hamis, no hubiese intervenido en favor del joven.

Ante unas palabras pronunciadas por aquel hombre, que Dick no entendió, los soldados soltaron al grumete y se alejaron.

No cabía la menor duda de que alguien había dado la orden de respetar la vida del muchacho, alguien que Dick pensó no podía ser otro que Negoro, o tal vez Harris.

XXII

ANOTACIONES SOBRE LA MARCHA

A pesar de la calma en la atmósfera, aquella era la época de la masika, segundo período de la estación de las lluvias, lo que hacía temer que las noches, particularmente, no serían demasiado tranquilas, debido a las condiciones climatológicas.

La caravana se encaminó hacia el Este, siguiendo a unos cincuenta soldados que marchaban en cabeza. Otro centenar de ellos repartidos en los flancos del cortejo, vigilaba a los prisioneros y el resto de guardianes cerraba la formación.

La caravana iba mandada por el feroz Ibn Hamis, que había intervenido en la lucha entre Dick Sand y su havildar. Era el único que vigilaba a todo aquel rebaño, yendo y viniendo de la cabeza a la cola de la columna.

Aparte de Tom y sus compañeros, Nan andaba en el centro del cortejo en un grupo formado por varias mujeres. La habían encadenado con una joven madre de dos hijos, de tres años de edad uno de ellos, que apenas si podía andar, y de pecho el otro.

La antigua asistente de la señora Weldon, llevada por sus nobles sentimientos, se había encargado del mayor de aquellos chiquillos, al que había cogido en brazos, librándole del cansancio que le hubiera llevado pronto a la muerte, a pesar de que aquello constituía una pesada carga para la vieja Nan.

Dick estaba convencido de que también la señora Weldon había sido llevada a Kazonndé, pero por más que miraba, por más que trataba de descubrir por todas partes el menor rastro de la madre de Jack, ningún indicio le mostraba su paso.

La caravana emprendía todos los días la marcha con el alba y sólo se detenía una hora al cabo de doce de caminar. Entonces se abrían algunos envoltorios que contenían mandioca, y aquel alimento era distribuido entre los esclavos. Si los soldados habían conseguido robar, al pasar por alguna aldea, alguna cabra o vaca, se añadía al menú un poco de carne o batatas.

Pero era tanto el cansancio y los sufrimientos de los cautivos, que llegada la hora de la distribución de víveres, apenas podían comer.

Esa era la principal causa de que al cabo de ocho días de haber abandonado las proximidades del Coanza, unos veinte negros hubieran caído por el camino, siendo abandonados a las fieras, que rondaban desde lejos la caravana.

Todas las tardes, después de haberse puesto el Sol, se dejaban oír a corta distancia los rugidos de los leones, panteras y leopardos que esperaban pacientemente las víctimas que no podían faltar.

Al oír aquellos rugidos, el joven grumete pensaba, con terror, en los obstáculos que tendría que vencer Hércules para salir con vida de aquel lance.

En los altos nocturnos, Dick Sand tomaba notas de aquella travesía, que se realizó en veinticinco etapas. He aquí sus apuntes:

Del 25 al 27 de abril: he visto una aldea rodeada por una muralla de cañaverales en la que se han hecho dos prisioneros. La población ha huido, pero han quedado quince muertos en el lugar.

Al otro día, al atravesar un río tumultuoso, dos mujeres unidas a la misma horca han caído al agua. Una de ellas llevaba a su hijito en brazos. Los cocodrilos se han deslizado rápidamente y las aguas se han teñido de sangre.

28 de abril: la marcha hoy ha sido en extremo penosa, debido al terreno pantanoso y a una

fuerte lluvia.

He podido ver a la pobre Nan, que se arrastra con dificultad en el centro de la columna, llevando un negrito en sus brazos. La esclava encadenada con ella lleva la espalda desgarrada por los latigazos.

29 y 30 de abril: el invierno africano deja sentir sus primeros fríos. Termina la estación lluviosa, pero las llanuras se ven aún extensamente inundadas.

Ninguna señal de la señora Weldon, ni del señor Benedicto. ¿Dónde estarán? ¿Vivirá aún el pequeño Jack? La inquietud me devora.

Del 1 al 6 de mayo: no se ve el límite de la llanura inundada y hay que caminar en las tinieblas. Cuando se caen, ¿por qué levantarse? Algunos instantes más bajo las aguas y todo ha terminado. Mañana faltarán muchos esclavos en la caravana. Mis fuerzas también se debilitan, pero mi deber es resistir hasta el final.

En las tinieblas resuenan espantosos gritos de angustia. Doce o quince cocodrilos se han arrojado sobre el flanco de la caravana, apresando a cuantos han podido.

Del 7 al 8 de mayo: se ha hecho un recuento, comprobándose que veinte esclavos han desaparecido. He buscado a Tom y a los otros. ¡Están vivos! ¡Loado sea Dios! Tom ha podido verme a su vez. Busco a la anciana Nan, que no veo por ninguna parte. ¿Habrá muerto?

Por fin, hoy la llanura inundada queda atrás y acampamos sobre una colina. El sol nos seca un poco y nos es servido algo de mandioca y unos puñados de maíz. Sólo puede beberse agua enturbiada.

No es posible que la señora Weldon y su hijo hayan pasado tantas privaciones. La valerosa mujer no habría podido resistirlo.

9 de mayo: al amanecer se ha reanudado la marcha sin rezagados, porque el látigo del havildar se estrella en la espalda de los que están abrumados por la fatiga o la enfermedad. Estos esclavos representan dinero, y mientras les queden fuerzas para caminar, no quieren dejarlos atrás.

10 de mayo: llegada la noche, nos detenemos para establecer el campamento bajo unos enormes árboles. Algunos prisioneros que la víspera habían conseguido escapar han sido apresados de nuevo y son castigados con una crueldad sin límites.

No puedo dormir y me parece oír ruido entre la crecida hierba. Escucho atentamente y comprendo que un animal cruza entre los cañaverales. Estoy sin armas, pero me defenderé. La noche es oscura y trato de ver entre las profundas tinieblas.

En la sombra relucen dos ojos, que igual pueden ser de una hiena que de un leopardo. Desaparecen y vuelven a aparecer.

De pronto, un animal salta sobre mí. Trato de dar la voz de alarma, pero el grito muere en mi garganta. ¡No puedo dar crédito a lo que ven mis ojos! ¡Es Dingo! ¡Dingo está a mi lado! ¿Cómo habrá podido encontrarme? ¡Ah, mi querido Dingo, no has muerto y ahora lames mis manos! Frota con obstinación su cuello contra mis manos. ¿Qué pretende? Parece indicarme: "¡Busca!" Lo hago y encuentro una cosa atada a su collar. Es un pedazo de caña.

La desato, la rompo y aparece un papel que no puedo leer. Hay que esperar a que aclare.

Dingo comprende que su misión está cumplida, me lame nuevamente las manos y de un salto desaparece, sin hacer ruido, entre la hierba. ¡Que Dios le libre de los colmillos de las fieras!

¿Y ese papel que me quema las manos? ¿Quién lo habrá escrito? ¿De quién debe ser? Tengo que esperar a que llegue el día.

¡El papel está escrito por Hércules! Dice lo siguiente: Se han llevado a la señora y a Jack en una kitanda. Harris y Negoro les acompañan. Preceden a la caravana con el primo Benedicto. No he podido comunicarme con la señora.

He recogido a Dingo, que debió de ser herido de un tiro. Tenga esperanzas, señor Dick. Sólo pienso en todos ustedes y he huido para serles más útil. Hércules.

¡Loado sea Dios! La señora Weldon y su hijo están vivos y no tienen que sufrir como nosotros las fatigas de estas duras caminatas. ¿Qué pretenderán Harris y Negro? Los llevan a Kazonndé, y allí estoy seguro de encontrarles.

Del 11 al 15 de mayo: Calculo que aún faltan diez días para llegar a Kazonndé. La caravana sigue adelante y los prisioneros caminan cada vez con más dificultad. Muchos de ellos dejan huellas de sangre a su paso. Al pasar junto a un árbol he visto a unos esclavos atados al mismo por el cuello; los han dejado morir de hambre. Nuestro camino va quedando sembrado de cadáveres.

Del 16 al 24 de mayo: Las lluvias han cesado por completo. Hay que andar más de prisa y casi me faltan las fuerzas.

Los esclavos que están demasiado enfermos son abandonados y todo hace pensar que van a faltarnos los alimentos. Los jefes no se atreven a suprimir la ración de los soldados porque se sublevarían.

Veinte cautivos han sido asesinados a hachazos porque no podían andar. Ha sido espantoso. ¡La pobre Nan ha caído en esta horrible carnicería! He pasado al lado de su cadáver, al que ni siquiera puedo dar cristiana sepultura. Es la primera superviviente del naufragio que Dios llama a su seno.

¿Le habrá ocurrido algo a Hércules? No quiero ni pensarlo.

XXIII

KAZONNDE

El 26 de mayo la caravana llegó a Kazonndé, y a pesar de que la mitad de los cautivos había caído en la larga caminata, el negocio todavía era bueno para los tratantes.

Los prisioneros, que constituían un total de doscientas cincuenta cabezas, iban a ser encerrados en unos barracones donde esperaban otros mil quinientos esclavos, quienes al día siguiente serían expuestos en el gran mercado de la plaza.

Les fueron quitadas las pesadas horcas, pero no así las cadenas. A pesar de todo, aquello representaba un gran alivio para aquellos desgraciados.

Tom y su hijo Bat pudieron abrazarse y todos se estrecharon las manos.

La robusta complexión de Acteón, Bat y Austin les había permitido resistir las fatigas, pero el viejo Tom se hallaba falto de fuerzas, tanto que si la caminata hubiese durado unos días más, a buen seguro que su cadáver hubiera sido abandonado en el camino.

Dick Sand se hallaba por fin en Kazonndé, a donde estaba convencido había sido llevada la señora Weldon y los suyos.

El permanecía en la plaza bajo la vigilancia especial de un havildar y, desde allí, igual que había hecho al cruzar las diversas calles de la ciudad, trataba de descubrir la presencia de la madre de Jack.

Pero la señora Weldon no estaba allí.

De pronto, un formidable concierto de charangas y gritos estalló. Dick prestó atención, ya que todo nuevo incidente podía suministrarle datos acerca de aquéllos a quienes buscaba.

En el espacio resonaba un solo nombre:

- ¡Alvez! ¡Alvez!

El hombre de quien dependía la suerte de tantos desgraciados, iba a aparecer al fin.

Dick Sand estaba de pie pensando que era posible que los agentes del negrero, Harris y Negoro, fuesen con él.

Por la calle principal avanzaba una kitanda, una especie de hamaca recubierta con una desteñida y remendada cortina.

Un viejo negro descendió de ella. Era el tratante José Antonio Alvez.

Acompañando a Alvez iba su amigo Coimbra, su brazo derecho y organizador de las razzias, muy digno de mandar a los bandidos del tratante. Era el bribón más grande del mundo. Un ser grasiento y desgachado, vestido con una camisa andrajosa y una falda de hierbas, que cubría la cabeza con un arruinado sombrero de paja, ocultando una cabellera ruda y crespa.

El árabe Ibn Hamis, que había conducido la caravana, cambió afectuosos apretones de mano con Alvez y Coimbra, los cuales por su parte felicitaron al jefe de la expedición.

La conversación entre Alvez y sus compañeros era muy animada, y el joven grumete no dejó de pensar si aquellos hombres no estarían hablando de él y de sus compañeros.

Dick acertaba, ya que tras un gesto del árabe, un havildar se dirigió al barracón donde habían sido encerrados Tom, Austin, Bat y Acteón, que a los pocos momentos eran conducidos ante Alvez.

Alvez saludó con ironía a los nuevos esclavos, empleando algunas pocas palabras inglesas que conocía.

Tom se adelantó entonces.

- ¡Somos ciudadanos de los Estados Unidos, y por lo tanto, hombres libres!

Con un gesto de buen humor, lo que daba a entender que había entendido lo que Tom dijera, Alves contestó:

- ¡Ah, sí, sí, americanos! ¡Bienvenidos, bienvenidos! Coimbra, como buen comerciante que examina una muestra antes de comprarla, se acercó a Austin, al que después de haber palpado el pecho y los hombros, pretendió hacerle abrir la boca, con el propósito de ver su dentadura.

Pero Austin, que no podía sufrir aquella humillación, no pudo contenerse y Coimbra recibió en el rostro un puñetazo tal, que rodó a diez pasos de distancia.

Algunos lacayos del tratante se arrojaron sobre Austin, pero Alves los detuvo con un gesto, mientras se reía de la suerte de su amigo, que había perdido dos dientes de los pocos que le quedaban.

Alvez no podía consentir que estropeasen su mercancía, y aunque el incidente le había hecho reír de buena gana, consoló al maltrecho Coimbra.

Inmediatamente, Dick Sand fue conducido a empujones ante Alves, el cual sabía sin duda quién era el joven grumete, de dónde procedía y cómo había caído prisionero.

- ¡El pequeño yanqui! -exclamó el tratante.

- ¡Sí! ¡El pequeño yanqui! -respondió Dick mirando fijamente a su interlocutor. Y preguntó acto seguido:- ¿Qué pretenden hacer con mis compañeros y conmigo?

Alvez, que no comprendía o no quería comprender, sólo repetía:

- ¡Yanqui! ¡Oh! ¡El pequeño yanqui!

Dick Sand formuló por segunda vez la misma pregunta, dirigiéndose también a Coimbra, pero éste no respondió.

En aquel momento, en los oídos de Dick resonaron unas palabras pronunciadas por una voz que conocía muy bien:

- ¡Vaya! ¡Pero si aquí está mi joven y querido amigo! ¡Estoy muy satisfecho de volver a verle!

Harris estaba junto a Dick Sand.

- ¿Dónde está la señora Weldon? -preguntó el muchacho, plantándose frente al canalla.

- ¡Oh, pobre señora! -comentó Harris aparentando unas lástima que no sentía-. ¡Pobre madre! ¡Cómo podía sobrevivir!

- ¡Muerta! -en los ojos de Dick brilló una luz de odio-. ¿Y el pequeño Jack?

Harris, en aquel tono irónico que ponía de manifiesto sus bajos instintos, contestó:

-¡Pobre niño! ¡Tantas fatigas no podía soportarlas una criatura tan delicada!

Así, ¡aquellos a quienes Dick tanto cariño profesaba ya no existían!

Sintió que todo su ser vibraba llevado por un irresistible deseo de venganza que necesitaba saciar a toda costa. Sus ojos brillaban amenazadores y, de pronto, sin que nadie pudiera detenerle, se abalanzó sobre Harris y cogiendo el cuchillo que éste llevaba en el cinto, se lo clavó en el pecho.

El americano sólo tuvo tiempo de pronunciar una blasfemia, que más bien pareció un

rugido. Trastabilló por unos instantes y cayó al suelo con el corazón partido por la mano justiciera del grumete.

XXIV

LA MUERTE DE UN REY

Varios indígenas se arrojaron sobre Dick con el fin de hacerle pagar caro su osadía, cuando apareció Negoro, que evitó que el grumete fuese asesinado.

Alvez y Coimbra no estaban de acuerdo con Negoro, quien parecía dispuesto a perdonar la vida del muchacho; pero aquél les dijo que había planeado para el joven una muerte más en consonancia con su categoría de capitán.

Finalmente Alvez y Coimbra accedieron a la petición de Negoro y el primero dio la orden de que se encerrara al grumete, con la recomendación de que fuese estrechamente vigilado.

Por fin Dick Sand había visto a Negoro, el hombre culpable de toda la situación. Aquel miserable que le era más odioso aún que su cómplice.

Fuertemente encadenado, Dick fue encerrado en un barracón que Alvez tenía reservado a los esclavos condenados a muerte por rebeldía.

El 28 de mayo, dos días después, se abrió el mercado donde los tratantes de las principales factorías del interior y los indígenas de las provincias limítrofes con Angola se reunían para llevar a cabo sus transacciones.

Aquel mercado no se efectuaba sólo para la venta de esclavos, sino que en el mismo se comerciaba con todos los productos de la fértil África.

La animación era muy grande y todo hacía suponer que se llevarían a cabo buenos negocios.

Pronto aparecieron unos dos mil negros de todas las edades, que debido al descanso y a una mejor alimentación, ofrecían un mejor aspecto, y estaban en condiciones de figurar de un modo ventajoso en las ofertas.

Alvez sabía que los recién llegados no podían compararse en aspecto con los que desde hacía tiempo guardaba en los barracones, pero las demandas procedentes de la costa oriental le decidieron a exponerlos tal y como estaban.

Para Tom y sus compañeros aquella decisión del tratante constituía una desgracia porque, sin apenas descanso, se verían impotentes para afrontar otra larga caminata.

Un agente conducía a Tom y a los suyos, que fueron mostrados a distintos compradores, los cuales acudían a examinarlos. Los palpaban y les hacían abrir la boca, como se hace con los caballos. Después les obligaban a correr para comprobar su resistencia física.

Dentro de la desgracia, Tom y sus compañeros tuvieron suerte. El lote que formaban fue disputado con ahínco por varios tratantes y su precio subió. Por fin fueron adjudicados a un rico tratante árabe que al cabo de unos días iba a exportarlos en dirección a las factorías de Zanzíbar.

Ellos no sería separados y esto representaba una suerte dentro de tantas calamidades.

El tratante les hizo conducir a un barracón aparte, desde donde serían trasladados a Zanzíbar, en cuyo lugar su nuevo amo trataría de lograr con ellos una sustanciosa ganancia.

Hacia las cuatro de la tarde, un gran estruendo de tambores, címbalos y otros instrumentos africanos atronó el espacio, haciendo que fuesen suspendidas las transacciones.

Era el rey Moini Lungga, de Kazonndé, que se dignaba honrar con su presencia el gran

mercado.

Un numeroso séquito de mujeres, soldados y esclavos le acompañaba.

Alvez y los principales tratantes salieron a su encuentro, exagerando los homenajes que solían serle prodigados a aquel bruto coronado.

Moina Lungga, aunque sólo tenía cincuenta años, parecía haber alcanzado los ochenta.

No existía nadie que bebiese más que él, y así se comprende que aquel hombre relativamente joven tuviese un aspecto monstruoso.

Adornaba su cabeza con garras de leopardo teñidas de rojo, formando una especie de tiara que era la corona de los reyes de Kazonndé. Su pecho estaba plagado de tatuajes y de su cintura pendían dos faldas de cuero bordado de perlas. En los brazos, pies y tobillos llevaba innumerables brazaletes de cobre, y sus pies calzaban un par de botas adornadas con campanillas amarillas que hacía unos veinte años le había regalado Alvez.

Lucía un largo bastón con puño redondo plateado, en su mano derecha, y en su zurda empuñaba un mosquero engarzado en perlas.

De su cuello pendía una lupa y sobre su nariz cabalgaban unas gafas, objetos ambos que tanta falta habían hecho al primo Benedicto, y que habían sido sacados del bolsillo de Bat.

Moina Lungga tenía en su harén esposas de todas las edades y de todos los órdenes, la mayoría de las cuales le acompañaban. La más antigua de ellas, a la que se llamaba reina, era Moina, una furiosa mujer de cuarenta años, de sangre real, que llevaba una falda de hierbas, y collares en los sitios más inverosímiles. Era un verdadero monstruo.

Las aclamaciones subieron de tono cuando el rey abandonó su palanquín, pero el monarca, que andaba con las piernas separadas como si el suelo se moviese, apenas miraba a la gente.

Se paseó tambaleante por entre los lotes de esclavos, cuyos amos temieron que el monarca tuviera el capricho de quedarse con alguno. Negoro y Alvez acompañaban a Moini Lungga, a cuyos labios asomaban monosílabos incomprensibles.

- ¿Deseáis algo, majestad? -le preguntó Alvez, solícito.

- ¡Tengo sed! -respondió el monarca-. ¡Quiero beber! -Puedo servirle pombe -insinuó Alvez, sabiendo muy bien que Lungga deseaba otra cosa.

- ¡No, pombe, no! -exclamó el rey-. Quiero aguardiente de mi amigo Alvez, y por cada gota de su agua de fuego le daré...

Negoro cortó rápido.

-¡Una gota de sangre de un blanco!

- ¡Oh, sí! -accedió el monarca-. ¡Un blanco! ¡Dar muerte a un blanco!

-Mi agente Harris -explicó Alvez- ha muerto a manos de un blanco y es preciso que su muerte sea vengada.

-Que lo lleven al rey Massongo, de los Assuas. Ellos lo cortarán en pedazos y se lo comerán crudo -ordenó Moini Lungga-. Ellos no han olvidado el sabor de la carne humana.

A pesar de que la propuesta del rey satisfacía los propósitos de Negoro, éste no quería deshacerse de su víctima.

-Ese blanco que ha matado a nuestro camarada Harris, está aquí -explicó Negoro-, y en consecuencia, es aquí donde tiene que morir.

-De acuerdo -asintió el rey-; pero recuerda que por cada gota de sangre quiero una gota de agua de fuego.

Con la sed del alcohol, Moini Lungga quería satisfacer también la sed de sangre, tan

imperiosa entre los salvajes.

Un gran caldero de cobre de enorme capacidad fue colocado en el centro de la amplia plaza, y en el mismo fueron vertidos unos barriles de alcohol.

Se añadió canela, guindilla y todos cuantos ingredientes podían hacer más irritante aquella bebida de salvajes.

Una multitud formaba círculo alrededor del rey, al que se acercó Alvez entregándole una mecha encendida.

- ¡Prendedle fuego! -ordenó el tratante.

Moini Lungga acercó el extremo de la mecha al alcohol y unas llamas azuladas empezaron a dar vueltas sobre la superficie del caldero, mientras Alvez, provisto de un enorme cucharón de metal, movía el líquido que arrojaba lenguas de fuego hacia lo alto.

Moini Lungga deliraba. Por fin, se adelantó y tomando el cucharón de manos de Alvez lo levantó lleno del llameante líquido y se lo acercó a los labios.

El rey de Kazonndé profirió un grito espantoso al sentirse prendido por el fuego, como un barril de petróleo. El fuego le devoraba y un ministro del monarca que se precipitó sobre su rey para ayudarlo, se prendió fuego a su vez.

Moini Lungga y su ministro habían sucumbido ya cuando sus cuerpos continuaban ardiendo. En el lugar en que cayeron retorciéndose, sólo podía verse al cabo de un corto espacio de tiempo unos huesos calcinados, resto de lo que habían sido dos seres humanos.

XXV

EL SUPPLICIO

Ante la terrible muerte de su rey, se suspendió el mercado y los indígenas se encerraron, aterrorizados, en sus chozas.

Al día siguiente, 29 de mayo, la ciudad presentaba un aspecto sombrío.

Alvez también se marchó a su casa temiendo que los indígenas le hiciesen responsable y le atribuyesen la muerte de Lungga, con lo que el tratante podía verse perjudicado incluso hasta el extremo de morir. Mas, por suerte, Negoro tuvo la feliz idea de hacer correr la noticia de que la muerte del monarca había sido sobrenatural, una muerte que Manitú sólo reservaba a los elegidos.

Los indígenas, propicios de siempre a las supersticiones, aceptaron aquella explicación sin reservas.

Así, ya se podían celebrar unos funerales para honrar la memoria del soberano.

Negoro, llevado por su malévolos instinto, creyó que había llegado el momento de su venganza, haciendo que Dick Sand representase un papel importante en tan solemne acto funerario.

Por su parte, la reina Moina precipitó los acontecimientos para proclamarse soberana de Kazonndé. De esta manera se libraba de la suerte que el destino reservaba a las restantes esposas del difunto, que habían de ser sacrificadas en las ceremonias fúnebres.

Nadie se opuso a la proclamación de la reina. Los mismos tratantes lo vieron bien, pensando que con algunos regalos y algunas lisonjas la someterían totalmente a su influenciar

Aquel mismo día comenzaron los preparativos para las fiestas funerarias que habían de culminar en dar sepultura a lo poco que quedaba del fallecido monarca.

Para ello se proyectaba desviar un profundo y caudaloso arroyo, afluente del Coanza, que se deslizaba al final de la calle principal de Kazonndé. De esta manera podría ser cavada allí la fosa real, que quedaría sepultada después, cuando el arroyo recobrar su curso normal.

Dick Sand, por las maquinaciones de Negoro, tenía que completar el número de las víctimas que debían ser sacrificadas sobre la tumba real.

El portugués, pensando que nada tenía que temer del grumete, atado de pies y manos como estaba, decidió visitarle para darle a conocer la suerte que le esperaba.

Dick Sand, al ver a su verdugo, hizo un instintivo esfuerzo para romper las ataduras que le impedían arrojarse sobre aquel malvado.

-He venido a verle -dijo Negoro con fina ironía- en visita de cortesía, puesto que considero un deber saludar por última vez a mi joven y querido capitán.

Dick no respondió.

-¡Vamos! ¿Es que no conoce ya a su antiguo cocinero?

Nuevo silencio de Dick, que Negoro interpretó como el mayor de los desprecios, por lo que con su pesada bota golpeó brutalmente al joven.

El muchacho no profirió un solo lamento.

- ¡Hable! ¡Contésteme! -rugió Negoro, al tiempo que pisoteaba de nuevo a Dick.

El furor de aquel malvado no tenía límite.

- ¡Su vida me pertenece! -gritaba en el paroxismo de la ira ante la impasividad de su víctima-. ¡Aquí el capitán soy yo, soy el amo! ¡Su vida está en mis manos!

Por fin, Dick Sand dijo:

-Tómala, pero has de saber que hay un Dios en el cielo que ha de castigar todos tus crímenes. La muerte no me causa temor.

- ¿Es que cuentas con algún socorro? ¿Es que crees que en Kazonndé alguien puede ayudarte? ¡Estás loco! Incluso Tom y los suyos están lejos de ti.

-Pero Hércules está libre -dijo el grumete con tranquilidad.

-Ese loco hace mucho tiempo que fue pasto de las fieras.

-Queda alguien más -continuó Dick Sand-. Si Hércules ha muerto, queda aún Dingo, que se basta y sobra para acabar con un hombre como tú. Dingo te buscará, Negro, te encontrará y morirás desgarrado por sus colmillos.

Negoro perdió la serenidad y abalanzándose sobre Dick lo cogió por el cuello para estrangularlo, pero se detuvo al comprender que si mataba al joven ello le privaría de satisfacer sus instintos morbosos, viendo cómo el muchacho moría después de una larga agonía. Soltó a Dick y tras encarecer al hivaldar que no perdiese de vista al prisionero, salió del barracón.

Aquella escena, en vez de abatirle, devolvió al joven grumete toda su energía moral.

La luz del día, que se filtraba por las juntas de la puerta del barracón, fue apagándose poco a poco, hasta que llegó la noche y se extinguieron los últimos ruidos del exterior.

Transcurrieron varias horas hasta que Dick pudo conciliar el sueño.

Gran número de indígenas trabajaban en preparar la tumba de Moini Lungga con el fin de que a la hora fijada estuviese todo dispuesto.

Al clarear el día, una gran fosa de seis pies de profundidad se abría en el lecho del arroyo, cuyas aguas habían sido desviadas.

Toda la población, se aprestaba a asistir a aquella trágica ceremonia, y llegada la hora, un nutrido cortejo avanzó hasta el lugar del acto entre gritos y danzas fúnebres.

Entonces empezaron por cubrir el fondo y las paredes con mujeres vivas, escogidas entre las esclavas del monarca.

Este repugnante hecho se basaba en la costumbre de enterrar a las desgraciadas vivas; pero, ante la poco corriente muerte de Moini Lungga, se había decidido que serían ahogadas junto al cuerpo de M amo.

Todos los tratantes con sus tavildares engrosaban la masa de los asistentes.

El "cuerpo" del rey fue transportado tendido en un palanquín que rodeaban las esposas de segundo orden, algunas de las cuales habían de acompañarle en su último viaje.

Cerraba el largo cortejo la reina Moina, lujosamente ataviada.

Alrededor de la fosa, cincuenta esclavas vivas, sujetas por fuertes cadenas, esperaban a que el torrente de agua se abatiese sobre ellas.

Cerca de la fosa real estaba clavado en el suelo un poste pintado de rojo, en el que un blanco se hallaba fuertemente atado.

Aquel blanco era Dick Sand, que iba a contarse también entre las víctimas de aquel sangriento funeral.

Antes de precipitar las aguas sobre aquellos desgraciados seres, la cuarta esposa, que

estaba colocada a los pies del rey, fue degollada a una señal de la reina por el verdugo de Kazonndé. Su sangre, que corrió por la fosa, fue el comienzo de una espantosa escena. Bajo el cuchillo de los degolladores cayeron cincuenta esclavos, que regaron con su sangre el lecho del río.

La horrenda carnicería, entre los gemidos de las víctimas y las voces de los concurrentes, duró media hora.

De pronto, la reina Moina hizo un ademán y el dique que retenía las aguas superiores comenzó a derribarse.

Por un cruel refinamiento, se hizo que la corriente no se precipitara de golpe. Era una forma de procurar una muerte horrenda a los condenados.

El agua iba ahogando a las esclavas que cubrían el fondo de la fosa, quienes se debatían en horribles sacudidas al luchar contra el ahogo.

El agua subía. Iban desapareciendo las últimas cabezas bajo la corriente.

Dick Sand, sumergido hasta el pecho, intentó un último esfuerzo por romper las ligaduras, pero bien pronto desapareció también bajo las aguas, que recuperaban su curso al deslizarse tranquilas, como si debajo de ellas no hubiese más que arena y piedras.

XXVI

LOS PLANES DE NEGORO

La señora Weldon, el pequeño Jack y el primo Benedicto, en contra de lo que habían afirmado Harris y Negoro, no habían muerto. Los tres se encontraban entonces en Kazonndé, a donde habían sido conducidos después del asalto al hormiguero.

Negoro y una docena de soldados indígenas habían hecho el recorrido desde el Coanza hasta Kazonndé con la máxima rapidez y hasta con cierta comodidad.

La señora Weldon, con su hijo y el primo Benedicto, fueron encerrados en la factoría de Alvez.

El pequeño mejoró notablemente al abandonar la región pantanosa y en aquellos momentos se encontraba casi restablecido.

Su madre no había vuelto a tener noticias de sus compañeros, cuya suerte ignoraba.

No había podido verles más y llevada de su bondad no pasaba día sin que los encomendase al Todopoderoso.

El primo Benedicto, cuando por fin comprendió que no estaban en el continente americano, no se preocupó de averiguar las causas. Un enorme despecho se apoderó de él, ya que aquellos grandes descubrimientos que había hecho, se le venían abajo. Tenía que despedirse de la gloria que hubiese representado para él el hallazgo de aquellos insectos en tierras americanas.

Alvez había dejado al primo Benedicto con cierta libertad de movimientos en el interior de la factoría. Sabía que era incapaz de escaparse y, por otro lado, la empalizada separaba los dominios del tratante de los demás barrios de la ciudad.

Esta factoría de Alvez, cerrada por todos lados, medía más de una milla de perímetro y los árboles más característicos de África y un arroyo se encerraban en su interior. En consecuencia, el primo Benedicto podía proseguir allí sus investigaciones sin salir del recinto.

También Jack podía pasearse por aquel cercado que a él le parecía inmenso, con entera libertad.

Desde que junto con su pequeño y el primo Benedicto se encontraban en las posesiones de Alvez, la madre de Jack había observado que en la factoría no había más que esclavos que estaban al servicio del tratante y objetos de comercio almacenados en los barracones para ser vendidos a los negociantes del interior. Así es que en aquel lugar existían gran cantidad de géneros, entre los que descollaban las telas y el marfil.

Por el contrario, poca gente había en la factoría, en la que la señora Weldon ocupaba con su hijo una choza aparte, y el primo Benedicto otra, que no se comunicaban con las de los servidores del tratante.

Una joven esclava llamada Halima había sido puesta al servicio de la dama, a la que a su manera manifestaba una especie de afecto salvaje, pero sincero.

Ante las dudas que la asaltaban, la madre de Jack se preguntaba qué esperaba Alvez para decidir su suerte. Pero éste, que ocupaba la parte principal de la factoría, apenas se ocupaba de ella.

De esta manera transcurrieron los ocho días que precedieron a la llegada de la caravana, y los siguientes desde la arribada de ésta a Kazonndé.

Pensaba también la señora Weldon en su marido, que al creerles perdidos debía debatirse en los más torturantes pensamientos.

Por fin conoció las intenciones de Negro con respecto a ella cuando, el 6 de junio, tres días después del entierro de Moini Lungga, y estando ella sola en su choza, penetró en ella el portugués, y sin otro preámbulo le espetó:

-Señora Weldon, Dick Sand ha muerto, Nan también y Tom y los demás han sido vendidos a los mercaderes de Ujiji.

La dama no pudo contener los sollozos.

- ¡Pobre Dick! -exclamó.

-Era justo que su amigo pagase con la vida el asesinato de Harris -explicó el portugués-. Señora, está usted sola en Kazonndé, y en mi poder. Absolutamente sola, ¿comprende? Los malos tratos que recibí a bordo podría vengarlos ahora en usted, pero en este momento soy el mercader y no el cocinero, y voy a decirle cuáles son mis proyectos.

La madre de Jack miró a Negro fijamente, sin despegar los labios.

-Ustedes tres tienen un valor comercial del que pretendo beneficiarme. Voy a venderlos.

La señora Weldon se irguió para decir con voz firme:

-¡Soy de raza libre!

-Que yo puedo hacer esclava a mi antojo -cortó el bandido-. Existe un hombre que pagará por usted lo que yo le pida. ¿Me entiende?

- ¿Y quién es ese hombre al que usted pretende venderme?

-Ese hombre se llama James Weldon.

- ¡Mi marido! -exclamó ella, horrorizada.

-En efecto, señora. Un hombre que pagará bien por su mujer e hijo.

La madre de Jack no podía poner en duda las palabras de Negro, aquel hombre capaz de realizar todas las bajezas.

-Su marido no vacilará en acudir aquí para recoger a su familia. Yo mismo iré a San Francisco en su busca.

- ¡Canalla! -murmuró entre dientes la señora Weldon. Después, con frialdad, añadió:- Pero cuando sepa que estoy prisionera, mi marido no le creará sin pruebas y no se fiará de un hombre como usted.

Negro estalló en una carcajada brutal.

-Si llevo una carta escrita por usted, en la que le describa su situación y diga que yo soy un fiel servidor que ha podido escapar de los salvajes, el señor Weldon vendrá.

- ¡Jamás escribiré tal carta! ¡Me niego! -afirmó con energía ella.

-Usted escribirá esa carta -insistió Negro con firmeza-. Recuerde que no está sola aquí. ¡Tenga cuidado! También su hijo está en mi poder y puedo obligarla... Volveré dentro de ocho días para que me entregue esa carta dirigida a su marido.

Y tras estas palabras, Negro se retiró, dando a entender que nada le detendría para obligarla a que le obedeciese.

Al quedarse sola, la madre de Jack sólo pensó que el portugués no dejaría transcurrir aquellos días sin que volviese para pedirle una contestación definitiva. La firmeza de Negro podía llevarle a las peores atrocidades para realizar aquel negocio. El valor comercial que atribuía a su prisionera tal vez era la única cosa que amparaba en cierto modo a la dama y la apartaba del peligro. Acaso existiese un término medio para regresar al lado de su marido sin que éste se viese obligado a acudir a Kazonndé. Sabía muy bien que su esposo al recibir carta suya, se pondría en camino fuese a donde fuese el lugar a que tuviera que dirigirse. Por eso la madre de Jack pensó que tenía unos días para

reflexionar y adoptar una resolución factible de ser llevada a la práctica.

XXVII

UN INSECTO PROVIDENCIAL

El día fijado por el portugués, 14 de junio, éste se presentó ante la señora Weldon.

Negoro, pues, no había cambiado sus planes referentes al rescate de su prisionera, ni tampoco venía dispuesto a discutir acerca del asunto.

A su muda interrogación, la señora Weldon dijo:

-No estoy dispuesta a que a ningún precio venga aquí mi marido. Si usted desea hacer un negocio, no lo haga imposible exigiendo condiciones inaceptables. El cambio de nuestra libertad mediante la suma que indique puede efectuarse igualmente sin que mi marido venga a un país donde usted, más que nadie, sabe lo que puede ocurrirle a un blanco.

Negoro escuchó el plan de la señora Weldon.

Su marido no iría hasta Kazonndé. El portugués lo llevaría a Mossamedes, un puerto de la costa sur de Angola que Negoro conocía muy bien. En una época determinada los agentes de Alvez conducirían al mismo lugar a la señora Weldon, a Jack y al primo Benedicto, y la suma sería entregada a la llegada de los prisioneros.

Negoro aceptó, y convenidas así las cosas, ella escribió a su marido en tal sentido, con la condición de que Negoro tenía que presentarse como un leal servidor que había podido escapar de los indígenas.

El portugués tomó la carta y, al día siguiente, protegido por veinte negros, se dirigió hacia el Norte.

En el supuesto de que las condiciones fuesen las más óptimas, tendrían que pasar tres o cuatro meses antes de que la señora Weldon pudiese abandonar Kazonndé. Por eso, después que Negoro hubiese partido, la madre de Jack se preocupó de pasar lo mejor posible el tiempo que le quedaba de permanencia. No abandonaría la factoría porque en ella se encontraban relativamente seguros.

El primo Benedicto no se quejaba. Continuaba sus pesquisas y, en realidad, se hallaba muy bien en la factoría, y más ahora que, aun sin gafas ni lupa, había descubierto una abeja minúscula que ponía los huevos en celdillas que no eran suyas.

El 17 de julio, y cuando menos lo esperaba, el primo Benedicto estuvo a punto de ser el más afortunado de los entomólogos.

Aquel día todo Kazonndé se hallaba desierto a causa del tremendo calor, que obligaba a los indígenas a refugiarse en sus chozas.

Eran las once de la mañana cuando el primo Benedicto, que se había retirado también dentro de la choza, notó como si a su alrededor zumbara todo un universo de insectos. Escuchó atentamente y exclamó:

- ¡Un hexápodo!

En efecto, era un hexápodo lo que zumbaba, pues si bien el sabio no podía verlo aún, su oído, acostumbrado a percibir los menores ruidos de esta clase, no podía engañarle.

Sus ojos, sin gafas, no podían distinguir al insecto, pero de pronto pudo darse cuenta de que un gran punto negro revoloteaba cerca de él. Contuvo la respiración y se quedó erguido, sin moverse.

El insecto se posó sobre su cabeza y una amplia sonrisa asomó en la boca del primo Benedicto.

Pasó largo rato de inútil espera, hasta que por fin el insecto fue descendiendo por su frente, para, después de dar unas cuantas vueltecitas, llegarse hasta la punta de la nariz.

Los ojos del primo Benedicto, haciendo que sus rayos visuales convergiesen como dos lentes, se dirigieron hacia el insecto.

- ¡La mantícora tuberculosa! -exclamó.

Pero aquel grito, seguido de un estornudo, alejó al volátil que el sabio quiso coger extendiendo la mano hacia su rostro, consiguiendo sólo atrapar el extremo de su apéndice nasal.

-¡Maldición! -rezongó.

Como buen entomólogo, el primo Benedicto sabía que la mantícora tuberculosa no hace más que revolotear y que, más que volar, anda. Así es que se puso de rodillas hasta que en el centro de un rayo de sol descubrió el punto negro que se deslizaba con rapidez.

Pretendiendo coger la mantícora, corría el riesgo de chafarla, y el primo Benedicto no hizo otra cosa que ponerse a cuatro patas con la nariz junto al suelo, andando detrás del soberbio ejemplar.

La mantícora salió al exterior de la choza perseguida por el sabio, que ni se dio cuenta de que los rayos solares caían cual brasas sobre su espalda.

De esta manera cruzó un gran patio, hasta que al cabo de unos minutos se encontró al pie de la empalizada que cerraba el establecimiento.

Cuando la mantícora llegó junto a la empalizada, se deslizó por el amplio agujero de una topinera que se abría al pie del cercado.

El primo Benedicto no vaciló, y puesto que aquel agujero tenía por lo menos dos pies de anchura se introdujo en él en persecución del insecto.

En menos de un minuto, el primo Benedicto, sin darse cuenta, se hallaba fuera de la factoría. Pero como aquello no era lo que le preocupaba, continuó detrás del insecto que, dando saltos, se introducía en el bosque. De pronto, sus alas se desplegaron, y antes de que el primo Benedicto, que vio que se le escapaba, pudiese alcanzarla con la mano ahuecada, la mantícora tuberculosa, se alzó del suelo en un vuelo rápido.

Pero el insecto no podía ir muy lejos, por lo que el entomólogo se puso de pie y se precipitó tras él, que se iba adentrando en la espesura.

En algunas ocasiones corría como un desesperado, mientras que en otras, cuando el insecto se hallaba en el suelo dando saltos, también él hacía lo mismo corriendo a gatas y dándose golpes en todas las partes del cuerpo.

Se encontraba en el bosque a más de una milla del punto de partida, con riesgo de ser atacado por alguna fiera, pero él seguía sonriendo y saltando detrás del insecto.

De pronto, al pasar junto a un matorral, se sintió cogido como en una trampa. Un ser gigantesco se abalanzó sobre él, y como si el primo Benedicto fuese un insecto, le agarró de la nuca con una mano, le colocó la otra debajo de la espalda, y sin darle tiempo a reaccionar se lo llevó a través de la espesura.

Cuando al día siguiente la señora Weldon no vio aparecer al primo Benedicto a la hora acostumbrada, se sintió presa de la más viva inquietud.

El pequeño Jack, su madre y la esclava Halima dedicaron todas las horas del día a la búsqueda del primo Benedicto.

A pesar de su obstinación, todo fue inútil.

Entonces, pensaron que el prisionero habría sido trasladado por orden de Alvez y por motivos que ella desconocía.

Pero Alvez, interesado también por aquella rara circunstancia, ordenó a sus servidores las

indagaciones pertinentes, las cuales dieron como resultado el descubrimiento de la topinera que ponía a la factoría en comunicación con el vecino bosque.

Aquella fuga disminuía de un modo considerable la prima que Alvez pensaba cobrar. Por eso no es de extrañar su furor al descubrir la topinera que mandó cerrar enseguida.

Se llevaron a cabo algunas indagaciones en el interior de la factoría y en los alrededores, sin el menor resultado.

La vigilancia dentro y fuera de la factoría se aumentó, y la monótona vida de la prisión continuó, pues, para la señora Weldon y su hijo.

Entretanto, un hecho climatológico, muy raro en aquella época del año, se produjo en la provincia.

Aunque había pasado el período de las lluvias que termina en abril, hacia el 19 de junio comenzaron a producirse unas precipitaciones persistentes que los indígenas veían con extrañeza no exenta de temor.

Continuos chaparrones inundaban el territorio comprometiendo los terrenos llanos repletos de cosecha madura, que se hallaban sumergidos por completo. Los recursos empezaron a faltar a los habitantes de la provincia y nadie sabía cómo hacer frente a la catástrofe. La misma reina Moina tuvo que tomar cartas en el asunto, hasta que se acordó recurrir a los magos que poseen el privilegio de provocar o detener las lluvias y conjurar todo peligro.

Todo fue inútil a pesar de sus preciosos amuletos, de sus monótonos cantos y de su agitar de cascabeles, como falló también el proceder de uno de los más sabios, que arrojaba bolitas de excremento y escupía al rostro de los personajes de más alcurnia de la corte. Los malos espíritus no quisieron ahuyentarse y las cosas iban de mal en peor.

Entonces, la reina Moina hizo llamar a un célebre brujo que se encontraba en el norte de Angola. Su saber era maravilloso y su brujería no se había puesto a prueba nunca en aquella comarca.

Por la mañana, el día 25 de julio, el nuevo brujo, con un gran tintineo de campanillas, anunció ruidosamente su llegada a Kazonndé.

El tiempo no era tan lluvioso como unos días antes, el viento empezaba a cambiar, y aquellos síntomas de bonanza predisponían a los espíritus en favor del brujo.

Se trataba de un hombre que medía por lo menos seis pies de altura, de complexión en extremo vigorosa, cuya presencia impuso respeto a la multitud.

El Mgangga, que iba solo, se fue directo a la chitoka ante la admiración de los indígenas que no podían apartar su vista de aquella formidable figura.

Aquel brujo era mudo, detalle que fue observado inmediatamente por todos los presentes. Pero aquella particularidad, sólo podía acrecentar la consideración de que gozaba. Era un defecto que en materia de sortilegio tenía un gran valor para los indígenas.

Ejecutando una especie de baile, el brujo dio una vuelta a la extensa plaza., seguido por la multitud que imitaba todos sus movimientos. Después, aquella multitud se precipitó por la calle principal siguiendo al brujo, que encaminó sus pasos hacia la residencia real.

Fue recibido por la reina Moina y todos sus cortesanos.

Luego de unas reverencias que el Mgangga llevó a cabo inclinando la cabeza hasta rozar el suelo, sus brazos se alzaron al cielo, agitándose con rapidez como tratando de separar las nubes.

Después, y entre un murmullo de admiración, el brujo cogió una mano a la temible soberana, acción a la que algunos cortesanos trataron de oponerse, ya que aquel acto era contrario a las normas establecidas.

El vigoroso brujo no hizo caso y cuando uno de aquellos indígenas trató de hacerle

retroceder, se sintió cogido por la piel del cuello por la vigorosa mano de aquél y arrojado a gran distancia.

Moina no desaprobó aquella violencia, creyendo que demostraba el poder del mago, el cual, sin soltar a la reina de la mano, inició una rápida retirada, seguido de la muchedumbre.

Después de unas pocas evoluciones, el mago se dirigió hacia la factoría de Alvez a la que entró derribando la puerta con un empujón de sus hombros.

Los servidores de Alvez, ante aquella forma tan poco correcta de entrar, corrieron hacia el brujo para castigar su osadía, pero al ver que la soberana le acompañaba de buen grado, se detuvieron en una actitud respetuosa.

La reina Moina, ante la presencia de la señora Weldon hizo un movimiento de amenaza que los indígenas refrendaron, precipitándose hacia ella con un griterío ensordecedor.

La señora Weldon cogió a su hijo para protegerle de aquella caterva excitada.

El brujo dejó escapar de su garganta un raro sonido y con las manos levantadas avanzó hacia la madre y Jack.

Todos se apartaban dejando paso al mago, que parecía haber encontrado el remedio a sus males.

El Mgangga arrancó de los brazos de su madre al pequeño y lo levantó hacia el cielo. Todos creyeron que iba a arrojarlo contra el suelo para destrozar su cráneo y apaciguar así el furor de los dioses.

Alvez no sabía qué hacer, pensando que la vida de la prisionera era muy preciosa para él.

La señora Weldon había perdido el sentido ante la actitud del brujo, quien, después de evolucionar ante la reina, que se tranquilizó, levantó a la desdichada mujer y se la llevó con su hijo por entre aquella multitud que, totalmente dominada, le dejaba el paso libre.

Pero los indígenas, alucinados por el proceder del mago, se amotinaron contra Alvez, quien muy mal lo hubiese pasado si la reina Moina no hubiese ordenado a sus esbirros que lo prendieran.

El brujo seguía caminando, llevando a sus víctimas como si fuesen simples plumas. Salió del cercado, atravesó Kazonndé y penetró en el bosque. Los indígenas fueron detrás de él durante casi tres millas, pero por fin, ante la actitud del brujo que cada vez iba más deprisa, comprendieron que no podían seguirle y regresaron al poblado.

El mago siguió andando hasta que llegó junto a un río caudaloso, cuya rápida corriente se dirigía hacia el Norte.

Detrás de un matorral apareció una piragua, en la que el mago embarcó dejando en ella su doble carga. Soltó la amarra y la embarcación fue arrastrada por las aguas. Entonces el brujo dijo con voz clara.-

- ¡Mi capitán, aquí tiene a la señora Weldon y al pequeño Jack! ¡Ahora pueden reventar todas las nubes del cielo sobre esos idiotas de Kazonndé! ¡En marcha!

El que así hablaba, desconocido bajo aquel disfraz de mago, era Hércules. Dick Sand era a quien iban dirigidas aquellas palabras, Dick Sand, que no se encontraba solo en la piragua cuando llegó la señora Weldon. A su lado estaba el primo Benedicto y más al fondo podía verse a Dingo.

XXVIII

LA HUIDA POR EL RIO

La alegría que sintieron los naufragos al verse de nuevo reunidos, fue muy grande.

La señora Weldon no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

- ¡Mi querido Dick! -decía estrechándolo entre sus brazos, mientras Jack, sin poder ocultar su júbilo, le cubría de besos-. ¡Y tú! ¡Eres tú, noble Hércules, el que me ha salvado y al que no he podido reconocer!

El negro, frotándose el pecho para quitarse los dibujos que lo cubrían, exclamó satisfecho:

-¡Vaya un disfraz!

-La ha salvado a usted -intervino Dick Sand-, como me salvó a mí, aunque no quiera confesarlo.

-Salvados, no lo estamos aún -aseveró Hércules- y, por otra parte, si el señor Benedicto no hubiera venido a decirnos dónde se encontraba usted, señora Weldon, nada hubiera podido hacer.

Cinco días antes, había sido Hércules el que se arrojó sobre el primo Benedicto cuando corría en persecución de su precioso insecto. De no haber mediado aquel incidente, ni el grumete ni Hércules hubieran sabido dónde estaba prisionera la señora Weldon.

Hércules, mientras la piragua se deslizaba con rapidez sobre las aguas del río, explicó sus aventuras desde que había huido del campamento del Coanza.

Había seguido al grupo que conducía a la señora Weldon y a su hijo sin hacerse notar, hasta que llegaron a los alrededores de Kazonndé. Después halló a Dingo herido y gracias al perro, Dick Sand tuvo las primeras noticias de la señora Weldon.

Hércules había tratado, sin suerte, de penetrar en la factoría de Alvez, de lo que tuvo que desistir ante la severa vigilancia.

La inesperada llegada (del primo Benedicto procuró al noble negro los preciosos detalles que desconocía, y así fue cómo había encontrado) aquella ocasión para liberar a la señora Weldon y a su hijo de aquel horrible tratante.

-Hay que advertir -explicó Hércules-, que si pude llevar a cabo la superchería de hacerme pasar por el brujo, es porque precisamente pasó por estos alrededores el célebre mago que era esperado con tanta impaciencia. No dudé un momento y saltando sobre él, le despojé de todas sus vestiduras y arreos y lo até fuertemente al pie de un árbol. Me aseguré de los nudos que ningún mago era capaz de deshacer. La incomprensible credulidad de los indígenas me favoreció en mi cometido. Lo demás, ya lo saben ustedes.

- ¿Y Dick? -preguntó la señora Weldon.

-Poco puedo contar yo -respondió el aludido-. Sólo quiero hacer constar que mi último pensamiento, señora Weldon, fue para usted y para Jack. El agua pasó por encima de mi cabeza por más esfuerzos que hice por romper las ataduras que me sujetaban al poste. Perdí el conocimiento y cuando lo recobré me encontré solícitamente cuidado por Hércules, que se hallaba arrodillado a mi lado.

-¿Cómo pudo usted salvar a Dick? -preguntó la madre de Jack, interpellando al negro.

-Pero, ¿es que acaso fui yo quién salvó a nuestro amigo? -comentó el gigante-. ¿Es que la corriente no pudo haber arrastrado el poste donde había sido atado nuestro amigo y traerlo hasta donde lo encontré medio muerto?

En realidad, había sido Hércules el que había salvado la vida de Dick, jugándose la suya propia.

-Lo importante -dijo Dick después-, es que ahora estamos otra vez juntos y nos es preciso huir de esos miserables que, a buen seguro, habrían encontrado algún medio de tender un lazo a la señora Weldon. Es preciso llegar a la costa antes de que Negro esté de regreso en Mossamedes, donde las autoridades portuguesas nos protegerán.

Dick Sand pensó que aquella corriente de agua se dirigía hacia el Norte y era posible que desembocara en el Zaire. Se decidió, pues, seguir aquel río, convirtiendo la barca en una especie de islote flotante, cubierto de hierbas, de las cuales derivan en gran número por los ríos africanos.

Para más seguridad decidieron viajar sólo de noche, aunque ello representaba duplicar la duración de un recorrido que podía ser largo.

Cubierta, pues, la piragua con un toldo de hierba sustentada por medio de una pértiga, los viajeros quedaban ocultos y el trayecto podía hacerse con bastantes probabilidades de éxito.

El alimento preciso para tan larga travesía era lo único que preocupaba a los fugitivos, que no veían otra solución, si no bastaba la pesca, que cazar en las orillas y para esto sólo tenían un arma de fuego con la que Hércules había huido del ataque al hormiguero.

Las reservas de comida que Hércules había podido reunir antes de la partida, sirvieron de alimentación durante los dos primeros días. En consecuencia, en este espacio de tiempo sólo se detuvieron durante algunas horas con objeto de descansar.

A partir de entonces, todos los días, Dick se aproximaba a una u otra orilla y desembarcaba para explorar las proximidades del río con el fin de renovar el alimento. Cogía algunos vegetales comestibles y cuando le era posible procuraba cazar alguna pieza, aun a sabiendas de que la detonación del fusil podía dar lugar a ser localizados.

Uno de aquellos días en que Dick estaba solo en tierra, disparó contra un caama cuyos cuernos aparecían por encima de un tallar. El animal, alcanzado por la bala, se desplomó, pero cuando el grumete iniciaba la marcha para recogerlo, surgió a treinta pasos de él un formidable cazador que, sin duda alguna, iba a reclamarle la presa, demostrando que no estaba dispuesto a renunciar a ella. Dick Sand quedó petrificado en el sitio. Ante él estaba un león de gran tamaño, de los que los indígenas llaman "kamos". Era una bestia formidable.

El león había apresado entre sus enormes garras al caama, que con vida aún, se estremecía chillando bajo las patas del feroz animal.

Dick Sand no había tenido tiempo de cargar de nuevo el arma, cosa que no pudo hacer entonces porque el león, que lo había visto, le miraba fijamente.

El grumete recordó que en casos semejantes lo mejor era guardar una inmovilidad absoluta. Por eso, dueño de sí, no hizo ningún movimiento. No trató de huir ni de introducir un nuevo cartucho en el fusil.

El león vacilaba no decidiéndose ni por la presa que se movía ni por la que no se movía.

Así transcurrieron dos minutos. La fiera contemplando a Dick y éste mirando al león sin mover siquiera los párpados.

Seguro era que si el caama no se hubiera retorcido entre las garras del león, el joven grumete estaría perdido. Pero, por fin, abriendo el león sus soberbias fauces, cogió entre sus dientes al caama y se lo llevó hacia el interior del tallar.

Dick Sand no se movió durante algunos instantes más. Después se retiró lentamente y fue a reunirse con sus compañeros a los que nada dijo del peligro que había atravesado.

En su larga peregrinación, los fugitivos habían podido darse cuenta de que en algunas depresiones del terreno existían indicios de antiguas aldeas, ahora deshabitadas.

Aquello les hizo suponer que en el momento menos pensado pudieran aparecer indígenas, entre los cuales eran de temer unos salvajes cuyas tribus vivían bajo tierra en algunas comarcas bañadas por los ríos.

Dick esta seguro de que aquel país albergaba alguna tribu de antropófagos, ya que en alguna ocasión encontró huesos humanos medio calcinados entre cenizas todavía humeantes.

Ante aquella perspectiva, Dick sólo se detenía lo estrictamente necesario para realizar sus rápidas incursiones en las orillas, encargando a Hércules de que a la menor señal de peligro se alejase río abajo.

La tan temida aparición de salvajes se produjo una tarde, cuando observaron que a la derecha del río se levantaba una aldea lacustre, aprovechando que la corriente del agua formaba en aquel lugar una especie de remanso, que bañaba unas treinta chozas construidas sobre pilares de madera.

Aquellas chozas formaban como un puente por debajo del cual tenía que pasar forzosamente la embarcación, ya que la parte izquierda del río no era practicable.

No que les quedaba más solución a los fugitivos que deslizarse por aquel sitio, con el peligro de ir a tropezar con las redes que tendidas entre las estacas, frenarían a la piragua, dando así la alarma en el poblado.

La noche era clara lo que también les perjudicaba porque podían ser descubiertos más fácilmente.

Dick Sand, asomando la cabeza por entre la hierba que cubría la piragua, daba órdenes en voz muy baja, para evitar el más mínimo choque contra las toscas edificaciones. El momento más angustioso fue cuando vieron a dos indígenas acurrucados próximos al agua conversando en voz alta. La piragua, llevada por la corriente, tenía que pasar muy cerca de ellos ya que no era posible modificar su dirección. ¿Iban a ser descubiertos?

En la embarcación el silencio fue total cuando cruzó cerca de los dos indígenas, que en aquellos momentos parecieron discutir con más interés. Uno de ellos mostraba al otro la hierba que iba a la deriva y que amenazaba con desgarrar las redes que estaban tendiendo en aquellos momentos.

Con gran premura empezaron a recogerlas, mientras llamaban a otros para que les ayudasen.

Inmediatamente aparecieron cinco o seis negros más, encaramándose en las vigas que sujetaban las estacas.

La inmovilidad y el silencio eran absolutos en la piragua, que se deslizaba lentamente, e incluso Jack, con sus manos, oprimía las mandíbulas del perro para que no pudiese ladrar.

Si los indígenas recogían las redes con rapidez, la embarcación pasaría. De lo contrario se detendría y sus ocupantes sería descubiertos.

La piragua se introdujo entre las estacas en el preciso instante en que, con un último esfuerzo, los indígenas acababan de recoger las redes, pero al pasar por debajo de las chozas, la embarcación fue despojada de parte de la hierba que la cubría. Un indígena lanzó un grito. ¿Se había dado cuenta de que aquella hierba ocultaba a unos hombres blancos? Era de temer.

Sin embargo, los fugitivos estaban ya fuera del alcance de los negros y al cabo de poco tiempo, bajo el impulso de la corriente, la piragua adquirió tal velocidad que la población lacustre quedó muy atrás en breves instantes.

A pesar de no verse perseguidos, durante los cuatro días siguientes los ocupantes de la piragua fugitiva redoblaron las precauciones. El territorio se había modificado de un modo muy sensible, convirtiéndose en un auténtico desierto, cuyo árido suelo se diferenciaba en mucho de las fértiles campiñas de la parte alta de la región.

Aquel río se hacía interminable, la pesca era escasa y la caza nula en aquellos lugares. El

alimento empezaba a escasear.

En cierta ocasión el canto de un pájaro le reveló al primo Benedicto que se encontraba ante una especie de volátil que se alimenta de miel. Dick quería disparar sobre el pájaro pero el sabio se lo prohibió, explicando que lo más conveniente era descubrir la miel, que para ellos resultaría un buen alimento, que no comerse el ave que sólo alcanzaría para uno.

Siguieron al pájaro y a los pocos minutos se hallaron frente a un numerosísimo enjambre de abejas, a las que ahuyentaron ahumando el lugar con hierbas frescas.

Así se hicieron con varias libras de miel, que fue saboreada con la máxima fruición. Pero aquello no era mucho y pronto el hambre volvió a agujinearles.

En otra ocasión la piragua se detuvo frente a una ensenada donde pululaban las langostas por millares, cubriendo el suelo y los arbustos.

De nuevo fue el primo Benedicto quien explicó que aquellos ortópteros constituían muchas veces el alimento de los indígenas. En consecuencia se hizo buen acopio de aquellos animales que, asados, parecieron excelentes a los expedicionarios.

El grumete se inquietaba ante aquella interminable travesía, cuando un día el pequeño Jack, que se encontraba en la proa de la embarcación, exclamó:

-¡El mar!

Todos prestaron atención, pero Dick, que oteó detenidamente el lugar indicado por el pequeño, explicó:

-No es el mar, sino un gran río que corre hacia el Oeste. Puede que sea el mismo Zaire.

El joven grumete no se equivocaba. Aquella formidable corriente era el río Zaire o Congo, por el que navegaron en medio de un país árido, sin que ello modificara el sistema de navegación en cuanto a la vigilancia.

A las tres de la mañana, los expedicionarios oyeron un ruido lejano, muy sordo aún, hacia el Oeste.

- ¡Es el ruido del mar! -exclamó Hércules con júbilo.

-No, amigo mío -respondió Dick-, ese ruido no es el del mar, y tendremos que esperar a que llegue el día para saberlo exactamente. Es preciso que ahora vigilemos con la máxima atención.

Al amanecer del día siguiente, el ruido había aumentado considerablemente, y a los primeros rayos del sol podía verse por encima del río, a menos de una milla de distancia, una especie de nube flotando en la atmósfera.

- ¡Unas cataratas! -exclamó el grumete-. Esa nube que vemos son vapores de agua. ¡Tenemos que dirigirnos a la orilla inmediatamente!

Hércules maniobró obedeciendo la orden de Dick, que no se había equivocado, puesto que a media milla aproximadamente el lecho del río faltaba de repente, precipitándose sus aguas en soberbia e irresistible impetuosidad, en una catarata de más de cien pies de altura.

La piragua atracó en la orilla izquierda, donde se elevaban unos inmensos y espesos bosques.

Dick Sand contempló aquel territorio, que sabía habitado por caníbales, que no les quedaba otra alternativa que atravesar.

XXIX

LA MUERTE DE NEGORO

La situación había empeorado. Cuando más fundadas eran las esperanzas de llegar pronto a las ciudades portuguesas de la desembocadura del Congo, la corriente del río quedaba truncada.

En aquel lugar, Dingo, que mientras se acercaban a la orilla había dado muestras de impaciencia, tan pronto alcanzó el suelo desapareció entre la crecida hierba, prorrumpiendo en unos extraños gruñidos.

- ¡Diríase que llora! -exclamó Jack.

Dick Sand, que estaba alerta, pensando que Dingo había descubierto la presencia de salvajes, tomó el fusil y seguido de Hércules, que enarbolaba el hacha, se internaron en la espesura siguiendo al perro, con los demás pisándoles los talones.

A pocos pasos, encontraron a Dingo con el hocico pegado al suelo y olfateando sin la menor duda una pista. Siguieron al perro, observando sus movimientos, hasta que éste levantó la cabeza, y dando pequeños saltos empezó a ladrar en una dirección.

- ¡Atención! -exclamó Dick-. Que nadie se separe. Momentos después se encontraron al pie de un viejo sicómoro, perdido en el bosque, frente al cual Dingo ladraba de un modo lastimero.

Allí se alzaba una choza en ruinas.

- ¿Qué habrá ahí dentro? -inquirió el grumete. Separaron las tablas que cubrían la entrada y penetraron en el interior de la choza, cuyo suelo estaba sembrado de huesos ya blanquecinos.

- ¡Un nombre muerto! -exclamó la señora Weldon.

- ¡Y Dingo conocía a ese hombre -añadió Dick Sand- que debía ser su amo!

De pronto, el joven grumete se dio cuenta de que en el fondo de la choza aparecían dos grandes letras rojas, casi borradas que, sin embargo, podían distinguirse aún. Dingo estaba frente a ellas.

-¡S. V! -exclamó Dick Sand-. Son las iniciales que lleva en el collar y las letras que Dingo reconoció entre las otras.

Inspeccionaron la choza, encontrando una cajita de cobre, oxidada, que estaba en un rincón.

Dick Sand la abrió y dentro apareció un trozo de papel en el que podían leerse las siguientes frases:

Asesinado... robado por mi guía Negoro... 3 de diciembre de 1871... aquí... a ciento veinte millas de la costa... ¡Dingo!... ¡Conmigo!...

S. Vernon

Los fugitivos se miraron entre sí en silencio. Aquellas pocas palabras lo explicaban todo, demostrando que Samuel Vernon había salido con su perro Dingo para explorar el centro de África, guiado por Negoro.

Dick Sand creyó que era su deber dar cristiana sepultura a los restos del explorador. Pero cuando él y Hércules recogían el macabro hallazgo, Dingo, prorrumpiendo en un aullido de rabia, salió fuera de la choza. A los pocos momentos todos pudieron escuchar unos gritos terribles.

No había duda de que el vigoroso animal luchaba con alguien.

Dick y los demás se precipitaron fuera de la choza y vieron cómo un hombre rodaba por el suelo, sujeta su garganta por los terribles colmillos de Dingo.

Aquel hombre era Negoro, que al dirigirse a la desembocadura del Zaire, con el fin de embarcarse para América, había dejado atrás su escolta para regresar al sitio de su crimen y recoger el botín que tenía escondido, como lo confirmaba un agujero recientemente abierto al pie de un árbol, en el que podían verse puñados de monedas francesas reluciendo bajo los rayos del sol.

La lucha seguía entre el perro y el hombre, y en un momento de desesperación, Negoro logró sacar un cuchillo con el que hirió al animal, en el momento en que Hércules se lanzaba contra el malhechor para castigarle como se merecía.

¡Demasiado tarde! El portugués yacía muerto en el suelo, en el mismo lugar donde había cometido el crimen.

Dingo, que había recibido una herida mortal, se arrastró hasta la choza para morir junto al cadáver de su amo.

Entre un profundo silencio, Hércules enterró los restos del explorador y a Dingo, que fue colocado en la misma fosa de Samuel Vernon.

La nota escrita instantes antes de morir por el explorador, indicaba a los fugitivos que se encontraban a ciento veinte millas de la costa que, con suerte, una vez franqueado el obstáculo de las cataratas, podían salvar en pocas jornadas.

XXX

CALIFORNIA

Pocos días después de los acontecimientos narrados, Dick Sand y sus compañeros encontraron una caravana de honrados comerciantes portugueses, que se dirigía hacia Emborna, en la desembocadura del Congo. Acogieron a los fugitivos y la última etapa de aquel viaje se realizó sin el menor inconveniente.

Llegados a aquella localidad, la señora Weldon, Jack, Dick Sand, el primo Benedicto y Hércules, fueron tratados con la máxima hospitalidad.

Allí, un vapor iba a partir en dirección al istmo de Panamá, en el que nuestros héroes embarcaron para llegar a territorio norteamericano sin el menor contratiempo.

James W. Weldon recibió en San Francisco un telegrama de su esposa que le llenó de sorpresa y satisfacción, puesto que en vano había hecho indagaciones de su paradero en todos los puntos donde la *Pilgrim* era posible que se hubiese dirigido.

Finalmente, quince días más tarde, los náufragos llegaron a la capital de California.

Sólo una ligera nube privaba que la felicidad fuese completa. ¿Qué había sido de Tom y sus compañeros?

El primo Benedicto era el único que, absorto en sus investigaciones, parecía no darse cuenta de nada.

Dick Sand se convirtió en un auténtico hijo de la familia, y Hércules en un gran amigo de la misma.

Tres años más tarde, Dick Sand, a quien las aventuras corridas habían llevado a la conclusión de que debía estudiar con ahínco, terminó sus estudios hidrográficos y provisto de un certificado especial, se encargó del mando de la firma James W. Weldon.

Pero a Dick Sand le roía algo en su interior. Pensaba constantemente en el viejo Tom, en Bat, en Acteón y en Austin, de cuya desgracia se consideraba responsable.

Por eso, ayudado por todos sus antiguos compañeros, llevó a cabo las más minuciosas investigaciones para conseguir dar con aquellos nobles negros cuya suerte ignoraba.

Los corresponsales que el rico armador tenía en el mundo entero trabajaron también en aquella búsqueda.

Por fin se supo algo. Uno de los corresponsales descubrió que Tom y sus compañeros habían sido vendidos en Madagascar, donde dentro de poco iba a ser abolida la esclavitud.

Dick Sand puso inmediatamente sus ahorros para el pago del rescate, pero su padre adoptivo James W. Weldon no lo consintió, indicando que aquella gestión debía correr a su cargo como prueba de gratitud hacia quien tantas vicisitudes había pasado para salvar a su hijo Jack y a su madre.

En consecuencia, el citado corresponsal negoció el asunto, y un día, el 15 de noviembre de 1877, cuatro negros llamaron a la puerta de la mansión de James W. Weldon.

Casi no es necesario decir que aquellos hombres eran el viejo Tom, su hijo Bat, Acteón y Austin, que después de haber escapado a tantos peligros, estuvieron a punto de morir asfixiados por los afectuosos abrazos que les dieron sus amigos.

En aquella reunión, en la que se desbordaba la alegría, sólo faltaba de todos los que la *Pilgrim* había arrojado a la costa africana, la pobre Nan, que no pudo resistir las penalidades sufridas.

Tampoco se hallaba presente aquel formidable amigo que con su instinto tanto había ayudado a los náufragos. Aquel fiel perro Dingo, cuyo cuerpo descansaba en un lugar perdido de África, cerca de la orilla del Congo, junto a los restos mortales de su amo.

Sin embargo, podía considerarse un milagro que sólo aquellos dos seres hubieran sucumbido durante las calamidades pasadas.

Aquel día, en casa del armador californiano, se celebró una gran fiesta, en la que los brindis se sucedieron sin cesar.

Pero entre todos, el que fue aclamado con más entusiasmo fue el que dedicó la señora Weldon a Dick Sand, aquel capitán de quince años.